

# NUEVA JORNADA

ARTURO CAPDEVILA Y  
JULIAN GARCIA VELLOSO

EDITORIAL A. KAPELUSZ & CIA. Bs. AS.

PRECIO \$1.85

ARTURO CAPDEVILA - JULIAN GARCIA VELLOSO

---

# NUEVA JORNADA

TEXTO DE LECTURA PARA 4º. GRADO

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación

QUINTA EDICIÓN

---

BUENOS AIRES  
EDITORIAL A. KAPELUSZ y Cía.

PIEDRAS 126

622  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

---

Queda hecho el depósito  
que marca la ley 11.723.

---

## A MANERA DE PROLOGO

---

*Las modificaciones introducidas en los programas de las escuelas primarias y la conveniencia de proporcionar a los maestros un instrumento que facilite su labor docente, me ha llevado, una vez más, a realizar esta obra didáctica ceñida a las actuales necesidades de la enseñanza.*

*La naturaleza de ciertos temas que en un libro de esta índole tienen que figurar, dado la nueva orientación impresa a la asignatura, me indujo a recoger algunas páginas de autores argentinos, señalados por el altísimo valor científico y literario que encierra su producción. Son trozos desprendidos, con intención pedagógica, de obras fundamentales para el conocimiento de nuestro país y donde sabios destacados y escritores ilustres, dejaron, junto con la descripción de la naturaleza y el relato de la historia, la emoción de la patria, sentimiento medular y animador de este libro.*

*Integra "NUEVA JORNADA" las lecturas que compuso, especialmente para esta obra, mi eminentemente colaborador, Arturo Capdevila, cuya prosa ejemplar, por su claridad, gracia y pureza, constituye un preciado regalo para nuestros alumnos, lo mismo que sus versos, llenos de ingenio, sencillez y armonía.*

*El diálogo como el interrogatorio han sido empleados para ejercitar a los niños en las distintas formas de entonación, ya que este conocimiento, como dice T. Navarro Tomás, es de la mayor importancia, tanto para la recta inteligencia de lo que se oye como para la expresión justa de lo que se quiere decir. Podráse, también, con su ejercicio, tal como lo expresa el programa, intensificar la enseñanza de la lectura interpretativa, propósito esencial de esta técnica escolar.*

Para la formación de la conciencia cívica de los alumnos, se han desarrollado, en forma de pláticas amables, algunos temas fundamentales, que han de aclarar, entre otros, esenciales conceptos acerca de la ciudadanía y de la constitución, pero sin invadir el sector de la disciplina encargada de llenar ese cometido, fijado en el programa.

Como elemento accesorio para la mejor comprensión del texto, van insertos ejercicios lexicográficos y breves datos que facilitarán el conocimiento de algunas figuras importantes de nuestro patrimonio civil y militar.

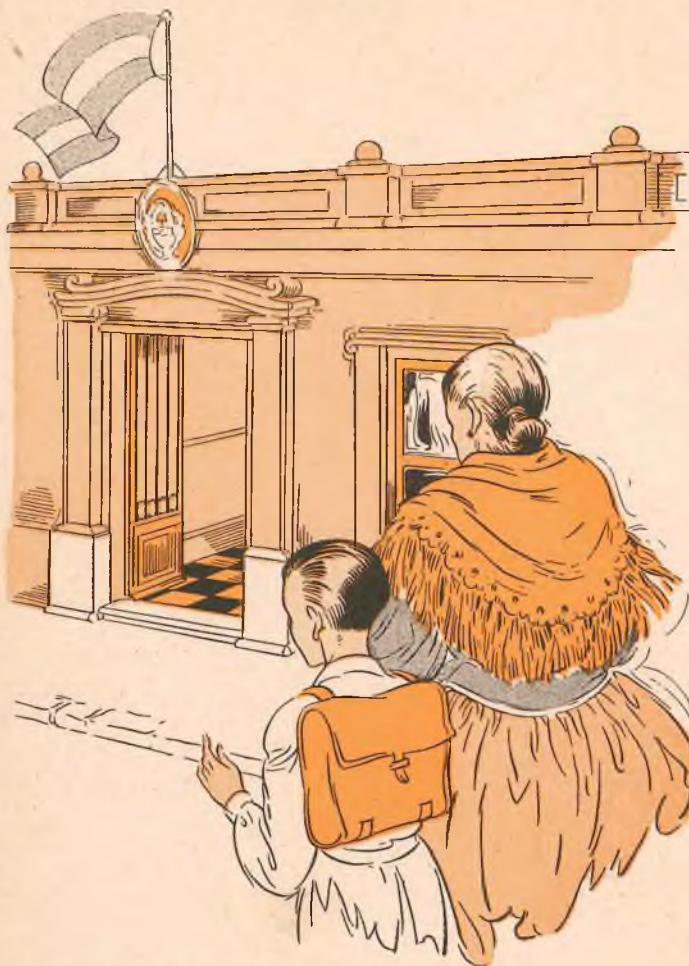
Ofrezco, pues, a los señores maestros, este nuevo elemento de trabajo docente, y al hacerlo, cábeme la dicha íntima de haber logrado que un hombre de letras, como Arturo Capdevila, haya escrito para la educación moral y estética de los niños argentinos, páginas llenas de dulce ternura y de honda emoción.

Julio de 1937.

J. G. V.



NUEVA JORNADA



## LA ESCUELA

La gente del barrio pasa mirando la escuela. Todos la aman. Todos están orgullosos de ella.

¡Ahora, qué bullicio en su zaguán y en sus pa-

tios! ¿Qué es lo que pasa? Es que comienza el año escolar. Por eso reina ese bullicio.

Suena la campana. Forman los niños en varias columnas, según sea el grado a que pertenezcan. Despues, entran en las aulas. Cada uno ocupa su banco. A cada niño le toca un banco limpio y lustroso como un espejo. ¡Sabrá conservarlo así hasta el último día de clase?

Es alegre la escuela. Hay muchas plantas en la galería, y algunas de ellas todavía tienen flores. ¡Qué bien quedan en el patio los niños, vestidos con sus blancos delantales!

¡Y ese piano? ¿Quién toca esa pieza tan hermosa? Esto pasa en el aula de canto, donde la maestra está por dar la primera lección.

—Adiós, escuela de nuestros hijos —dicen los padres al pasar—; tú eres la delicia de nuestros niños.

Entretanto da gusto en la clase atender la voz del maestro o de la maestra, o seguir en el negro pizarrón la blanca escritura de la tiza.

Suena otra vez la campana. ¿Cómo? ¿Ha pasado ya toda la hora? Sí, ha pasado, y ahora comienza el recreo. ¡Qué alegría en el patio! Todos juegan dichosos, y el ruido llega hasta la calle.

¡Feliz escuela! ¡Y qué simpático es su edificio! ¡Y cómo le luce, en lo alto, flameando al viento, la ondulante bandera argentina!

## TODOS FELICES EN LA ESCUELA

Aquella vez se disgustó grandemente el maestro, y con muchísima razón, pues se enteró en un recreo de que uno de los niños de la clase era víctima de sus compañeros, los cuales se burlaban de él a causa de un defecto físico.

Cuando el maestro vió lo que pasaba, hizo formar a todos los alumnos en fila y les dijo que ése era un día ingrato para la escuela. (Y lo decía con voz conmovida y doliente.) Les fué explicando que jamás consentiría que un niño sufriera a su lado, y menos, por la obra de sus mismos compañeros.

Después de hablar así, el maestro llamó al niño perseguido y le dijo:

—Desde hoy ya no te molestarán más tus camaradas. Y les preguntó a todos:

—¿No es verdad?

Y respondieron todos en coro:



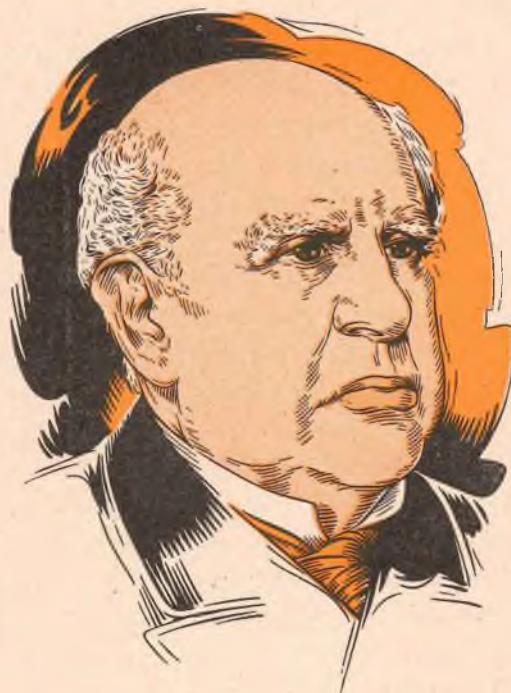
—¡Sí señor!

Desde ese día todos los alumnos se divierten sin ocasionar el dolor de nadie con burlas y juegos groseros. Los que por desgracia sufren alguna desventaja están ya seguros de que ninguno abusará con él ni de palabra ni de acción. Algo más. Están seguros de que todos los defenderán y los ayudarán, llegado el caso.

Y son todos muy dichosos. Muy natural que así sea. Esos niños siguen el verdadero camino de la dicha. *Esos niños saben que nadie puede ser feliz de verdad si no son felices todos a su alrededor.*



*Con voz conmovida:* con ternura, por compasión. — *Consentiría:* permitiría. — *Responder en coro:* contestar todos simultáneamente. — *Juegos groseros:* bruscos, ordinarios.



## ¿QUÉ SABÉIS DE SARMIENTO?

Todos sabéis, sin duda, que don Domingo Faustino Sarmiento, que fuera el más insigne de los educadores argentinos y uno de los más ilustres presidentes de la República, nació en San Juan el 15 de febrero de 1811 y murió, anciano, el 11 de

septiembre de 1888, en la ciudad de la Asunción del Paraguay. Todo esto lo conocéis; estoy seguro.

Pero, vamos a ver, ¿sabéis que Sarmiento tenía una chuña tan bien domesticada, que solía echarse sobre su escritorio y que cuando entraban visitas al despacho se ponía de pie con toda urbanidad como para recibirlas y saludarlas?

¿Y sabéis que Sarmiento dormía, siendo ya un personaje, en una sencilla cama de madera, cuya colcha blanca tenía bordada una inscripción de mano de la madre? ¿Y sabéis qué decía la inscripción? Decía esto: *Paula Albarracín a su hijo D. F. Sarmiento, trabajo de sus manos a los 84 años de edad.*

¿Sabéis que Sarmiento pintaba? Pues, sí. En la pared del fondo de su casa, en Buenos Aires, él mismo había pintado unas palmeras.

¿Sabéis que amaba el ejercicio del remo y, viejo ya, se complacía en pasear en bote por los canales del Tigre, frente a la isla de Carapachay, en donde se había construído una cabaña?

¿Sabéis que, hallándose muy pobre en Chile, trabajó como peón de minas durante casi tres años? ¿Y sabéis qué hacía, pasado el áspero trabajo de las minas? Enseñar a leer a los mineros analfabetos. Y lo mismo hizo siempre con sus criados.

¿Sabéis que amaba grandemente a los pájaros, y que tenía a los fondos de su casa, cuando vivía en Buenos Aires, una inmensa pajarera que su nieto y sus nietas debían vigilar y cuidar, observando día a día la vida de los pajarillos, para referirle a la

hora de la mesa todas las novedades: que era lo que él llamaba *la crónica de la pajarera*?

¿Y sabéis que en el segundo patio de su casa porteña había, antes del tiempo de las aguas corrientes, un hermoso aljibe, tan famoso en el barrio que las familias vecinas mandaban a sus sirvientas a sacar agua de allí y que una vez viendo Sarmiento que una sirvientita apenas podía con el cubo, él mismo hizo la tarea de bajar y de subir el balde?

¿Y sabéis que cuando por segunda vez fué al Paraguay, ya muy anciano, en busca de mejor clima, se llevó toda una casa, es decir un *chalet* de hierro belga, de armar y desarmar?

¿Y sabéis, finalmente, cuáles fueron sus últimas palabras, dirigidas a su nieto Julio, esa mañana del 11 de septiembre en que murió? Oídas:

—Julio: ponme en el sillón para ver amanecer.

Así dijo. Y colocado que fué en el sillón, cara a la aurora que venía sonrosando los cielos, se apagó su vida.



*Insigne*: célebre, famoso.—*Chuña*: palabra que algunos opinan que proviene del quichua y que sirve para designar una ave zancuda de 80 centímetros de alto. En muchas casas solían domesticarla para exterminar los bichos dañinos, pues se alimenta de éstos.—*Analfabeto*: que no sabe leer.—*Crónica de la pajarera*: relato o descripción de lo que en ésta sucedía según las costumbres de sus pájaros.—*Aljibe*: depósito subterráneo donde se recoge y conserva el agua de lluvia. Dícese, también, *cisterna*.



## ¿QUÉ MÁS SABÉIS DE SARMIENTO?

Vamos a ver, queridos niños, ¿qué más sabéis de Sarmiento?

¿Sabéis que por ser Sarmiento, cuando niño, el escolar que mejor leía en San Juan, lo llevaban de casa en casa para que leyese, y que le daban por premio golosinas y caricias? Él lo contaba siempre con aquella voz gruesa que tenía, y lo ha dejado escrito en uno de sus famosos libros: *a los cinco años de*

*edad leía yo corrientemente en voz alta, entendiendo muy bien lo que leía (única forma de leer como se debe) y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oírme leer, cosechando buena cantidad de bollos, caramelos, abrazos y elogios.*

¿Y sabéis que toda la familia de Sarmiento tenía fama de que sus componentes eran unos embusteros? Su madre, sin embargo, se propuso que Domingo Faustino se acostumbrara desde niñito a decir la verdad, y lo consiguió ciertamente, al punto de que sentía un verdadero horror por la mentira.

¿Sabéis ahora que allá por 1849, hallándose nuestro gran hombre en Santiago de Chile, se propuso reunir recursos para una campaña militar contra el tirano Rosas, a cuyo fin formó una compañía de chicuelos que, disfrazados, hacían pruebas por la ciudad? Un viejo amigo de Sarmiento —el señor Holmberg— contaba el hermoso episodio: *Una tarde —solía decir— oí desde mi escritorio una algarazara grandísima, músicas discordantes y gritería de chiquillos. Salí a la calle para enterarme, y vi que en esos momentos se detenía una mascarada en un carro y que bajaba de él un turco de mamarracho pidiendo limosna para derrocar la tiranía de Rosas. Lo hice pasar a la quinta de mi casa para que bebiese un sorbo de agua, y quitándose la careta mostró su verdadero rostro. ¡Era don Domingo Faustino Sarmiento, disfrazado de turco para servir a la patria!*

Años atrás, en Copiapó —tierra de Chile—, fué minero, como ya lo sabéis, en la mina de Chañarcillo. Allí debió también usar un traje muy curioso. Calzaba unas babuchas viejas y vestía calzón azul, blusa listada, y a la cabeza, un gorro colorado. Cenía el pantalón con ancha faja y llevaba pendiente de ella una gran bolsa siempre llena de tabaco.

¡Hermosa vida la de Sarmiento! Hermosa y valiente vida; porque siempre supo ser digno y fuerte, lo mismo en la buena que en la mala fortuna.

Por lo demás, ¿sabéis cómo contaba él su propia vida? Con estas palabras:

*—Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las eminencias de mi patria. Al descender ahora de la más elevada (la presidencia de la República) me encuentra el viajero labrando pacíficamente la tierra.*

Tal fué Sarmiento.



*Embustero:* que dice embustes, mentiras.—*Remontando todas las eminencias:* que ocupó las más altas posiciones públicas.—*Babuchas:* zapatos sin tacón.



## LA NIÑITA DEL JARDÍN

Llamó a la niña que cortaba flores,  
y con afán le preguntó el abuelo:

—*Niñita, ¿por qué cortas esas rosas  
y aquellas madreselvas de los cercos?  
¿Por qué las cortas, nietecita mía?  
¿Fueron malas contigo? ¿Qué te han hecho?*

Y respondió la niña,  
la mirada en el suelo:

—*Corté las rosas porque yo quería  
ponérmelas de adorno en el cabello,  
y aquellas madreselvas, por hacerme  
collares, flor y flor entretrejiendo.*

Y, alzando la mirada,  
dijo la niña luego:

—*Pero será mejor que no las corte.*

*Tienes razón, abuelo.*

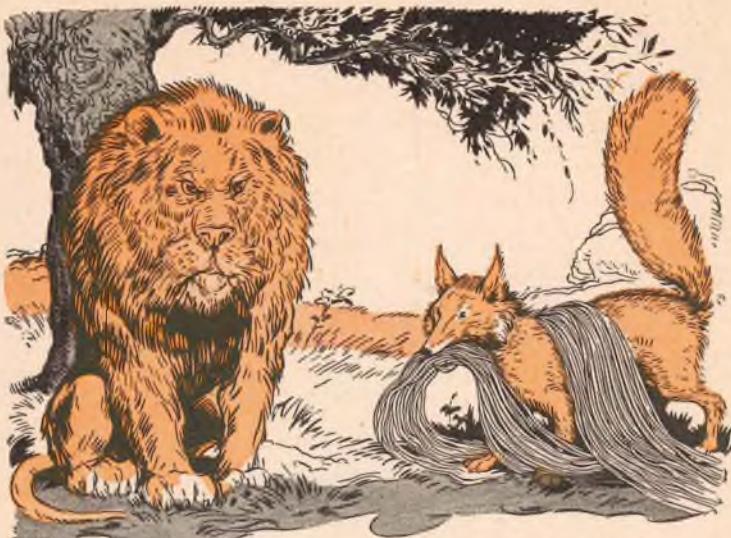
*Son muy buenas las flores,*  
*y ningún mal me han hecho.*

Y desde aquella tarde  
baja la niña a su jardín sonriendo,  
y, en lugar de cortar flores como antes,  
hoy en regarlas se le pasa el tiempo.

Y cuando entra la noche: —*Adiós* —les dice—,  
*flores queridas*, y se va corriendo.



*Madreselva*: planta con tallos largos y trepadores, cuyas flores, de largo pedúnculo, son olorosas.—*Entretejiendo*: trabando y enlazando una flor con otra.



## EL ZORRO Y EL LEÓN (CUENTO CATAMARQUEÑO)

Se cuenta que una vez, un león bajaba de los cerros a una quebrada, y en una vuelta del camino divisó a un zorro que pasaba.

—Ya no puedo escapar —se dijo para sí el zorro, el que miró de reojo al león, haciéndose el indiferente. Y se puso a recoger chaguar (fibra de una planta que sirve para hacer sogas). Recogía chaguar con su segunda intención, conociendo la curiosidad del león. Hecho el primer montón, el zorro, dando un aullido, dirigió sus ojos atentamente hacia el Sur. En esta actitud lo encontró el león, que se le acercó. El león miró al zorro y al montón de chaguar.

—¿Qué haces, Zorro? ¿Por qué miras al Sur y estás juntando chaguar?

—No me interrumpa, amigo León; no me interrumpa, que no hay momento que perder.

—Contesta a lo que te pregunto.

—¿No ve, amigo León, que viene del Sur una tempestad furiosa, que va a barrer el suelo, que va a voltear los árboles y que me va a llevar en la punta de sus vientos?

—¡Ah!... Es cierto. Y ¿qué harás con el chaguar?

—Pues atarme presto del tronco del árbol. No me interrumpa, amigo León; déjeme juntar chaguar, que ya se vienen tronando y silbando los vientos.

—Pues mándote que a mí me ates presto con tu chaguar.

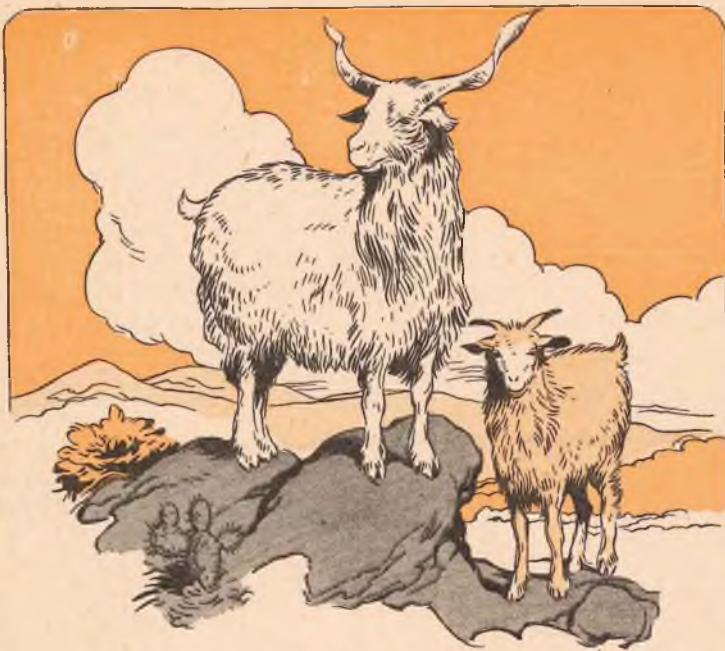
El zorro obedeció, sumiso, su mandato. Dijo al león que se llegara a un tala, y haciendo que se pusiera de pie, descansando el cuerpo sobre sus patas traseras, indicóle en seguida que se abrazara al tronco del árbol para atarlo. El zorro anudó en el acto varias madejas de chaguar, y comenzó con ellas a envolver león y tala, hasta que dejó a aquél perfectamente amarrado, con brazos y manos sin acción.

—Amigo León, ya está bien amarrado al tala. Ahora me marcho, después de cumplidos sus deseos.

—¿Y la tormenta?

—¡Qué tormenta, ni qué tormenta! Quédese amarrado, amigo León, y desátese si puede. ¡Hasta la vista, amigo León!

ADÁN QUIROGA.



## POR LAS SIERRAS

### LAS CABRAS

Se siente un traqueteo menudo, algo como un torbellino, gajos que se quiebran y piedras que ruedan; balidos, campanillas, estornudos, y aparecen de golpe las cabras, en pequeños grupos, sobre las barrancas, cual soldados tomando por asalto una trinchera. Miran al agua como sorprendidas, mientras que los cabritos de todos colores suben y bajan, corren y brincan, se apiñan y desparraman, como papel picado barrido por un remolino. Por fin, des-

cienden todas a un tiempo, y heben atropelladamente, a tragos entrecortados, desapareciendo como llegaron: en un santiamén.

El Cabrero —un perro flaco pero ladrador— las espera echado en la senda. Cuando la majada está reunida, da unas cuantas vueltas a su alrededor, con el propósito de hacer entrar en vereda a cualquier cabra rebelde, e inicia el rumbo que debe seguir, ladrando y avanzando al galope. Y lo siguen, desde el chivato moro de cuernos torneados, barba ahumada y fragante, hasta la última cabrillona coqueta, más blanca y crespa que una diamela.

Y marchan, al parecer sin derrotero, y a la desbandada, para caer luego, como una tromba, sobre el maizal del vecino.

MARTÍN GIL.



*Se apiñan:* se agrupan estrechamente.—*En un santiamén:* en un brevísimo instante.—*Santiamén:* se deriva de las palabras latinas Sancti Amen con que suelen terminar las oraciones en la iglesia.—*Tromba:* columna de agua que por efecto de un torbellino atmosférico se eleva desde el mar.

## EL GENERAL SAN MARTÍN Y SU HERMANO

¡Qué cosas tiene la vida! De los tres hermanos varones que tuvo el general San Martín el más compañero suyo en los juegos de la infancia fué Justo Rufino, que apenas le llevaba un año.

Pasó la infancia y los separó la suerte. Cada hermano se fué por su lado; y aunque militares los dos, cada uno tuvo que seguir un camino diferente en las distintas campañas de la guerra. Como ambos permanecían en España, era al menos de esperar que algún día, si las balas del enemigo los respetaban, se volvieran a ver como en los años de la niñez. Mas no fué así. San Martín se enamoró de la causa de la revolución de su patria, y en la primera oportunidad que le ofreció el destino, pidió licencia y se alejó de las playas españolas, para dirigirse finalmente a Buenos Aires. Pasaron muchos años más sin que los hermanos se viesen ni soñasen con verse. Acaso ni cartas se escribían. Justo Rufino servía en las tropas de España, ganan-



do sus grados fiel a las banderas del rey, y José trasponía los Andes, batallaba en Chacabuco y Maipú, llegaba vencedor a Lima y cumplía en nuestra América una misión gigantesca.

Pero un día se alejó de América el héroe, cuando vió cumplida su obra, y tomó el camino de Europa. Contaba ya como cuarenta y siete años. *¿Volveré a ver* —se preguntaba— a *Justo Rufino*? Ansioso de verle, escribióle muchas cartas diciéndole que desembarcaría en el Havre —puerto francés— y que se trasladase desde España a recibirlle.

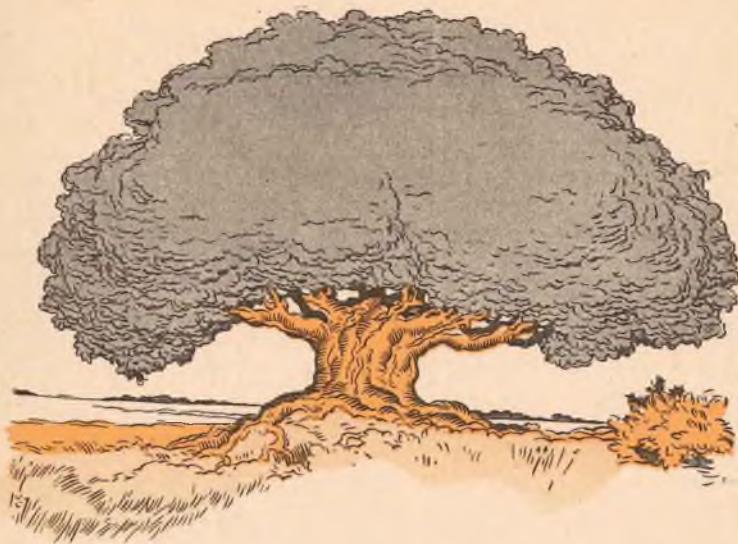
Y Justo Rufino lo hizo.

Y allí, en el puerto del Havre, fué donde se abrazaron, después de tantos y tantos años, los dos hermanos: el teniente coronel don Justo Rufino de San Martín y el general argentino, el muy glorioso libertador de un mundo. Era exactamente el 23 de abril de 1824.

Se abrazaron los hermanos y luego conversaron de muchas cosas, menos de la diferencia de sus uniformes. Cada uno había cumplido con su deber y los dos se respetaban.

Por lo demás, don José había servido también a España con lealtad, exponiendo cien veces la vida bajo su bandera desde los 13 a los 34 años; y sólo el grito de la tierra de su nacimiento pudo arrancarlo de las filas españolas.

Podían sentirse satisfechos los dos hermanos: cada uno había cumplido con su deber.



### EL OMBÚ

El ombú con su tallo que se desparrama en raíces superficiales, es una planta que evoca en el argentino la idea de la pampa extensa y tendida.

Pero el ombú no es *árbol* ni es de la pampa. Carece de la estructura típica de la madera y tiene, en cambio, la que corresponde a una planta herbácea, y debemos, pues, considerarla como una gigantesca hierba.

¿Por qué razón las hierbas habían de ser siempre pequeñas? Del mismo modo como entre los animales, por ejemplo entre los perros, hay ejemplares enanos, pequeñísimos y también altos y robustos; como entre los felinos vemos desde el diminuto gatito hasta el soberbio león de Berbería, también las

hierbas, matas, arbustos y árboles, no tienen para su definición una medida determinada, y como el *bambú* no es sino una gramínea alta, es decir, un pasto gigantesco, así también tenemos en el ombú un ejemplo de las dimensiones a que pueden llegar ciertas hierbas. Y no es de la pampa, pues su patria originaria es la zona tropical y subtropical de América del Sur, sobre todo del Ecuador, Bolivia, Brasil, etc., y en nuestro país se le encuentra muy abundante en Corrientes, Entre Ríos, Tucumán y barrancos del río Paraná. De todas esas partes fué llevado hacia el Sur, a Buenos Aires, Córdoba, y plantado a veces junto a los ranchos de la pampa, donde se destacaba por ser la única planta alta y de aspecto de árbol que puede romper la monotonía de esa llanura interminable de pastos, que es hoy la gran riqueza nacional.

Sus flores y frutos penden en racimos que con facilidad se caen y cubren el suelo, y no dejan de darle cierto atractivo aunque carezcan de vista por sus descoloridos pétalos.

CRISTÓBAL M. HICKEN.



*Felinos*: familia de animales a la que pertenece el gato.—*Berberia*: vasta zona norte del África.—*Racimos*: conjunto de flores o frutas sostenidos por un eje común.



## AVES DEL NORTE DE BUENOS AIRES

Yo he amado las aves desde el primer despertar de mi conciencia. Criado en los ondulados campos del Norte de Buenos Aires, donde, si no existen bosques naturales, abundan los sauces, acacias, duraznos y paraíso plantados en las estancias, y magníficos prados se extienden cual un muelle alfombrado, hasta la línea del horizonte, asistí de cerca al idilio o el drama biológico de esos seres.

Allí, la nota nocturna la dan las numerosas lechucitas de las vizcacheras, que no cesan de emitir, a lo lejos, en la paz de los campos dormidos su *cus, cun chiit*, cual si quisieran imponer mayor silencio a la noche; toda novedad es anunciada por los gritos de alarma del siempre vigilante terutero, que abunda en todas partes y cuyos huevos, de finísima

alabastrina, son un bocado apetecido por grandes y chicos en la comarca; en los corrales de los “puestos” y estancias o sobre las osamentas del ganado muerto en la llanura, chillan y riñen de continuo los chimangos y las gaviotas; abundantes golodrinas gorjean en el aire, trazando sus amplias y suavísimas curvas, o sobre los tejados rurales, o cruzan con insistencia por delante de los jinetes en marcha, para cazar los insectos que se levantan ante el paso del caballo. En las mañanas de primavera, los tordos azules, que brillan al sol cual si vistieran de raso, esponjan el plumaje, entonando apaciblemente su blando *glu, glu, glu, glu*, al cual responden los fervientes acentos de amor de la inimitable calandria, que ya ríe, ya implora, ya se irrita, ora desmaya, ora levanta la voz con energía, incorporando a su propio repertorio heredado, los motivos melódicos de otras aves y los diversos rumores de la naturaleza.

Y el vivo interés que hicieran nacer en mi alma esas escenas, dirigió mi atención, ya adolescente, hacia el estudio de la ornitología; formé una colección, bastante completa, de las aves bonaerenses, la clasifiqué como pude, visité a menudo la muy rica del Museo Nacional, ante cuyos estantes repletos de aves embalsamadas y artísticamente armadas me extasiaba todo el tiempo que toleraban los reglamentos, estrictamente cumplidos entonces por el insigne naturalista Burmeister.

ENRIQUE LYNCH ARRIBÁLGAGA.



### EN LA PUNA

La Puna: así se llama la alta meseta que se extiende al Norte de Jujuy por leguas y leguas cuadradas. Llanura desierta, inmensa, de impresionante aridez: una pampa a 3.500 metros de altura; una dilatada pampa en que, no verdes y alegres alfalfares, sino unas tristes hierbas

amarillas es todo lo que da el suelo pedregoso.

Allí es donde viven —¡y en qué condiciones!— los últimos restos de la raza aborigen. En mula, en automóvil o en tren se apodera un mismo sentimiento del ánimo: el de una callada tristeza. El viento sopla con fuerza: un viento helado que mata la sonrisa que acaso asomó a los labios. Apenas si algunas bestias son capaces de resistir aquel clima. Y allá se divisan por el altiplano las recuas de guanacos, de vicuñas, de llamas y algunas ovejas y cabras cerca de tal o cual vivienda perdida en la soledad.

Allá vive el indio. Ya no emplea el hacha de piedra prehistórica ni el arco del cazador primitivo; pero en sus rudas chozas subsisten sus herramientas y elementos de antaño. “Cuelgan del techo —dice un autor contemporáneo— patas secas de cabrito o tiras de cuero, sogas de lana, madejas de hilo para teñir... y sobre el infaltable zarzo hecho toscamente con ramas de tola, se ven aros para moldear los quesos, velas de sebo, candeleros de barro. En el piso desparejo están las ollas grandes y chicas y los cueiros para echarse a dormir”. Agréguese que la puerta de tal habitación es tan estrecha que apenas pasa por ella un hombre.

Pero sepámos algo más respecto de aquellos indios simples y buenos. Visten trajes de vistosos colores, llevan sombrero de lana de oveja y calzan ojotas sin curtir. Las mujeres tienen una curiosa manera de cargar a sus hijos pequeños, y es que los llevan a la espalda colocados como en una bolsa que consi-

guen hacer con el manto. Para que vayan bien sujetos, se pasan un extremo por debajo del brazo izquierdo, otro por encima del hombro derecho y se lo atan con fuerte nudo al pecho.

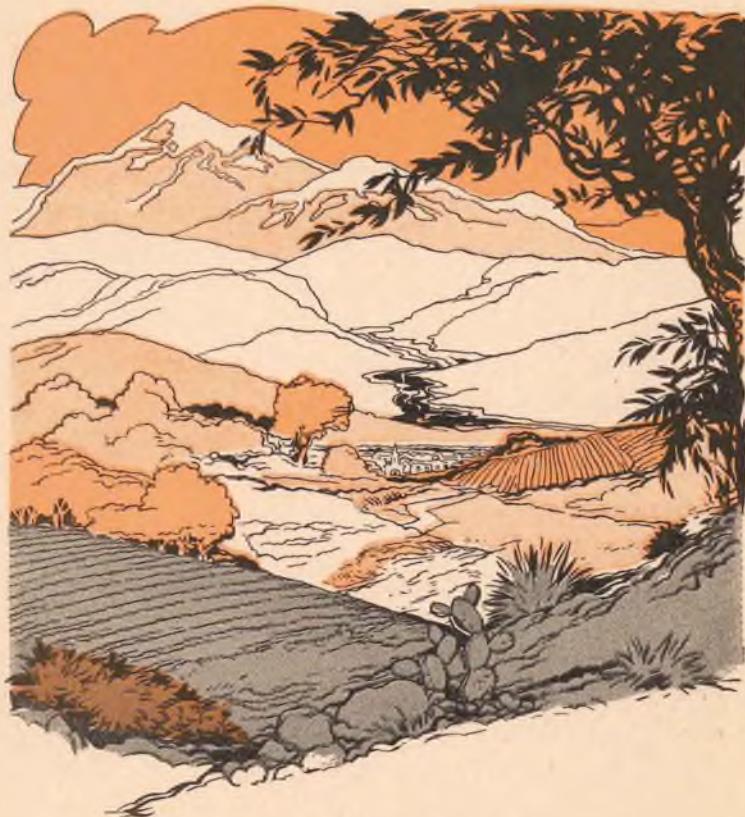
Y esa bolsita tejida que nunca le falta al indio y que él llama chuspa, ¿qué es lo que contiene? Guarda en ella las hojas de coca que va masticando sin cesar, y gracias a cuyas virtudes particulares el indio anda leguas sin cansarse y casi no necesita comer. Muy poco es lo que come en efecto. Su ración consiste en unos bocados de maíz, tostado o sin tostar, y en un poco de papas. Esto, cuando va de viaje. Si está de fiesta y banquete, come algo más: alguna carne y raíces condimentadas con fuertes picantes.

Y cómo le gustará el ají, por ejemplo, que el autor don Juan Alfonso Carrizo, que tanto ha estudiado la región, ha recogido una copla que dice así:

*En la plaza de Jujuy,  
frente a la iglesia matriz  
se pelearon doce collas  
por una vaina de ají.*



*Aridez*: estéril y seca.—*Altiplano*: meseta de mucha extensión y a gran altura.—*Recua*: conjunto de animales de carga.—*Ojotas*: sandalias que usan los indios y trabajadores en lugar de otro calzado.—*Colla* o *cova*: indios mestizos del norte argentino.



EN SALTA

EL VALLE DE LERMA

Y muy hermoso es, en verdad, y muy amplio y muy verde este magnífico valle que, en días claros, se deja contemplar de punta a punta, con sólo trepar a la cima del cerro San Bernardo, situado a no

más de diez cuadras, en línea recta, del antiguo Cabildo y de la plaza principal de Salta.

Por el Poniente, lo costean altas cumbres cubiertas a menudo de nieve en invierno y de granizo en verano: montañas de donde bajan bramando a la llanura, por hondas quebradas, numerosos torrentes que se juntan en el Arias para echarse en el Pasaje. Por el oriente flanquea el valle una cadena de sierras poco elevadas, sin arroyos permanentes, pero pobladas hasta los filos por bosques de algarrobos, cebiles y tuscas. Y entre estas dos cordilleras que distan entre sí cinco leguas, por el Norte, frente a Salta, hasta veinte o más leguas por el Sur, frente a Puerta de Díaz, se extiende la dilatada y boscosa planicie, rica en pastos naturales, abundante en ganados y cultivada con tabaco, alfalfa, trigo, maíz, cebada, hortalizas, viñedos y huertos frutales.

Cristalinas vertientes fecundan las vegas de la llanura, risueñas arboledas sombrean y amenizan los solares rústicos, pintorescas aldeas se recuestan hacia las faldas de los cerros, largas carreteras las cortan en todos los sentidos; y el ferrocarril cruzándolas por el centro, da salida a sus múltiples productos.

JUAN CARLOS DÁVALOS.



*Cebiles*: árboles muy altos que crecen en Salta y Tucumán.—*Tuscas*: arbustos espinosos que se desarrollan en los pedregales y con cuyo fruto suele hacerse una bebida.—*Vegas*: zonas de tierras bajas y fértiles.



## EL LABRADOR DE LOS VALLES SALTEÑOS LA CASA, LA ACEQUIA Y LA SIEMBRA

La casa rústica de piedra, cerca de la acequia, alberga a la familia. El agua baja borbotante de los cerros, y deshilase, rumorosa, en múltiples caudales ramificados que riegan los glaucos cuadros de alfalfa, las viñas de racimos rubicundos, las eras alineadas y copiosas. Los olivares, las higueras los frutales de las huertas hacínanse en montes pequeños que manchan las hondonadas con todos los matices del

verde. Las sierras circundantes, ásperas y breñosas, cortan el horizonte y se prolongan azuladas en la lejanía, con las cumbres envueltas en una tenue bruma.

En el fondo del valle, entre el caserío desparpamado, álzase la iglesia aldeana, de pesada construcción colonial, y el viejo molino que surte de harina a los vecinos. Rebaños de ovejas y de vacas pacen engordando en los potreros; hatos de cabras trisan en los corrales cercados de piedra; lentes borricos y mulas trasportan cargas. Y viejos, mujeres y jóvenes, de tez morena y de magra catadura, ocúpanse en los trajines rurales labrando el mismo suelo que fué removido por sus antepasados.

El cultivo, humedecido por el agua que corre por los canales, depende directamente y en todos sus detalles de la acción del hombre. Bien diversa es, en la llanura sin riego, la actuación del labrador, cuya cosecha depende de las lluvias que harán germinar la semilla arrojada a la suerte de los fenómenos meteorológicos; el esfuerzo humano es entregado, así, al azar de la naturaleza. Por el contrario, el que maneja el hilo de agua que ha de fertilizar su sembrado, cela siempre atento la sementera y el acueducto que la alimenta: limpia la acequia para que no se obstruya, vela por el funcionamiento regular de las compuertas, está en todos los momentos preocupado del caudal que corre, no siempre abundante, e inunda la era con método y medida.

CARLOS IBARGUREN.



## M A G A L L A N E S

Cuando Fernando de Magallanes dejó con su tierra portuguesa el servicio de su rey y fué a ofrecer al poderoso Carlos I un nuevo paso para las islas Molucas, frisaba ya en los cincuenta años, y si con esa edad se atrevía a tal empresa, de seguro que era lo que se llama un hombre de hierro.

Veinte años de bien cumplidas andanzas y aventuras por las Indias; guerras con el moro de África; una lanzada en una pierna y mil proezas gloriosas,

habíanle granjeado sin duda gran nombradía; pero no la merecida alta posición que ambicionaba. Porque, ni más ni menos ambicioso que otro cualquier marinero de su siglo, añadía Magallanes al deseo de riquezas —de las mayores riquezas— la más elevada idea de sí mismo. Conocía y apreciaba en todo su valor su coraje temerario. Sabía que le esperaba una gloria tan insigne que le haría casi el igual de Colón. ¿Qué había más allá de los mares por donde navegó Solís? Él se sentía capaz de averiguarlo.

Dejó, pues, el Portugal y se encaminó a Sevilla. Hay que saber lo que era Sevilla en aquel tiempo, declarada puerto franco y asiento de la Casa de Contratación. Allí acudían con una o con otra razón los mercaderes de todas las procedencias. Abundaban en los muelles mercaderías traídas de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Flandes. Corrían el oro y la plata más caudalosamente que el mismo Guadalquivir, haciendo, como siempre hace el dinero en esos casos, remansos y remolinos. Se perdían o ganaban en pocas semanas millones de escudos. Hoy se era mendigo; mañana se podía ser opulento señor. Gente de todo aspecto allegábase allí en busca de la fortuna. Maestres, capitanes, marineros, todos acudían a referir patrañas geográficas entre nombres mágicos y anuncios maravillosos. A esa Sevilla llegó un día Magallanes con su amigo y camarada Ruy Faleiro, ofreciendo camino más corto y breve que el de Malaca y la China. Ambos afirmaban —Faleiro como sabio cosmógrafo y Magallanes como experto mari-

no— que, costeando el Brasil y tierras que baña el Río de la Plata, era seguro hallar pasaje. Y se daban a contar, para obtener las naves que necesitaban, desmesurados prodigios acerca del paso que con tanta seguridad y a pura imaginación ofrecían.

Pasó el tiempo; y a los años consiguió Magallanes ver armadas y equipadas las cinco naves de la expedición.

Navegando, navegando, llegó hasta donde nadie antes había llegado. Pero ¡qué tempestuoso era el Sur y cuán frágiles las cinco pobres naves que tripulaban unos soldados que acaso eran más bandidos que soldados! ¡Qué terribles las noches oceánicas en el puente de mando rumbo a lo desconocido! ¡Qué espantosa grandeza también la de sentirse en la inmensidad de los solitarios mares, abriendo por primera vez los caminos de la historia!

Como que buscaban un pasaje o estrecho, debían los intrépidos marinos costear el continente, siguiendo el perfil de bahías y ensenadas. Hay constancia de que descendieron en la orilla brasileña y que también tocaron no lejos de lo que hoy es Bahía Blanca. También bajaron en las costas del territorio de Santa Cruz. En la punta que lleva este nombre, un torbellino alzó en peso una de las naves y la dió contra unas peñas. Miedo grandísimo ganó el alma de los tripulantes. “Estaba el cielo turbado —escribe un cronista—, el aire tempestuoso, la mar brava, la tierra helada”. Nadie nunca había llegado hasta allí. Hubo una sublevación a bordo promovida por

marineros que querían dar la vuelta a España. Los abandonaron a su suerte en una de esas playas inhospitalarias y siguieron adelante.

¡Qué júbilo! En pocos días más penetraron los navíos en las aguas del tan soñado estrecho que eternamente se llamará Magallanes.

Y siguieron navegando, hasta que halló Magallanes, no los honores y las riquezas que buscaba, sino la muerte allá por las Filipinas, en el desdichado combate de Zebú.



*Frisaba*: se acercaba.—*Casa de Contratación*: institución que se creó para organizar los elementos de la colonización española en sus dominios de América.—*Escudos*: antigua moneda de oro.—*Patrañas*: falsas noticias de pura invención.—*Cosmógrafo*: el que estudia y describe los astros.



## LA INSTALACIÓN DEL CONGRESO DE TUCUMÁN

Las reuniones preparatorias (no las sesiones ordinarias, como algunos han dicho) se efectuaron en

casa de don Bernabé Aráoz, mientras se terminaban los modestos arreglos de la sala de sesiones.

La casa cedida por la viuda de Laguna quedó tal cual estaba, con su frente toscamente adornado, su portón flanqueado de gruesas columnas salomónicas y, de cada lado, una ventana de reja volada. Todo el fondo del primer patio (en cuyo centro se erguía un hermoso naranjo) estaba ocupado por la sala grande de recibo y otro cuarto contiguo; de las dos piezas se formó una sola, suprimiendo el tabique divisorio, y quedó hecho el salón de sesiones, capaz para doscientas personas; casi otro tanto cabía bajo la tejada galería, pudiendo esta parte de la concurrencia asistir, en cierto modo, a la sesión gracias a las dos puertas que daban al recinto.

Don Bernabé facilitó la mesa-escritorio con sus útiles y el macizo sillón presidencial, que quizá exista todavía; las sillas para los diputados y los escaños para la barra fueron traídos de San Francisco algunos, pero lo más de Santo Domingo, por estar los padres viviendo en Lules.

La solemne instalación del Congreso, bajo la presidencia del doctor Medrano, diputado de Buenos Aires, efectuóse el 24 de marzo, después de las ceremonias religiosas que eran entonces de rigor.

PAUL GROUSSAC.



*Salomónica*: columna contorneada en espiral.—*Reja volada*: red formada de barras de hierro que se coloca en las ventanas y que sobresale del muro.—*Escaños*: bancos con respaldos y para que puedan sentarse cuatro o cinco personas.—*Barra*: público.



## A M A N E C E R

*Bajo el lucero de oro se aleja ya la noche.  
Algo se aclara y tiembla entre la oscuridad;  
mientras se azula el aire detrás de la montaña  
y abajo el río es cinta de espuma y claridad.*

*Ondulan mansamente los pastos en la vega;  
el ruido de las hojas se agranda en el pinar.  
Joven pastora ordeña la mugidora vaca  
y ya la aurora empieza los cielos a pintar.*

*Y como el sol asoma, hace el gallo alharaca  
en tanto que en los sauces va callando el zorzal.  
Pasa un olor a menta... a menta y albahaca.  
De rosa está el durazno; de blanco está el peral.*

*En los felices campos, recién amanecidos,  
es juguetón el viento, la acequia un canto da.  
Están ahora todos los árboles floridos,  
y el hombre a su trabajo cantando alegre va.*



*Lucero*: el planeta Venus.—*Vega*: parte de tierra llana y fértil.—*Pinar*: Lugar poblado de pinos.—*Alharaca*: extraordinaria demostración de alegría.—*Albahaca*: planta de fuerte olor aromático.



## LA GLORIA DE BROWN

Guillermo Brown era un joven marino que se había hecho notar ya por un rasgo de audacia. Habiendo sido apresada, por los barcos españoles, la goleta mercante que mandaba, bajó en la Ensenada y armó allí, en unión con su socio White, dos barquichuelos con los que atacó y tomó un crucero español que vendió en Buenos Aires para resarcirse de los perjuicios sufridos. Alvear adivinó en Brown al héroe y le entregó la escuadrilla, con la que debía

disputar y arrebatar a España el dominio de las aguas del Plata.

Con buques mercantes, armados apresuradamente con viejos cañones, teniendo que tripularlos con marineros de todas nacionalidades, recogidos al azar, y completada la dotación con compadritos de los suburbios que jamás habían pisado la cubierta de un barco, Brown se lanzó a la lucha, y en breve tiempo se apoderó de Martín García, bloqueó a Montevideo, y, por último, en un encarnizado combate de dos días, dispersó, frente a Montevideo, a la escuadra española, entregó a la revolución triunfante el dominio absoluto de los ríos, y precipitó la rendición de Montevideo, y con ella, el último baluarte del poder colonial en esta parte de América.

La historia de esta ciudad recuerda como uno de los días de júbilo más delirante y de mayor entusiasmo popular, el 19 de mayo de 1814, en que se anunció al pueblo el triunfo de Brown y la destrucción de la escuadra enemiga, y jamás pudo un héroe aspirar a mayor recompensa que la tributada al bravo almirante, cuando al pisar en tierra fué recibido por todas las damas porteñas que lo llevaron en triunfo hasta el viejo fuerte, donde el clamor popular lo consagró argentino, título que confirmó en un día difícil de nuestras discordias políticas, nombrándolo gobernador interino de Buenos Aires, caso único en nuestra accidentada historia.

Fué Brown el creador de la marina militar argentina, fué el primero que la condujo al combate y a

la victoria, el primero que paseó nuestra bandera por mares lejanos, y su nombre será siempre conservado con orgullo y gratitud, y el recuerdo de sus hazañas será el ejemplo y el estímulo de nuestros marineros.

CARLOS PELLEGRINI



*Goleta mercante:* embarcación de una empresa particular.—*Bloqueó:* cortó al puerto todas sus comunicaciones.—*Clamor:* gritos y vivas de entusiasmo.—*Júbilo:* viva alegría.—*Viejo Fuerte:* fué la residencia de las autoridades coloniales que representaban al rey. También tuvo su asiento ahí la Primera Junta del gobierno patrio. Los sucesivos y diversos gobiernos introdujeron, en el Fuerte, mejoras y modificaciones hasta el año 1853 que por Ley de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires fué demolido.



## EN EL BAÑADO

Al paso de nuestras cabalgaduras seguíamos la tortuosa senda que cruzaba el bañado en los días de seca, chapaleando aquí y allá el agua cristalina, conservada como un tesoro por el pajonal, que la cubría celoso con su manto verdinegro, orlado de nenúfares y camalotes.

—¿Sabe que es lindo el bañado, don Pascasio?  
—¡Y cómo no, amigo!... Por eso el que cae a estos aguazales no los deja sino con pena, y los que nacieron en ellos y se ausentan, jamás lo hacen para siempre.

Tendí la vista sobre el pajonal que ondulaba movido por la brisa y seguí complacido las bandadas de siriríes que se alzaban en montón, dando el aler-

ta, con el rumor de sus rápidas alas, a las gallaretas y a las grullas que dormitaban a orillas de los juncales, esperando el paso de las mojarras, inquietas y perspicaces.

—¡Mire que tendrá cuentos el bañado, don Pas-  
casio!... Si yo pudiese, me quedaba un tiempo... Ha de ser divertido estudiar las costumbres de tanto pájaro y de tanto bicharraco, como hay!...

—No crea que son muchas las clases... Pronto las conocería todas y después le sucedería lo que a mí, que no distingo los pájaros ni los bichos sino cuando tengo que comerlos.

—Mire cómo hierven los patos en aquel charco... Fíjese qué colores más lindos... ¡Si parecen bruñidos los cuerpecitos y hechos con mosaicos de rubíes, de esmeraldas y de brillantes!

—Esos no son patos sino gallinetas... como quien dijera las perdices del bañado... Comen lombrices y por eso hay algunos que no las quieren, aunque sean riquísimas... Vea... No admiten en su sociedad sino a los cucharones que con sus picos chatos les revuelven el barro del fondo y les descubren la comida... Se dice que son compadres, pero que no se tutean para no darse confianza y tener después que pelearse... La gallineta es ligerísima para comer, pero no abusa de la lentitud de su amigo y le da lugar y tiempo...

—¡Qué precioso aquel charquito a la derecha!... Mire... Parece esmaltado...

—Ése no es un charquito sino un charco muy hon-

do... Si fuese playo, no andarían en él los cisnes y los patos picazos, que revuelven las aguas profundas persiguiendo los pececitos... Éstos vienen en cardumen a guarecerse, asustados, entre las malezas de la orilla, y por eso están en ella las garzas y los flamencos rosados esperándolos atentos... Todos esos canilludos son haraganes y se aprovechan del barullo que arman en el agua los grandes nadadores o de los ruidosos zambullones de los carpinchos y de las nutrias.

JOSÉ S. ÁLVAREZ (*Fray Mocho*).



*Aguazales*: sitio bajo donde el agua de lluvia se detiene.—*Sirries*: patos silvestres que viven en grandes bandadas y que al agitarse son muy gritones.—*Juncales*: sitios donde abundan los juncos, plantas de tallos largos (seis a ocho decímetros) lisos, cilíndricos, flexibles y de color verde oscuro.—*Patos picazos*: patos silvestres de plumaje negro con manchas blancas.—*Cardumen*: multitud de peces que andan juntos.—*Carpincho*: uno de los animales roedores de mayor tamaño; tiene un metro de largo y llega a pesar hasta 150 kilogramos. Vive a orillas de los ríos y lagunas. Se zambulle y nada admirablemente. Su alimento son las hierbas y los peces. —*Nutria*: existen dos especies de nutria: una grande y otra chica. La primera mide 86 centímetros de largo. Se la persigue para extraerle la piel, cuyo pelo es muy estimado en la fabricación de sombreros. La especie menor, que algunos llaman lobito de agua, es un cuadrúpedo anfibio, gran nadador y que vive en los riachos y bañados.



### UNA ESTROFA DEL HIMNO

Ya sabemos que no todos los indios fueron salvajes y que había en América, al tiempo de la conquista, naciones muy bien organizadas y de muchísima cultura: por ejemplo, la de los Incas del Perú.

Tenían templos sumptuosos. Así, el templo del Sol en el Cuzco. Causaba admiración la fantástica sumptuosidad de los jardines que lo rodeaban; jardines de oro y plata, con arboledas también de plata y oro, poblados de pájaros hechos de piedras preciosas; todo perfectamente imitado por obra de los artistas.

El adoratorio del Sol estaba enchapado de láminas de oro, y de este mismo metal era el gran disco solar que estaba al medio. Esta imagen presidía a

la asamblea, diremos así, de los pasados Incas que allí estaban embalsamados con tal perfección que parecían vivos. El adoratorio de la Luna estaba revestido de plata. Y una imagen del astro de la noche presidía a su vez la asamblea de las antiguas reinas también embalsamadas. Estos reyes y reinas eran considerados como seres divinos después de su muerte.

Por lo demás, los Incas eran muy queridos de su pueblo, y casi adorados.

Atahualpa, el último Inca, llegó a decir en cierta ocasión, para dar idea de su inmenso poderío:

—Si yo no lo quisiera, no volarían las aves en mi reino. Vuelan porque yo lo quiero.

Nada de extraño tiene, por consiguiente, que nuestro Himno Nacional contenga una estrofa en que se rinde culto a la memoria de aquellos admirables monarcas. Grabemos los versos del Himno en el corazón:

*Se commueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor,  
porque ven renovando a sus hijos  
de la Patria el antiguo esplendor.*





## LA FAUNA DE MISIONES

La fauna de Misiones, como la de todos los países vecinos de los trópicos, la constituye un crecido número de especies pertenecientes a las comarcas cálidas y templadas.

En las orillas boscosas de los ríos y arroyos abundan los tapíres, monos, ciervos, capiguara, jabalíes y toda clase de aves. En las faldas de las sie-

rras pululan los tigres, pumas, coatís y reptiles.

Bandadas de loros de azulado y rojizo plumaje, se elevan en el aire a cada instante, saludando con sus ásperos gritos la presencia del viajero deslumbrado.

Las cotorras, los tucanos, las pavas de monte, saltan entre las ramas de los lapachos e inciensos; los patos navengan gallardamente sobre las ondas rizadas por la brisa; los yacarés duermen sobre la arena recalentada por el sol de mediodía, y de vez en cuando, se percibe sobre la líquida superficie la aleta caudal del *pacú* o la del sabroso *patí*.

Colibríes a millares vuelan de acá para allá, y de tiempo en tiempo, el águila hiende los aires en caprichosos giros, en busca de algún festín sangriento.

Por todas partes, en el suelo, en los árboles y en torno de las lianas, zumban millares de insectos de todas formas y tamaños: grandes y pequeñas mariposas, amarillas unas, encarnadas, azules y blancas otras, salpicadas muchas con preciosas manchas circulares; coleópteros negros, verdes y bronceados, con grandes antenas; himenópteros armados con venenosos aguijones, falanje, en fin, de mosquitos y avispas, que revolotean sobre la playa donde fermentan los residuos vegetales, depositados por las aguas o arrastrados por los vientos.

He ahí la fauna que se agita a la luz del día.

Cuando llega la noche, el aire se puebla de so-

nidos diversos y extraños; rugen las fieras que abandonan sus recónditos antros, ríese el ave burlona, graznan las ranas, silba el tapir y se queja el carayá.

Entretanto, las luciérnagas, pedrerías vivientes, iluminan con su luz melancólica y titilante el linde oscuro de la selva.

RAMÓN LISTA.



*Capiguara*: Carpincho (ver pág. 51).—*Pavas del monte*: gallineta. Gallina salvaje de color oscuro que habita en los montes cercanos a los arroyos y ríos.—*Aleta caudal*: membrana externa que tienen los peces en la extremidad posterior.—*Pacú*: pez grande que abunda en nuestros ríos; de color pardo, achatado y de excelente carne.—*Pati*: como el anterior, es un pez grande; sin escamas, y su carne, muy buena, es de color amarillo.—*Coleópteros*: insectos con caparazón, de alas membranosas y plegadas. En su boca tienen un aparato masticador. El gorgojo, el escarabajo y el bichito de luz pertenecen a esta orden.—*Himenópteros*: insectos que tienen cuatro alas membranosas como las abejas y avispas. Suelen vivir en sociedad.—*Recónditos antros*: escondidas cuevas.—*Carayá*: cierta clase de monos que vive entre los árboles y se sirven de la cola para treparse en las ramas.—*Titilante*: que tiembla.—*Linde*: confín, término.



## SEBASTIÁN CABOTO

### EL FUERTE DE SANCTI SPIRITUS.

En la boca del Carcarañá habíase formado un islote de poca extensión, y casi enteramente desnudo de árboles.

Caboto eligió el lugar para construir una torre de ladrillos donde montaría los cañones y haría el depósito de las armas. Rodeado por aguas profundas, constituía un refugio que los indígenas no podrían atacar fácilmente.

En la tierra firme, sobre la margen derecha del Paraná, se establecería la población; y allí donde el bosque abundaba en ricas maderas y los campos

eran sin límites, podrían rodear el caserío con una fuerte empalizada y conceder a cada poblador un extenso lote de terreno.

El veneciano no era hombre de guerra y no veía la conquista de las Indias sino como una larga fundación de pueblos, que unos a otros se irían dando la mano para penetrar hasta el corazón del continente.

Diez villas en América darían al Emperador más provecho que diez victorias en Francia o en Italia.

Centenares de soldados despojáronse de sus armaduras y empuñaron el hacha o la azada. Unos dedicáronse a amasar la tierra arcillosa de la isla, para hacer los ladrillos con que se levantarían los muros del fuerte. Otros penetraron en los bosques vírgenes, y por primera vez el golpe del hierro hizo sangrar el corazón de la selva.

Los indios no tenían minas, y todo el metal que conocían era algunas láminas de plata traídas del Norte, donde existían las opulentas naciones de los Incas, o del Sur, adonde solían llegar traspasando los Andes, los indomables araucanos, especie de charrúas del otro océano.

No tenían, por lo tanto, ni hachas, ni espadas, ni lanzas de hierro; pero hacia el Norte, a algunas jornadas de viaje, se encontraban bosques soberbios, en que había árboles de madera tan dura que mellaba las hachas españolas, y tan pesada, que se hundía en el agua y mordía las toscas del fondo, como los garfios de un ancla.

Los indios llamaban itín al árbol que daba esa madera, y sus jefes expedían caravanas a procurarse trozos para construir sus armas y herramientas.

Construían sus lanzas y flechas con material más liviano y flexible. Una caña tacuara de quince a dieciocho pies, con un asta de ciervo en la punta, era una lanza mortífera. Los tallos delgados y rectos, armados igualmente con puntas de ciervo, fijados mediante nervios de animal, eran flechas agudísimas, que solían empozoñar con el zumo de plantas venenosas, cuando no las destinaban para la caza sino para la guerra.

Durante los ocho primeros días del desembarco, no apareció ningún salvaje por los alrededores del campamento. Su ejército se había disipado silenciosamente, como una columna de humo; y los exploradores que envió Caboto hallaron abandonados los caseríos de la costa, como si los indios hubieran emigrado para siempre.

Aquella ausencia, más que por síntomas de paz, fué tomada por Caboto como silencioso preparativo de guerra. Para no ser sorprendido por un ataque, todas las cuadrillas de trabajadores que penetraban en el bosque iban custodiadas por algunos arcabuceros, mientras los cañones desembarcados para defensa del fuerte, permanecían cebados, con sus artilleros prontos a la par de ellos.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA. (*Hugo Wast*).



## LA SURESTADA EN LA PAMPA

Despacio pasan unas nubecitas blancas hacia la pampa. Vienen del mar y se van, se van tierra adentro. Poco a poco, corren más ligeras, más grandes, más tupidas, más numerosas, innumerables luego, y se juntan, tornándose de blancas, en grises y amarillentas.

Primero parecían volar alegres en el cielo, como lillianas palomas; ahora corren, ruedan muy cerca del suelo, negras, profundas, amenazadoras, como si quisieran sumir la tierra en una oscuridad de color de plomo.

No truena; un trueno haría menos triste la tristeza ambiente.

El viento —del río—, débil primero, poco a poco se hace más fuerte. Arrea las nubes en inmensos

rebaños, las acumula, hace provisión de ellas; las amontona en masas profundas, desde el suelo casi hasta las alturas insondables. Durante dos, tres, cuatro días, no descansa en ese trabajo.

Una humedad intensa lo penetra todo: cosas y seres.

Bandadas de pájaros acuáticos, patos, cuervos, gansos y cisnes, cruzan a cada rato, con sus largos triángulos, el horizonte; todos en la misma dirección que el viento y las nubes, como si las estuvieran contando, para calcular qué enorme cantidad de agua les va a suministrar el cielo.

Empieza a llover. Llueve, llueve. Todo se vuelve agua; no se ve más que agua, no se siente más que humedad. El viento sigue trayendo nubes, para reemplazar a las que, sin interrupción, se van vaciando, y llueve, llueve sin cesar.

Las lagunas se llenan, los arroyos salen de sus cauces, desbordan en los cañadones; éstos se juntan los unos con los otros, se extienden hasta el pie de las lomas.

A la oración, parece que el agua va a cesar. Se siente como un descanso, como una vacilación. ¡Esperanza vana! El mismo Sureste sopla, trae nubes nuevas y las empieza a volcar sobre la tierra empapada.

Llueve sobre mojado. Sin cesar, más bien despacio que fuerte, pero tupida, cae, cae la lluvia. Las horas pasan; llueve. Amanece lloviendo; lloverá todo el día.

Las majadas, rodeadas, no comen; chapalean en el barro, lamentables; remolinean balando tristemente, y así, días y noches, hasta que el temporal se canse de soplar y el viento de traer nubes.

GODOFREDO DAIREAUX.



*Surestada*: viento con lluvia que viene del sureste, del lado del mar.—*Sumir*: hundir, meter.—*Alturas insondables*: que no se pueden medir.—*Cañadones*: partes bajas de un campo que no tiene desagüe.



## MENDOZA EN TIEMPOS DEL GOBIERNO DE SAN MARTÍN

Unas pobres calles, unas modestas casas, unas cuantas huertas; una catedral y seis iglesias o capillas, y unos verdes campos, cruzados por un canal —El Zanjón—, construído, según dice la fama, por el cacique Guaymallén en los tiempos de la conquista: tal era Mendoza en 1816, la ciudad en que San Martín, nombrado gobernador de Cuyo, empezó a organizar el ejército de los Andes.

Unos repiques de campanas llamando a misa, desde el alba hasta el mediodía; otros convocando al rosario de la tarde; el golpeteo de los cascós de algún caballo al galope; los largos gritos de los vendedores callejeros; el agrio chirrido de alguna careta; el son de los cencerros de las recuas de mulas que, o llegaban de la cordillera o partían hacia ella, trayendo o llevando cargas: ésas eran las voces habituales de la casi dormida ciudad.

Padres dominicos, o de San Francisco, con el hábito gris que entonces usaba la orden; clérigos de un reposado andar; honrados comerciantes que iban de sus casas a sus tiendas o de sus tiendas a sus casas, cuando no tenían casa y tienda bajo un mismo techo; uno que otro militar; señoritas de compras, con sus esclavas; gauchos que se apeaban de sus bien enjaezados caballos a las puertas de un comercio: tales eran las gentes mendocinas.

Naturalmente todo lo fué trasformando el genio de San Martín; y el campamento del Plumerillo, donde se ejercitaban sus tropas, empezó a ser el centro de reunión a la tarde, desde que batían marcha los tambores. Todo Mendoza se iba allí: quien a caballo, quien en coche.

Por la mañana, al romper el día, cuando el viento soplaban en sentido favorable, los madrugadores podían oír el son de los clarines del Plumerillo, tocando diana.

Y se llegaban los tiempos de cruzar los Andes para libertar a Chile.



## EL OMBÚ DEL VIRREY VÉRTIZ

En la antigua quinta de la sucesión de don Jaime Llavallol y del Riú, en el partido de Vicente López, antiguamente conocido por Olivos, se conserva un hermoso ombú.

Este ejemplar es de una lozanía extraordinaria, a pesar de su edad, que se cree pasa de quinientos años; pues, en 1779 el virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo, al trazar el plano de su quinta en este paraje, anota en dicho documento su existencia, dejándolo allí, dada su belleza y antigüedad. En la visita que hicieron en enero de 1913 el presidente y secretario general de la Sociedad Forestal Argentina, le asignaron de 500 a 600 años de existencia.

Un diario dice, al respecto, al publicar la fotografía del ombú: "Este árbol, a un metro y veinte centímetros del suelo, mide doce metros de circunferencia, y a flor de tierra cerca de veinte metros. Quince ramas principales se extienden, bien desarrolladas, en distintas direcciones, formando figuras caprichosas.

"La copa del ombú es hermosa y su ramaje perfecto, pareciendo haberse formado con el auxilio de la mano del hombre. Está situado, como el ombú ya conocido de la calle Ituzaingó de esta capital, sobre una loma que facilita el desarrollo del sistema radical y permite su formidable extensión.

"A más de su belleza singular y antigüedad, tiene este ejemplar el mérito de haber pertenecido al americano más ilustre que haya regido los destinos de este país en nombre de España, el progresista virrey Vértiz, a quien tanto le debe el país en su fecundo período gubernativo"

Como se sabe, este personaje era mejicano y tenía una brillante foja de servicios militares prestados en España, Italia y en el Río de la Plata. Se recibió de gobernador de Buenos Aires en 1770, y de virrey, ocho años después. Esta ciudad le debe innumerables reformas políticas y administrativas; entre otras, la introducción de la imprenta, el censo de población, construcción de empedrados, teatro, creación del alumbrado público, etc.

Fué, como decimos, un funcionario dignísimo y progresista.

En 1914 la Sociedad Forestal Argentina hizo colocar una placa con esta inscripción: “Ombú histórico que cuenta cinco siglos de existencia y que perteneció al Virrey Vértiz” <sup>(1)</sup>.

ENRIQUE UDAONDO.



*Lozania*; con mucho verdor y frondosidad.—*A flor de tierra*: sobre o cerca de la superficie de la tierra.—*Figuras caprichosas*: formas que salen de lo común y ordinario.—*Méjicano*: natural de Méjico.—*Introducción de la imprenta*: Fundó en Buenos Aires una imprenta, para lo cual dispuso que la existente en el Colegio Monserrat de Córdoba fuera traída a la capital del Virreinato del Río de la Plata. La imprenta llegó en febrero de 1780.



<sup>(1)</sup> Escrita esta referencia, debemos hacer presente que este viejo ombú, desgraciadamente, ha sido cortado, al subdividirse la propiedad, sin tenerse en cuenta ni su belleza extraordinaria ni los recuerdos históricos a él ligados.



## EN EL OCÉANO ATLÁNTICO.

### LA VISITA DEL LOBO DE MAR

Un día se presentó entre las rocas de Playa Chica, hermoso rincón de Mar del Plata, un extraño visitante. Era un lobo marino, o una foca, como se le quiera llamar. Lo trajo una crecida de la marea. Como si se encontrara muy a gusto, se quedó entre las peñas, en un hoyo de agua transparente. Se vió

que por su corta edad no alcanzaba aún la categoría de lobo propiamente dicho: era, sí, lo que se llama un lobezno. Y un lobezno de muy buen carácter, ansioso, al parecer, de ponerse en contacto con el género humano y de cultivar las más cordiales relaciones con los veraneantes.

Niños y grandes vinieron a contemplarlo. Y él, como dándose cuenta de su importancia, se volvía y revolvía en el hoyo, mostrando su rudo pelaje de un color gris, igual que su cara, nada hermosa con aquella boca que tenía y aquellos sus gruesos ojos. Los pescadores, a todo esto, le echaban pececitos de sus redes para que comiese. Y el lobezno, entonces, comenzaba su almuerzo. Era de verlo engullirse los pececitos que le tiraban, y después largarlos, y pescarlos de nuevo, jugando con cada uno de ellos, antes de comérselo, tal como el gato con el ratón que cazó.

Para que la linda foca no se volviese al océano, le pusieron una cadena al cuello sujetada a un poste: cadena bastante larga que permitía una cierta comodidad al prisionero. Así pasaron unos días en que el pobre lobezno daba desafinados gruñidos que parecían contestar los mugidos de las olas. Alguien se condolió, y todos los vecinos resolvieron soltarlo de sus prisiones; y apenas lo hubieron hecho, el buen lobezno gruñó de felicidad y se puso en marcha sin más demora. Hacía gracia verlo tan campante salir de su charco y dirigirse por sobre las peñas, con paso torpe, valiéndose de sus extremidades posterio-

res que son a manera de aletas; hacia gracia verlo en marcha, con un torpe andar patizambo que le daba cierto aire de Carlitos Chaplin.

Trascurrieron los días, y cuando poco se hablaba ya del pasado huésped, una mañana, helo allí de nuevo en el estanque de las rocas.

Desde entonces, viene, se queda, y lo pasa muy bien en el fondo de su baño. La última novedad es que los niños le han puesto nombre a su amigo el lobo de mar: el nombre de Tito, que el lobezno entiende perfectamente bien.

Cuando, desde el borde de su estanque alguien le grita: “¡Tito! ¡Tito!”, la foca levanta la cabeza, se asoma por sobre el agua y se diría que saluda.





## LA BARRANCA DE LOS LOBOS

Y no es raro que haya lobos de mar por esas costas de Mar del Plata, cuando no lejos del balneario existe un lugar que lleva el nombre que nos sirve de título: la Barranca de los Lobos; hermoso sitio que vino a designarse así por la abundancia de estos anfibios. Pero allí se fueron dando cita durante muchos años los cazadores de focas, y los lobos de mar

empezaron a escasear en el contorno, sea que se fuesen extinguiendo, sea que el instinto de conservación los alejase de unos lugares en que hallaban la muerte.

Yo sólo sé que, si el lobo marino de Playa Chica supiese hablar, hablaría de este modo:

—Tiempo hubo en que mi raza fué grande y poderosa por estas riberas del Atlántico. ¡Cómo eran de felices mis antepasados y cuántos agradables rincones brindaba la costa para disfrutar del aire y del sol! Pero ninguno más bello ni más grato que el de la barranca de Chapadmalal. Allí acudían confiados los lobos marinos como para una fiesta. Los unos se recostaban sobre la playa, los otros se encaramaban sobre alguna roca, los demás se revolcaban dichosos en los charcos que forma el mar cuando crece. Era de ver aquellas muchedumbres de focas, todas de pelaje gris oscuro tirando a negro. Lobos y lobeznos se agrupaban allí como en una gran plataforma y se pasaban horas enteras gruñendo a la inmensidad. Hasta del lejano Sur, hasta de las vecindades mismas del polo austral, venían algunos lobos a conocer ese paraje delicioso, cual si hasta aquellas apartadas regiones hubiese llegado la fama de esa especie de maravilloso balcón que tanto amaban las focas. Pero empezaron a venir los cazadores, con armas largas y con revólveres de precisión. Los estampidos resonaban entre la barranca y en el mar, repercutiendo su ruido como cuando se juega a la pelota. Mas no era ése un juego de pelota, sino un

tiro al blanco contra los pobres lobos de mar, que a saltos y a brincos se echaban al océano dando gruñidos de horror, no sin que antes quedaran sin vida o mal heridos, docenas de víctimas, que eran allí mismo desollados para aprovechar su cuero. Persecución horrible, aquélla. Persecución de día y de noche. ¡Cuántas veces los buenos lobos de mar, dormidos en la barranca a la dulce luz de la luna, fueron sorprendidos por los cazadores y el estruendo de sus fusiles mortíferos! A vista de lo que pasaba, fué corriendose la noticia por el mar, y los lobos marinos se alejaron para siempre de estas ya inhospitalarias playas.

Así hablaría el lobo marino de Playa Chica, si pudiese hablar.



*Anfibios*: animales aptos para habitar en la tierra y en el agua.—*Polo austral*: polo sur.—*Desollados*: quitados de la piel del cuerpo.—*Fusiles mortíferos*: que ocasionan la muerte.



## EN TUCUMÁN

### EL GENERAL BELGRANO EN SU CAMPAMENTO

Durante los años 1817 al 1819, en que permaneció acantonado el ejército en Tucumán, el general Belgrano vivió constantemente en el campamento de la ciudadela, sin ausentarse de él una sola noche, obligando a todos a dormir en sus cuarteles. Su alojamiento lo componían cinco habitaciones de techo de

paja, construïdas por los soldados, rodeadas de un pequeño jardín y de una huerta, como lo estaban las cuadras de la tropa, a la que obligaba a cultivar la tierra para sustentarse, a fin de no gravar el erario.

Los muebles eran sencillísimos y todos fabricados en la maestranza del ejército. Su cama era un catre pequeño de campaña, con un colchón muy delgado, que siempre permanecía doblado, salvo en las tres o cuatro horas que dedicaba al descanso durante el día. Su almuerzo era un solo plato, y su comida tres platos de que participaban sus edecanes. Por la mañana temprano recibía a su jefe de estado mayor, el general Cruz, a quien impartía las órdenes del día. Después de almorzar despachaba su correspondencia, leía y, en seguida, se acostaba a descansar, y cuando se levantaba, el colchón volvía a doblarse hasta el día siguiente a la misma hora.

Las horas que seguían a su frugal comida, las pasaba, generalmente, en su jardín, donde había hecho construir dos bancos rústicos. Allí solía recibir algunas raras visitas y entregarse a largas conversaciones. Éstas eran sus únicas horas de solaz.

Por la noche montaba a caballo y la pasaba toda ella en vigilancia, acompañado solamente de sus edecanes: recorría los cuarteles, patrullaba la ciudad y suburbios y era inexorable cuando después del toque de silencio encontraba a un individuo del ejército fuera de su puesto.

BARTOLOMÉ MITRE.



## POR LOS CANALES FUEGUINOS

Las aguas del estrecho estaban completamente agitadas, y bastó entrar en los canales para empezar una navegación tranquila.

—Señor, aquí no hay marejada. Aquí —y el piloto me señalaba la ruta a seguir— navegaremos como en la palma de la mano.

—Esto no es agua salada, no es mar; es aceite —me decía el capitán, viejo marino y decidido compañero de excursiones.

—Y... señor, ¿se había usted imaginado ver esto? — me interpelaba el comandante.

Aquello no había pasado jamás por mi imaginación en su imponente belleza, y no encontraba palabras que dieran la traducción exacta de mi pensamiento. Aquello se ve, se siente, pero no se describe. Cada depresión de la montaña que va bordeando el canal es un paisaje nuevo, un cuadro de distinta vegetación; robles y hayas colosales aquí al Oeste, con ese verde oscuro de los bosques enmarañados, y al Este, alternando los bosques con las rocas limpias, frías, grises, azotadas constantemente por las rachas del Suroeste. Y más allá, por sobre las montañas, la nieve coronando los montes y los picos que se elevan a millares de pies sobre el nivel del mar como desafiando con la blancura de sus nieves seculares el celeste de los cielos.

Habíamos zarpado de Punta Arenas al amanecer y, por un retardo sufrido en Bahía Porvenir, entrábamos en los canales al caer de la tarde. Habíamos tenido un día bellísimo con un sol primaveral, y la tarde serena, sin la más leve brisa, aumentaba la grandiosidad de aquel paisaje. El Monte Sarmiento, que se eleva a 2400 pies sobre el nivel del mar, se presentaba a nosotros en medio de una atmósfera clarísima.

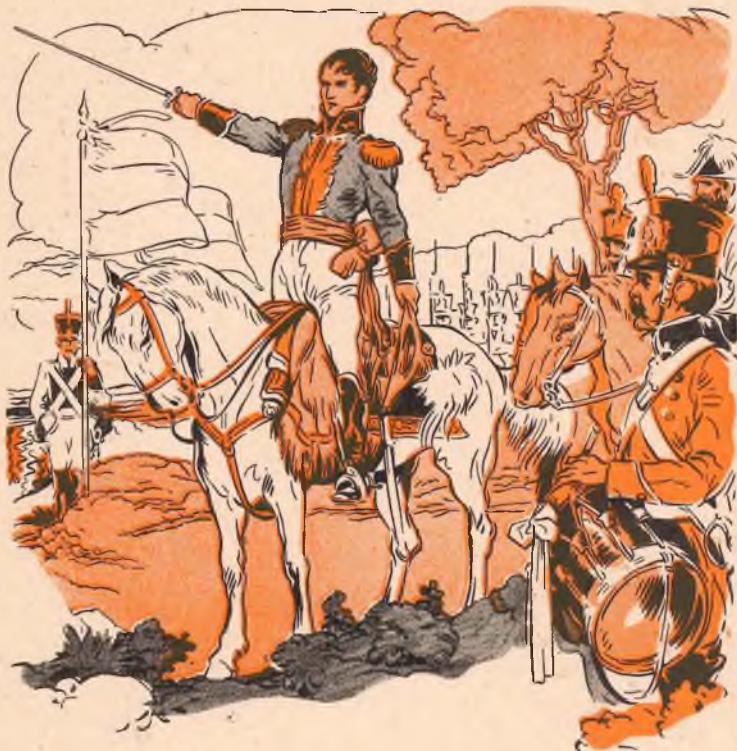
Pero, gradualmente, todo fué quedando sombrío. La noche avanza y tiende sus sombras con rapidez

en aquellas regiones; y como la navegación por los canales no se hace de noche, fondeamos en una bahía, muy abrigada y pintoresca, de las tantas que tiene la isla Clerence en su parte oriental.

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE.



*Me interpelaba:* me pedía explicaciones.—*Imponente:* que producía gran admiración.—*Rachas:* ráfagas, violento y breve movimiento del aire.



## EL JURAMENTO DE LA BANDERA Y EL RÍO PASAJE.

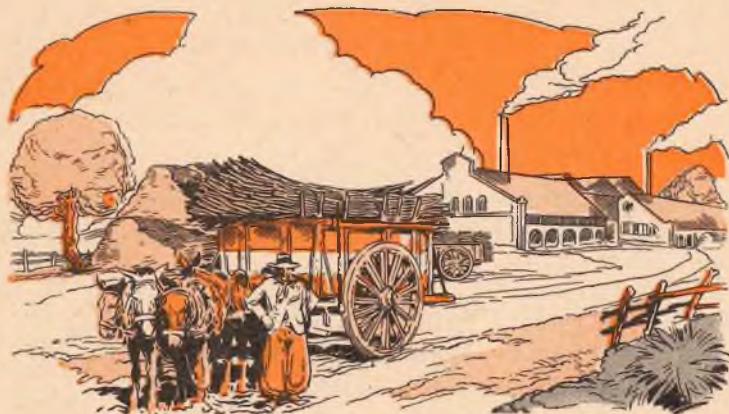
Formado el ejército en parada y pasada una ligera revista, hizo el general una breve alocución presentándonos la bandera, y concluyó con la forma de la ordenanza cuando se juran las banderas de los regimientos. Entonces, sacando su espada y colocándola horizontalmente, de modo que hiciera cruz con

el asta de la bandera, que tenía uno de sus ayudantes, hizo desfilar el ejército para besar individualmente la expresada cruz que formaba el asta de la bandera con la espada que él tenía personalmente. Como la operación era larga, pues duró horas, recuerdo que fué reemplazado en el trabajo de tener la espada por el entonces coronel don Martín Rodríguez, y acaso por algún otro jefe de categoría. Por lo demás, la ceremonia fué idéntica a la que practican los cuerpos que juran sus banderas, sin más diferencia que no hubo la descarga de costumbre, porque no lo juzgó conveniente el general.

Este dió el nombre de río del Juramento, al río Pasaje; y bajo esta denominación lo hizo conocer en todas partes, porque efectivamente, hubo juramento, pero no juramento de la Independencia, sino de la bandera que se nos presentaba.

JOSÉ M. PAZ.





## UN INGENIO DE AZÚCAR EN TUCUMÁN.

Se trabajaba día y noche. Había tres turnos de obreros en las veinticuatro horas. El trepidar de las máquinas, conmoviendo el valle, parecía una cosa más del cielo que de la tierra. El ruido de los motores, de las centrífugas, de las grúas, de los vagones era insopportable en los primeros días. Pero, paulatinamente, se aceptaba como algo natural, tal como la luz o el aire. Se vivía en el gigantesco tráfago de la fábrica, al cual colaboraban el alarido prolongado de los carreros, el tropel de los carros que llegaban de las colonias, el estrépito de acero y de cadenas de los largos trenes de carga y el silbato del que dirigía la maniobra de las grúas, que alzaban de un solo manotazo todo el cargamento de un carro o la mitad de un vagón, para precipitarlo a los trapiches. El aire estaba contaminado de un cálido y

penetrante olor a miel. De los cañaverales ya devastados, venían, de cuando en cuando, fugitivos resplandores de la hojarasca que se quemaba. Llegaban frente a la fábrica, a un enorme canchón, los vagones y los carros, con su carga de caña, y se detenían bajo las grandes grúas. El estrépito desconcierta, enloquece, aturde; se siente todo a medias, la carga de cañas moradas y relucientes, tomadas por la grúa, es paseada un instante por el aire; parece que va a precipitarse sobre nosotros. Luego, es enviada hacia el fondo, para caer en los trapiches.

Allí dentro se mueven los grandes cilindros de los trapiches que estrujan la caña hasta sacarle la última gota de jugo. Allí están los grandes calderos donde se hace hervir el guarapo para que vaya transformándose, poco a poco, en miel, la que a su vez, por sucesivas evaporaciones, dejará por sedimento el azúcar obscura, casi hedionda, más tarde aclarada y purificada de las materias extrañas mediante las centrífugas. Y más allá las cascadas de azúcar blanca y brillante, cayendo vertiginosamente en las bolsas abiertas que, una vez llenas, son reemplazadas por otras. Y por el otro costado de la fábrica, el bagazo, resto de la caña estrujada y exprimida de su jugo, que desciende por una pendiente móvil, como un amarillento polvo que va a depositarse en los tachos vacíos. Es el despojo de la planta que ha entregado al hombre todo el sabor que supo captar de la entraña misma de la tierra.

La molienda se efectúa, así, entre el formidable estrépito que conmueve el suelo en un radio de media legua. Todos los rumores se mezclan y parecen combatir entre ellos; es una fragorosa batalla que tiene el aire por campo y que adquiere por momentos proporciones extraordinarias; es el ruido de los carros, el chocar de los vagones, el estampido de los émbolos, el acezar de los motores, el grito de los peones, el ronquido del motor que impulsa la fábrica y el ruido de la maestranza con el martillar de la herrería, el rezongar del serrucho de los carpinteros y el canto de los talabarteros y el vasto tumulto de los canchones y todo el rotundo rumor del taller —los hojalateros, los carreteros, los herradores—, cada cual con su grito, cada cual con el estrépito dominante de su trabajo.

PABLO ROJAS PAZ.



*Trepidar*: temblar, estremecerse.—*Centrifugas*: máquinas para elaborar azúcar.—*Grúas*: máquinas para elevar grandes pesos.—*Tráfago*: conjunto de faenas.—*Trapiches*: molinos para extraer el jugo de la caña de azúcar.—*Canchón*: aumentativo de cancha, lugar espacioso destinado a usos industriales.—*Guarapo*: jugo de la caña de azúcar exprimida.—*Bagazo*: residuos que quedan de la caña de azúcar después de haberle extraído su jugo.—*Captar*: recoger.—*Acezar*: ruido producido por el trabajo de los motores.



## EN EL VALLE DE VINCHINA.

### LA INDUSTRIA DEL TELAR.

No hay familia que no tenga telar, desde la más pudiente hasta la más humilde. Se halla tan arrraigada esta costumbre que, volviendo de ver un puesto de cabras, ubicado al pie de una barranca, en el que sólo se veía un hombre, una mujer, dos criaturas, la maja-

da, la *pirca* del redil y los horcones del telar. No habían pensado todavía en el rancho.

Es entre la gente del pueblo donde más se teje y donde se encuentran las más eximias tejedoras; porque, debe advertirse, es ésta una ocupación casi exclusivamente femenina. Tan vieja como es la tradición de los tejidos en Vinchina —no erraría si dijese que arranca desde los mejores tiempos del imperio incásico—, resulta en el nativo una inclinación natural e instintiva. La madre que lo cría o la hermana que lo carga, están al mismo tiempo hilando u ovillando, pues a ellas los trabajos del telar no les impiden llenar las tareas de la casa. Por eso no es extraño ver que criaturas de no más de cinco años, hagan bailar el huso y saquen la hebra a la perfección.

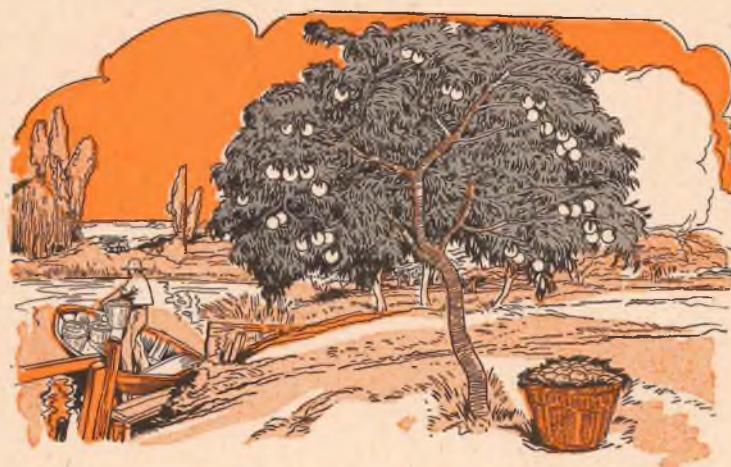
Se sorprenden así las escenas más interesantes. Es común, por ejemplo, encontrar en la puerta del rancho, a niños de corta edad, sentados sobre las piernas cruzadas —que es la manera clásica—, con el cadejo levantado en la mano izquierda y con la derecha desprendiendo la lana a pequeños tirones, a la vez que torciéndola entre el pulgar y el índice, al vertiginoso girar del huso pendiente de la propia hebra. O si no, se suele ver también en los montes cercanos a la población, a pequeñas pastorcitas que, mientras conducen la majada de cabras, a pie y entre los *churquis*, van hilando su buen copo de lana. La vieja doña Jesús es muy popular en Vinchina, jus-

tamente por la costumbre que tiene de andar siempre hilando por los campos, con su retazo de ovejas, y muy ponderada porque en esa forma trabaja la lana de vicuña, sacando la hebra sin cortarla.

JULIO V. GONZÁLEZ.



*Pirca*: cerco de piedra.—*Redil*: corral.—*Horcones*: palos que rematan en dos puntas y que sirven para sostener el telar.—*Eximias*: muy excelentes.—*Imperio incásico*: pueblo que formaron los incas.—*Huso*: instrumento, generalmente de madera, que sirve para hilar.—*Cadejo*: madeja pequeña de hilo.—*Churquis*: árboles que producen una buena madera. También se llaman espinillos.—*Vicuña*: cuadrúpedo rumiante, parecido a la llama; vive en manadas en las alturas de las montañas. Su lana, fina, es muy estimada.



## LOS DURAZNOS DE LAS ISLAS DEL DELTA.

Al observar el vigor y la rapidez con que crece y se propaga espontáneamente el duraznero en las islas de nuestro Delta; al notar su frondosidad y larga vida, la abundancia, la grandeza, el colorido, la delicadeza y la fragancia de sus frutos, podría creerse que el Plata y no la Persia es la patria originaria de este árbol, si no constase que fué traído al Nuevo Mundo por los primeros colonos europeos.

No es raro ver en las islas durazneros de la corpulencia de un hombre, con una copa de cinco varas de radio, llena de duraznos, o más bien, melocotones tamaños como naranjas. Generalmente, crecen mezclados con los árboles silvestres, viéndose algunos tan oprimidos por la vegetación indígena, que apenas alcanzan un rayo de sol por algún res-

quicio del tupido follaje que los rodea; y no obstante, se muestran vigorosos y fecundos. Sujetos al cultivo del hombre, los arbolitos de un año, que se trasplantan a cuatro o cinco varas de intervalo, al siguiente verano empiezan a fructificar, y al cuarto año ocupan ya todo el terreno, cruzando unos con otros sus ramas laterales encorvadas con el peso de la fruta.

El hermoso melocotór o durazno silvestre de las islas no cede, en el conjunto de sus calidades, a ninguna otra de las frutas máspreciadas de todo el orbe; pues que a la belleza de su forma matizada de lucidísimos colores y a su olor aromático, únese una pulpa delicada y suculenta, de una dulzura ligeramente acidulada, tan grata al paladar, que no causa saciedad aunque se coma con exceso. Y si a estas excelencias se agrega que es en alto grado alimenticio y saludable, ¿cuál será la fruta que se le pueda comparar?

La presencia del duraznero despertará siempre recuerdos agradables a los hijos de este suelo. ¿A quién, en la niñez, no llenó más de una vez de regocijo el galano aspecto de ese árbol cuando, cubierto de un manto color de rosa, nos anuncia la cercana primavera? ¿A quién no ha encantado la vista de su copa agobiada por el peso de sus torneados frutos, rubios como el oro, o blancos como el marfil, con las chapas de carmín que anuncian su sazón? El duraznero nativo de las islas no puede rivalizar

con los árboles siempre verdes que crecen a su lado; pero su tronco extiende largos brazos cuyos flexibles gajos brindan sus racimos de duraznos a la mano que quiera recogerlos. Aunque no ostentan copas densas y elevadas, agrupadas cerca de la casa, forman frondosos bosquecitos de fresca sombra y silencioso retiro, alfombrados de fina y tendida grama.

¿Quién no ha recorrido alguna vez en su infancia los espesos montes de duraznos de nuestras chacras, ya buscando los nidos de los pájaros, ya espiando la madurez primera de la fruta? ¡Cuántas veces no han suscitado nuestra inocente bulliciosa rivalidad, disputándonos la posesión de los duraznos más hermosos y maduros para tener el placer de presentárselos a las personas más queridas! El duraznero ha sido el testigo de nuestros primeros goces, el compañero de nuestros placeres juveniles; jamás podremos contemplarlo sin cariño.

MARCOS SASTRE.



*Arboles silvestres*: árboles desarrollados sin el cultivo del hombre.—*Vegetación indígena*: vegetales originarios del país.—*Acidulada*: ligeramente ácida con sabor parecido al del vinagre.—*Galano*: dispuesto con intención de agradar.—*Torneados frutos*: redondeados y pulidos como hechos en un torno.—*Marfil*: sustancia compacta, muy blanca y dura que se obtiene de los colmillos de los elefantes.—*Gramia*: planta de la familia de las gramíneas cuyas hojas son cortas, planas y agudas y su tallo cilíndrico y rastreto.



### LA VOCACIÓN DE CADA UNO.

Vamos a contar aquí la conversación que tuvieron un día dos excelentes muchachos que se llaman Julio y Pablo, respectivamente. La conversación se trabó a las puertas de la casa de Pablo, con motivo de que Julio había ido a invitar a Pablo para que juntos fuesen al cinematógrafo; y fué tan interesante lo que conversaron, que trataremos de reproducirlo de la manera más fiel.

He aquí el diálogo:

*Julio.* —¿Vamos al cine, Pablo?

*Pablo* (*que sale en mangas de camisa y bastante despeinado*). ¡Hombre! muchas gracias; pero no puedo. Estoy construyendo un tractor con las ruedas de un coche viejo de muñecas y unos engranajes de mi invención. Las aventuras de pistoleros ya me tienen cansado. Son todas iguales.

*Julio.* —¿Así que no te gusta, por ejemplo, ver correr a los hombres a caballo, atravesando campos y selvas, cruzando ríos, subiendo montañas? Yo me figuro, cuando los veo, que voy montado yo también entre ellos y hasta siento el aire en la cara, y aprieto sin querer las rodillas como para no caerme...

*Pablo.* —¡Ay! ¡Por favor! ¡No seas tan exagerado!

*Julio.* —¿Y las caras de los tipos cuando se agrandan en el lienzo, y se sabe todo lo que les pasa por dentro nada más que de verlos?

*Pablo.* —¡Vas a comparar! El otro día, mamá me dió un despertador inservible. ¡Si vieras qué maravilla la que conseguí! Conseguí hacer mover como diez ruedas y correas con una sola cuerda.

*Julio.* —¡Te felicito! Pero no salgas inventando la rueda de cuatro puntas.

*Pablo.* —En serio. Yo quiero ser el Édison argentino. ¡Qué genio el de ese hombre y cuántos inventos hizo! No sé cómo hay quienes pierden el tiempo con las películas de aventuras...

*Julio.* —No digas eso. Viendo películas de aven-

turas, yo he soñado llegar a ser tan grande como Édison. He soñado con ser como Amundsen, el que exploró los dos polos y después perdió la vida por salvar a su rival. ¡Seré el Amundsen argentino!

*Pablo.* —Pero como ya los polos están explorados . . . ¿qué harás?

*Julio.* —Haré, probablemente, un viaje a la luna . . .

*Pablo.* —En un tractor que te haré yo . . .

Y Pablo y Julio se despidieron muy contentos soñando, cada uno por su lado, en engrandecer la patria y el mundo.



*Reproducirlo de la manera más fiel:* expresarlo exactamente, conforme a la verdad.—*Diálogo:* conversación entre dos personas.—*Tractor:* máquina que sirve para mover o arrastrar alguna cosa.—*Explorados:* reconocidos.



## EN EL PAÍS DE LA SELVA.

### EL ALGARROBO.

El algarrobo es uno de los árboles más interesantes del monte: su madera es excelente, no sólo para construcciones, sino como combustible. El fruto es una vaina de color amarillento claro, que contiene una pulpa un poco dulce y con cierto aroma particular que puede recordar el higo seco, y algo, el orozuz.

Estas vainas son molidas o, más bien, pisadas en

morteros de madera, y con la pasta se fabrica el *patay*, especie de pan, al que reemplaza en estas comarcas en la alimentación de la gente pobre. Fermentada con agua produce la *aloja*, bebida ligeramente alcohólica, bastante suave, especie de cerveza, y centro siempre de atracción donde se elabora, lo que da origen a reuniones y bailes populares que duran más de una semana; la *alojeada*, como la llaman.

Los animales comen también con gusto la *algarroba*, y al Norte de Tucumán he visto juntar de estos frutos para dar a los caballos en vez de maíz.

Cuando están maduros y se desprenden de las ramas, los troncos parecen rodeados por una alfombra amarillenta, y los animales, especialmente vacunos, prefieren, entonces, tales sitios a los demás. En algunos puntos hay porciones donde el algarrobo domina por completo y no se encuentra otro árbol; pero se matiza también y, en más de un caso, sólo se representa por árboles aislados, dentro de un conjunto de distintas especies. En general, se ramifica a algo más de un metro del suelo, y la copa, no muy espesa, tiende a planearse.

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG.



*Orozuz*: sustancia que se extrae de una planta herbácea que lleva su mismo nombre. Se usa en medicina para ciertas enfermedades de las vías respiratorias.



## SOLÍS Y SU ENCUENTRO CON LOS INDIOS.

A la cabeza de su gente y alzando también los brazos en señal de amistad, Solís avanzó hacia los indios subiendo la cuestecilla cubierta de hierba que de ellos le separaba. El paisaje era hermoso y apacible, con leves ondulaciones, arboleda baja; más allá, oteros de arena dorada, pajonales, chaparrales, todo envuelto en una atmósfera diáfana, bajo el sol radiante y un cielo de seda azul... La naturaleza estaba de fiesta para acoger a los españoles.

Ya iban Solís y sus hombres a reunirse con el pequeño grupo de los naturales, que brillaban al sol como estatuas de bronce, cuando éstos, con in-

esperada e incomprensible maniobra, dieron, como temerosos, algunos pasos atrás, volvieron la espalda y huyeron desbandados... Al propio tiempo, estallaba un alarido salvaje, comenzaban a llover dardos y flechas, y de matorrales y bosquecillos surgía vociferante y gesticuladora una muchedumbre de indios que, blandiendo chuzas y lanzones y enarbolando mazas, se precipitó sobre los descuidados mareantes, los derribó sin darles tiempo de empuñar sus armas, los acribilló a lanzadas, los aplastó bajo el número... No hubo defensa posible. Aquello fué un tumulto, un hacinamiento, una masa informe y convulsa de la que brotaban baladros infernales... Un instante después, todo había concluído...

El estupor paralizaba a los de las carabelas. Reaccionando en seguida, corrieron a los mosquetes, a los pasabolantes, prontos a abrir el fuego... Pero, ¿cómo tirar sobre aquel montón, en que indios y cristianos entrelazados se convertían en un solo ser de miembros innumerables? ¿Cómo no herir a hermanos y enemigos al propio tiempo?... Dispararon repetidas salvas para amedrentar a los salvajes, pero éstos no hicieron caso del estruendo, en la embriaguez de la matanza... Después... tampoco se atrevieron a tirar sobre ellos mientras desnudaban a los caídos y se arrebataban mutuamente sus despojos...

ROBERTO J. PAYRÓ.



## TORMENTA DE POLVO.

Primero se vió una enorme nube —enorme y rojiza— que venía por el cielo del lado del Sur; una nube obscura, color de león, medio sangrienta, que levantaba en el firmamento una especie de inmensa humareda invasora. Y aquello avanzó con celeridad maravillosa, y de pronto cayó sobre la ciudad y apagó en pleno día la lumbre del sol. Hízose noche súbita, y el aliento del ciclón sacudió todo el aire. Era la hora en que se llama para almorzar. Hubo que dar luz eléctrica en las habitaciones, porque era como noche cerrada. Muchos niños tenían miedo. Muchos niños decían: “¡Mamita, mamita!... ¡Papaíto, papaíto!”, porque nunca habían visto una cosa semejante. Pero los padres los calmaban diciéndoles cosas como éstas: “El espectáculo de la natu-

raleza es siempre grandioso. Nunca se debe tener miedo. El miedo no sirve para nada. Ya pasará. Es una tormenta de tierra. Contemplémosla".

En el campo fué peor. Las gentes rústicas creyeron que se trataba de una catástrofe. Dicen que, cuando se produjo el fenómeno, era pavoroso el lamento con que mugían las vacas, horrorizadas. Dicen, también, que, en las regiones boscosas, no parecía sino que un vasto incendio se hubiera puesto en marcha.

—¡Miren la tormenta por los vidrios del balcón!  
—decían los padres.

Y los niños se ponían a mirar el impresionante pero hermoso espectáculo. Detrás de aquel grueso velo de la polvareda, el sol brillaba tan pálidamente, que los niños dijeron:

—¡Ha salido la luna! ¡Es la luna!

Y era que lo parecía, porque la nube de polvo despojaba al sol de la brillantez de sus rayos, y su aspecto y su tamaño lo hacían idéntico a una luna llena, cuando va alta por el cielo. Así se pasó el día. Cuando cayó la tarde, la nube de polvo flotaba aún en aquel cielo que se había vuelto de una negrura cruel. Llegó la noche. Era inútil buscar una sola estrella en el firmamento. No había más que negrura.

Para peor, pasó mucho tiempo sin llover.

—¿Qué haremos si no llueve? —gemía la gente.

Y muchos padres, con este motivo, dijeron a sus hijos cosas como éstas:

—Hubo una vez un pueblo prodigioso: el pueblo persa. Tenía salud robusta y realizaba hechos fecun-

dos. Trabajar era su gran alegría. En aquellos lugares no llovía sino por rara ocasión, y era frecuente presenciar tormentas de polvo, como la que hace poco nos apagó la luz del sol en la propia mitad del día. El país consistía verdaderamente en un arenal. Y si llegaba a llover, al poco rato no quedaba más que el recuerdo de la lluvia, porque se perdía en la tierra como en un filtro. Así se tragaba el suelo las tormentas y así imperaba, habitualmente, la sequedad polvorosa y corría un ardoroso viento. Pero, ¿qué hicieron los persas? Levantaron diques, construyeron canales, practicaron pozos y acabaron para siempre con sus desiertos. Así es cómo proceden los verdaderos hombres. Así es como hacen los pueblos verdaderamente grandes. Y cuando hacen así ¿qué les puede importar una tormenta de polvo?



*Celeridad*: rapidez, velocidad.—*Súbita*: improvisa, repentina.—*Pavoroso*: que produce espanto.—*Regiones boscosas*: sitios poblados de árboles.—*Dique*: muro construido para contener las aguas.



## LA ESTANCIA CRIOLLA

### UN DÍA DE LLUVIA.

— ¡Fernando! ¿Oyes cómo llueve?  
Pero nuestro Fernando, tras un gruñido de contento, siguió roncando.  
Sacudióle la esposa mientras la lluvia arreciaba:  
— Pero no seas tan cachaciento; ¡está lloviendo a baldes!

Despertó el estanciero bajo la plácida impresión del ruido del agua, cuyo eco encanta a todo hombre de campo, mientras no se produce en época de esquila o cosecha. Elevó su voz doña Balbina:

—¡Esto es un diluvio, Fernando!

Para tranquilizar a su mujer, levantóse el estanciero y abrió la ventana. En la primera claridad de la mañana, la lluvia prendida del techo de la galería, se asemejaba a otro muro gris frente a la casa. Satisfecho, se tornó Fernando a su mujer:

—¡Eso es llover, sin tormenta, ni rayos, ni truenos! Cuando Dios quiere, con cualquier viento llueve. Hay que decir la verdad: ¡nadie esperaba semejante lluvia!

Luego, inició su alíño matutino. Balbina, echándose nerviosa una ligera bata encima, salió a hablar a Dominga, la sirvienta de muchos años. Al corto rato oyó don Fernando unas exclamaciones y vió entrar a su mujer seguida de Dominga. Ésta, tapujeada con un grueso pedazo de lona hasta medio cuerpo y con un mechón de pelos mojados sobre la cara, que destacaba su ascendencia india, llevaba en una tapa de canasto unos cuerpos amarillos de avecillas muertas. Doña Balbina se condolía:

—Mira, Fernando; la lluvia me ha muerto cinco patitos. Quedaron bajo el canasto, al lado de la puerta de la cocina, y se les ha mojado el lomo. ¡Pobre-citos, qué desgracia!

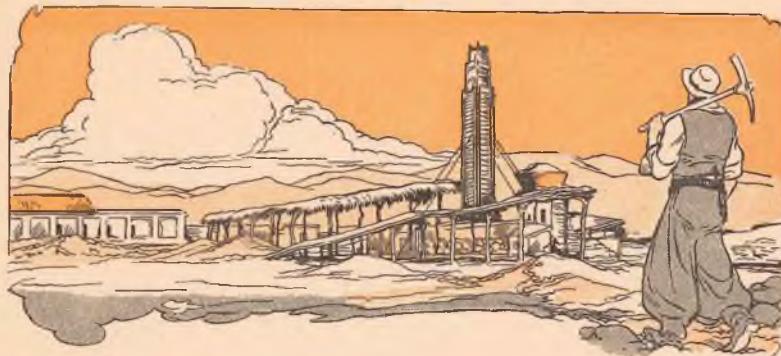
—Pero, mujer; no hables de desgracia. En total, qué valen esos patitos?

Doña Balbina se indignó:

—Estos hombres no pueden dejar de sacar cuentas. ¿No comprendes que entre los pocos placeres en esta campañauento yo con criar patitos y pollitos, que bastante trabajo me cuestan? ¡Y tantísima gente que ignora que los patitos son delicadísimos para neblinas y agua! Pero ¡ahí golpean! Anda a ver, Dominga, y llévate estos pobrecitos.

EDMUNDO WERNICKE.





## RIQUEZAS MINERALES DEL FAMATINA.

Ninguna provincia argentina posee riquezas minerales tan grandes como La Rioja; parece que la Cordillera de los Andes hubiese concentrado los mejores tesoros de sus entrañas para derramarlos en las vertientes del Famatina. Por esto esta sierra es la más renombrada desde remotos tiempos, entre todos los contrafuertes de dicha cordillera. Su pico más elevado, el Negro Overo, se encuentra a pocos kilómetros de Chilecito, y aunque frecuentemente está cubierto con mantos de neblina, tuvimos la dicha incomparable de ver, sobre un diáfano cielo turquí, esa eminencia de la región, con su armazón de noble metal.

Chilecito, por estar situado en plena comarca minera, por ser la estación terminal del ferrocarril a los puertos y cabecera del cablecarril al Famatina, es el emporio de las minas. De éstas, las que están en los

cerros, La Mejicana y Atacama, son explotadas por un sindicato, propietario también del establecimiento de fundición de Santa Florentina.

Los criaderos de los minerales del Famatina ocupan una extensión que puede estimarse en 300 kilómetros cuadrados, encontrándose muchas de sus minas encastilladas en las cimas inaccesibles de aquellos majestuosos montes, cubiertos perpetuamente de nieve.

Estas minas han puesto, una vez más, a prueba la tenacidad e inteligencia del hombre y su insaciable sed de riquezas.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN PONDAL.



*Entrañas:* cavidades interiores.—*Contrafuerte:* cadena de montañas que nace junto a la principal.—*Turqui:* azul oscuro.—*Emporio:* lugar de mucha actividad comercial.—*Sindicato:* asociación.—*Inaccesible:* no accesible, que no se puede llegar.—*Tenacidad:* energía, firmeza.



### LOS TIEMPOS DE ROSAS.

No todo es degollar unitarios en los tiempos de Rosas. También hay fiestas, fiestas familiares en que se toca el piano, se baila y se canta. Si esto pasa en el centro de la ciudad, no carece tampoco de diversiones el suburbio. En el arrabal suenan guitarras y en los ranchos están de reunión. Zapatean los

bailarines y cantan los payadores. Y entre baile y baile, se repite muchas veces la estrofa de moda:

*Allá va esa rosa,  
allá va esa flor;  
la manda el gran Rosas  
para el vencedor.*

Había también funciones teatrales, pero con esta particularidad: que el espectáculo debía iniciarse “con las proclamas federales de orden”. ¿En qué consistía esto? En lo siguiente: Toda la compañía, a no faltar ningún artista, debía alinearse en el escenario antes de empezar la representación. Naturalmente, cada uno aparecía con el traje que le había de corresponder en la obra, ya fuera de rey, de príncipe, de pastor, de bandido. Y las actrices, también, con sus trajes respectivos, de reinas, de princesas, de pastoras. Se alineaban en el escenario, y el primer actor se adelantaba exclamando:

—¡Viva la Confederación Argentina!

Los demás y la concurrencia contestaban a coro:

—¡Viva!

—¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!

Los demás:

—¡Mueran!

—¡Viva, viva el Gran Rosas!

El coro y la sala:

—¡Viva!

Y sólo entonces, cumplidas “las proclamas federales”, podía comenzar el drama.

Acabada la obra, convenía llegar lo antes posible al hogar y recogerse. Si era tiempo de peligro, era frecuente hallar patrullas en las calles. En tal caso, el comandante de la patrulla ordenaba alto y la cosa pasaba de este modo:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—La Patria.

—¿Qué gente?

—Federal.

—Avance.

¡Miserable vida! Debía de ser impresionante y amargo, a la vuelta, encender la pobre vela de sebo del velador; hallarse entre paredes rojas, con un trapo colorado, prendido en el ojal; metido el pecho en un chaleco de terciopelo punzó. Todo esto para no ser sospechado de unitario, para no perder los bienes o la vida. El rojo ladrillo del piso hiela el pie. Al medio de la alcoba, bermejo también, arde el brasero que la madre, la hermana o la esposa puso lleno de brasas para calentar la habitación. Todo tiene el color del fuego y de la sangre: paredes y pisos, divisas y brasas, corbatas y chalecos.

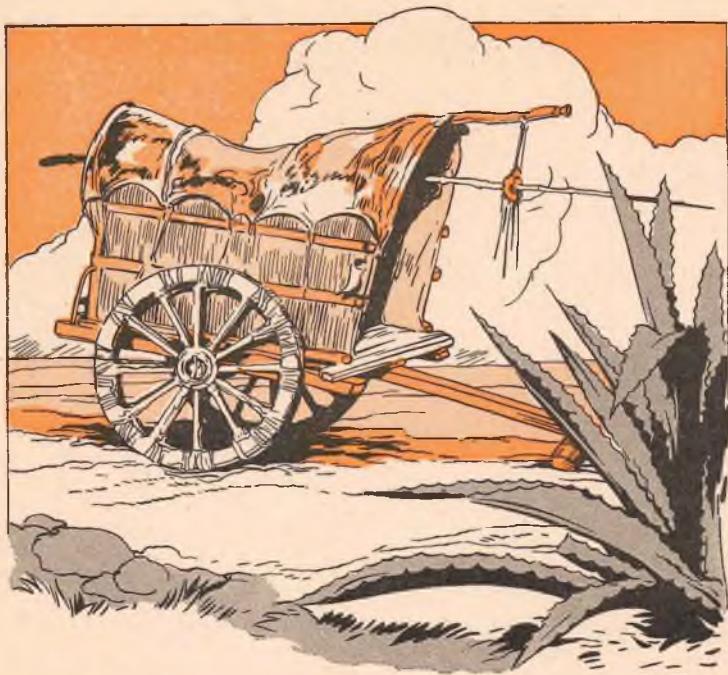
Tiempo es ya de dormir y descansar. Pero, antes, se oye, debajo de la propia ventana, la voz del sereno que pasa cantando las dos de la mañana con lúgubre voz. Canto pausado. Canto que hacía temblar:

*¡Viva la Confederación Argentina!*  
*¡Muera los salvajes, asquerosos, unitarios!*  
*¡Las dos han dado y sereno!*  
*¡Vivid, Representación!*

Los que dormían se despertaban. Los que se despertaban se estremecían bajo el frío del terror. Pero muchos, al despertarse, maldecían al tirano y ofrecían su sangre por la libertad.



*Suburbio*: alrededores.—*Arrabal*: barrio muy apartado del centro de la ciudad.—*Payadores*: gauchos que cantaban los versos acompañados de sus guitarras.—*Patrulla*: grupo de soldados armados que ronda para mantener el orden.—*Lúgubre*: triste, melancólico.



### LAS CARRETAS.

Las carretas empezaron a circular a fines del siglo XVI en los territorios de Tucumán y Río de la Plata. Habiendo observado el gobernador don Juan Ramírez de Velazco, que desde cuarenta leguas al Sur de Potosí podía marchar hasta Buenos Aires por camino de ruedas, tuvo el pensamiento de armar cuarenta carretas, cada una dotada de seis bueyes, y destinada a servir la comunicación y el comercio en aquellas dilatadas regiones.

Llegaban hasta Mendoza, San Juan y la frontera

del Perú, pasando a Chile por el Sur. Era siempre la travesía del desierto, cruzando la pampa dilatada, los bosques despoblados y espesos, las sierras bajas y accesibles.

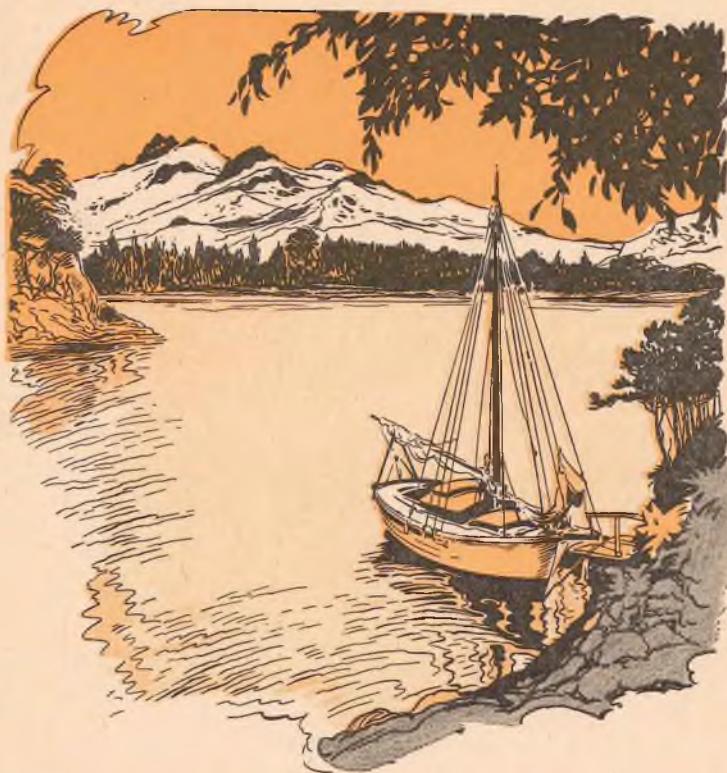
Todo se prevenía para el viaje, desde el agua hasta la leña, desde el abrigo, que resguardaba de las inclemencias del tiempo, hasta las armas, que defendían de los asaltos del camino. En los ranchos del trayecto, encontrados a largas distancias, como perdidos en las soledades de campos inmensos, apenas se hallaba carne mezquina y agua turbia de charco, para beber hombres y haciendas.

Concluídos los preparativos de partida, prontos la tropa de muda y el ganado de matadero, uncidos los bueyes y dada la señal de marcha, un guía a caballo indicaba el rumbo caminando adelante, y las carretas se ponían lentamente en movimiento, animadas por los gritos y la caña afilada de los *picadores*.

RAMÓN J. CÁRCANO.



*Accesible*: que se puede llegar.—*Inclemencias del tiempo*: rigores de la estación.—*Tropa de muda*: animales para conducir la carreta por turnos.—*Ganado de matadero*: animales para sacrificarlos durante el trayecto.—*Picadores*: carreteros, los que dirigen las carretas.



POR EL LAGO DE NAHUEL-HUAPÍ  
CARTA DESDE BARILOCHE.

Querido Chingo Machingo:

Nunca pasé mejores vacaciones. Llegamos con nuestro capitán a Bariloche, después de recorrer kilómetros y kilómetros por esos inmensos campos del Sur. Apenas si de una ojeada conocimos Viedma y Bahía Blanca. La verdad, que nuestro deseo de llegar

cuanto antes al término de nuestro viaje no nos dejó detenernos. Cuando por fin divisamos el lago Nahuel-Huapí, tan azul, rodeado hermosamente de montañas nevadas, y respiramos aquel aire limpio y puro de su atmósfera, se nos olvidaron todas las fatigas: los dos largos días de viaje en tren, el calor insopportable de la primera siesta, la polvareda infernal del segundo día. Y era apenas lo justo. Ya estábamos en plena aventura.

En tierra, andábamos tan livianos, a pesar del pesado equipo, que realmente parecía que tuviésemos alas. Teníamos tres horas de la mañana para buscar paraje apropiado en que clavar carpas y armar el campamento. Todo salió perfectamente. Dos días después nos alejábamos de nuestras tiendas de campaña para la primera excursión.

Allí quedaban plantadas las carpas de lona bajo unos enormes árboles, junto a una de las cascadas que bajan de la montaña al lago. Al agitarse, con el viento, las ramas eran como brazos amigos dándonos el adiós.

Nos proponíamos nada menos que alcanzar el pico más alto de aquellos lugares: el Tronador. Este famoso volcán, tan cubierto está de nieve, que no nos parece otra cosa que un simple monte nevado.

Pero es terrible. Aquí nos han dicho que su nombre de Tronador se debe a los ruidos subterráneos, idénticos al bramido de los truenos, que deja oír de cuando en cuando.

Practiqué por primera vez andinismo (o sea es-

calar los Andes), y creo sinceramente que no hay mayor placer que el que resulta del constante peligro salvado gracias a las propias fuerzas.

Por lo demás, ¿qué te diré, Luisingo? No pudimos llegar hasta el divino y espantoso pico, pero hicimos bastante y salimos con honra. Así lo reconocieron todos.

Mañana continuaré esta carta. Ahora tengo mucho sueño. Además la mesa en que te escribo, como improvisada que es, se mueve mucho. La luz de la vela, para remate de obra, alumbría muy poco. Me voy a dormir. No te encargo nada para los viejos queridos porque a los dos les escribo por separado.

Te abraza tu hermano,

*Carlos Enrique.*



*Ojeada:* mirada ligera.—*Equipo:* conjunto de ropa y otras cosas para uso personal.—*Improvizada:* hecha de pronto, sin preparación previa.



## POR EL LAGO DE NAHUEL-HUAPÍ

*Continuación de la carta.*

Querido Chingo Machingo:

Dormí perfectamente y me desperté con las primeras luces del día. No hay maravilla igual a un amanecer por estas regiones. No tengo palabras para pintarte lo que es el efecto de la aurora sobre las cumbres vestidas de nieve. Todo es rosado. Pero

un rosado que va cambiando gradualmente, según lo que mires: el cielo, la nieve o el lago.

Bueno. Esto es el paraíso. Alrededor de nuestras carpas se extienden unas praderas, alfombradas verdaderamente de flores silvestres. ¡Y qué olor el de la tierra, qué fragancia la que echan hierbas y plantas! El agua del lago, por su parte, va tomando a las diversas horas del día unas u otras coloraciones, pero siempre de una asombrosa belleza. No tienes idea de lo que es recorrer este lago en un barco. No hay más que dos cosas que hacer: o dar gritos de alegría, o quedarse en el mayor silencio.

A las doce pasamos a celebrar nuestro almuerzo, allí mismo en el suelo. Es divertido a más no poder.

A todo esto sabrás una cosa: que mientras nosotros gozamos del paraíso que te digo, los chicos de Bariloche tienen que ir a la escuela. Causa sorpresa que, estando como estamos, en el mes de enero, ellos no disfruten de vacaciones. ¿Cómo puede ser esto? Te aclararé el misterio. Esto sucede porque la estación del verano es aquí muy favorable para el estudio, ya que reina un clima delicioso. En cambio, los meses crueles son los de invierno, y entonces toman ellos su descanso. ¡Cómo será el invierno que a veces las calles tienen hasta un metro de nieve! Nadie puede entonces salir y los muchachos se divierten en sus propias casas. ¡Qué suerte la nuestra, que vivimos en una zona templada! Así trabajamos durante el invierno y gozamos después de nuestro asueto al aire libre.

Se me olvidaba contarte. Visitamos una linda es-cuela, que funciona en un magnífico edificio. Nos recibieron muy bien. La señorita directora pronun-ció un discurso en el salón de fiestas delante de to-dos los grados reunidos, para darnos la bienvenida; y el capitán me designó a mí para que contestara agradeciendo. Dicen que estuve muy bien. Se debe probablemente a que dije lo que sentía sin ninguna preocupación especial de hallar palabras bonitas. Me han asegurado que justamente por esto puedo llegar a ser un gran orador. ¡Qué te parece!

Luego, los niños cantaron y algunos recitaron ver-sos. Finalmente nos obsequiaron unas preciosas ban-deritas argentinas bordadas por las niñas. Lo cu-rioso es que ya vienen puestas en unas cañas, lim-pias y muy bien lustradas por los mismos escolares, iguales a las que usaban los indios. Cuando salimos con ellas en alto, nos asemejábamos a los lanceros.

Adiós, querido Luisingo.

Te abraza tu hermano,

*Carlos Enrique.*





## DESPUÉS DE LA BATALLA.

### LA GENERALA DEL EJÉRCITO.

Como la batalla de Tucumán sucedió el 24 de septiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes, el general Belgrano, sea por devoción, sea por una piadosa galantería, la nombró e hizo reconocer por generala del ejército. La función de iglesia, que se hace anualmente en su convento, naturalmente se ha-

bía postergado, y sólo tuvo lugar un mes después. A la misa asistió el general y todos los oficiales del ejército; predicó el doctor don Agustín Molina (obispo después), y al hacer mención de la batalla, elogió mucho a la caballería, con lo que hizo hablar a los infantes, y quizá al mismo general Belgrano. Por la tarde fué la procesión, en la que sucedió lo que voy a referir:

La devoción por Nuestra Señora de las Mercedes, ya antes muy generalizada, había subido al más alto grado con el suceso del día 24. La concurrencia, pues, era numerosa y, además, asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso la casualidad que en esos momentos entrase a la ciudad la división de vanguardia, que regresaba de la persecución de Tristán, y el general ordenó que a caballo, llenos de sudor y polvo, como venían, siguiesen en columna atrás de la procesión; con lo que se aumentó considerablemente la comitiva y la solemnidad de aquel acto. No se necesita pintar la compunción y los sentimientos de religiosa piedad que se dejaban traslucir en los semblante de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros había corrido; su piedad era sincera, y sus votos eran, sin duda, adeptos a la divinidad.

Estos sentimientos tomaron mayor intensidad cuando desembocó la procesión en el campo de batalla, donde aun no había acabado de borrarse la san-

gre que lo había enrojecido. Repentinamente, el general deja su puesto y se dirige solo hacia las andas en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba; la procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general, quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a nivel, entrega el bastón que llevaba en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de las Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

JOSÉ M. PAZ.



*Piadosa*: religiosa, devota.—*Predicó*: pronunció una oración, un sermón.—*Devoción*: amor y veneración religiosos.—*División de vanguardia*: parte de la tropa que va delante del cuerpo principal.—*Compunción*: dolor.—*Adeptos*: partidarios.—*Andas*: tablero sostenido por dos varas paralelas y horizontales que se utiliza para conducir una imagen o efigie.



El autor de este relato, testigo presencial del hecho, fué un prócer de la independencia argentina que nació en Córdoba el 9 de septiembre de 1791. Ha sido uno de los guerreros más hábiles del ejército argentino. En su obra, "Las Memorias Póstumas", refiere las acciones militares en que intervino desde 1811.—El general Paz murió en la ciudad de Buenos Aires, el 22 de octubre de 1854. Sobre su tumba pronunció un discurso el general don Bartolomé Mitre, entonces coronel.



### EL CAUTIVO

Antes de la conquista del desierto era frecuente que los indios, muy bien montados siempre y notables jinetes, cayeran sobre las poblaciones de la frontera, aprovechando el menor descuido, y volasen de nuevo a sus tolderías llevándose el mayor botín posible: ganado, dinero, joyas, y con el botín, prisioneros, por los cuales cobraban después, si la familia del cautivo entraba en tratos, fuertes sumas de rescate.

A los años, las tropas de la nación solían conseguir alguna victoria sobre los indios. Entonces, rescataban a muchos prisioneros. Pero éstos habían tomado las costumbres de los indios, y casi no sabían hablar castellano en el caso nada raro de haberlos robado muy niños.

Se cuenta que una vez unos soldados encontraron a un hombre extraviado allá por el Sur de la provincia de Córdoba. Sospechando que fuese un hombre de mal vivir, lo llevaron ante el juez. Era, en efecto, un hombre de mal vivir, pero porque no le habían enseñado nada bueno los indios en el cau-  
tiverio. Hablaba poco castellano. Hubo que buscar un lenguaraz.

Y comenzó el interrogatorio.

—¿Cómo te llamas tú?

El hombre dijo que creía llamarse José Clemente, pero que no estaba seguro por haber pasado tanto tiempo sin que nadie le llamase por su nombre.

—¿Y tu apellido?

Dijo que lo había olvidado completamente.

—¿Tu edad?

Supone que tendrá como unos treinta y seis años, pero no asegura nada.

—¿Te robaron muy chico?

Dice que sí: que muy chico lo robaron los indios abipones y lo llevaron a las tolderías del cacique Mataco.

—¿Te acuerdas de alguna cosa anterior a tu cau-  
tiverio?

Dice solamente que se acuerda de un rancho en un lugar que no sabría decir cuál era; que se acuerda de un rancho y que había cerca tres corrales entre unos talas.

—¿Y de tu madre, no te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—¿Cómo era su nombre?

—Creo... creo... que María Juana...

—Muy bien. ¿Y cuál es tu oficio?

—Ninguno. Los indios no me enseñaron sino tres cosas: robar, beber y dormir.

—Pero, ¿tú quieres ser un hombre de bien?

—Sí, señor juez.

Quince años después, aquel hombre poseía un ranchito propio, se había casado y tenía hijos. Tres corrales había cerca de su rancho como en aquél de su infancia; y su madre, a quien por fin encontró, vino a pasar los últimos años al lado suyo.

Y es fama que José Clemente se hizo muy buen criollo, y que le gustaba por día patrio organizar algún baile al que gustosa acudía toda la gente del vecindario y hasta los soldados franceses del batallón más próximo. Y muy de bota lustrada los soldados, y muy de chiripá la paisanada, y muy de limpio percal las muchachas, comenzaba el baile: la zamba, por ejemplo, en que la niña mueve con abandono el pañuelo adelante del mozo que va haciendo castañetas.

Y cantaban los guitarreros:

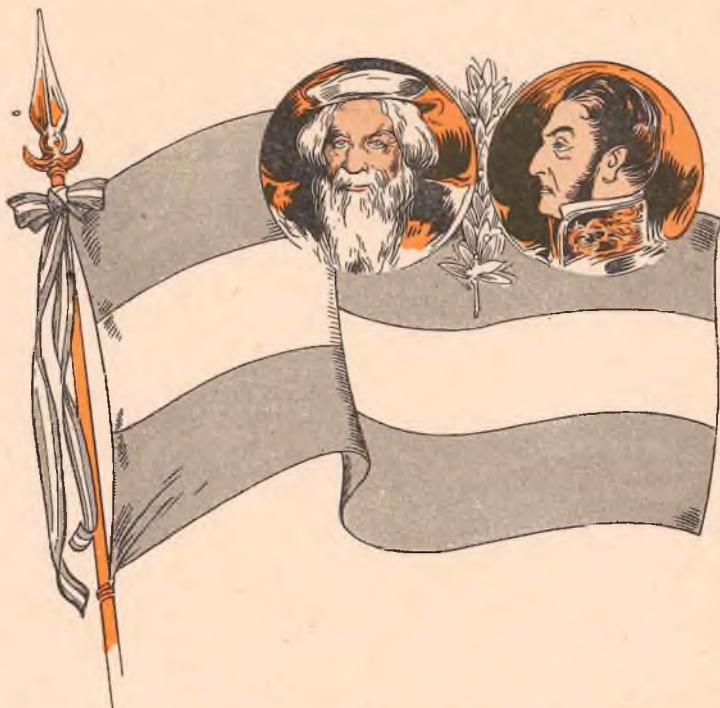
*Dámele al zapateado,  
dale al jarrete.*

*Tiemble el rancho hasta el tope  
del mojinete.*

Y José Clemente, algunas veces, creía o que había soñado cuando el cautiverio o que estaba soñando ahora su regeneración.



*Conquista del desierto:* el teniente general Julio A. Roca, en 1879, con una expedición memorable al sur del territorio argentino, conquistó cerca de 20.000 leguas que estaban dominadas por el indio. Puso fin a la guerra contra los aborígenes que robaban en las estancias del sur de Buenos Aires y que obstruían el desarrollo de la civilización en una vasta zona del país.—*Lenguaraz:* persona que habla dos o más lenguas.—*Chiripá:* paño liviano pasado por entre las piernas y sujeto a la cintura con un cinto de cuero.—*Percal:* tela de algodón.—*Zamba:* baile popular difundido en el interior.—Entre nosotros existe una zamba histórica la “Zamba de Vargas” ejecutada el 10 de abril de 1867 cuando las tropas santiagueñas, al mando de Taboada, atacaron a las riojanas en el “Pozo de Vargas” lugar cercano a La Rioja. Cuenta la tradición que la victoria la obtuvieron aquéllos por el efecto que esa Zamba, de origen santiagueño, produjo en el espíritu de sus soldados.—*Jarrete:* parte alta y carnuda de la pantorrilla.—*Mojinete:* parte alta de la fachada principal del rancho.



### TRES GLORIAS DE LA CIUDAD DE ROSARIO

En la época del descubrimiento y de la conquista de nuestro país, tuvo lugar en la jurisdicción de mi ciudad natal (Rosario) el hecho trascendental de la primera población argentina: *la de Caboto*. En la época de la independencia fué teatro de otros dos acontecimientos no menos señalados, que iluminan sus anales con claridades de gloria.

El primer triunfo alcanzado sobre las armas de España por el Libertador, don José de San Martín,

el 3 de febrero de 1813, lleva el nombre de San Lorenzo, en cuya tierra corrió los peligros de la muerte el que debía erigir más tarde tres repúblicas y sobrevivir a la emancipación, a la gratitud y a las desgracias de su patria; y la bandera, a que el poeta llamó inspiradamente *página eterna de argentina gloria* había nacido un año antes, del fervor revolucionario, y tremolado sobre las armas libertadoras en lo alto de las barrancas del Rosario, desplegada por la inspiración y por el brazo de Belgrano el 27 de febrero de 1812.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.



*Anales*: relato anual de los sucesos históricos.—*Erigir*: fundar, levantar.—*Página eterna de argentina gloria*: verso de una composición del poeta Juan Chassaing y titulada “A mi bandera”, escritor que vivió veintiséis años y que alcanzó, a pesar de la brevedad de su vida, un gran prestigio como orador y publicista. Falleció en Buenos Aires el año 1864.



## MONUMENTO AL EJÉRCITO DE LOS ANDES EL CERRO DE LA GLORIA

Estoy al pie del monumento, homenaje del pueblo y del ejército argentino al genio de San Martín y la bravura y abnegación de sus jefes, oficiales y soldados. Una placa simboliza el homenaje del Ejército de Chile a su capitán general.

Lentamente, doy vuelta alrededor de aquella ma-

sa de granito y bronce para dejar disolverse en detalles la impresión compacta —digámoslo así— que me produce el conjunto.

En la boca de un desfiladero de granito amarillo, está el general de los Andes en bronce patinado. Tiene los brazos cruzados, las riendas caen flojas en el cuello de su caballo que tiende la cabeza, relinchando impaciente, dominado por la voluntad del jinete. Los ojos de San Martín miran la lejanía y fijan rumbos. El artista ha concebido a su héroe en el momento en que sale de la sierra y la batalla se acerca.

Más abajo están los granaderos rígidos, fijas en el capitán las miradas, conteniendo sus inquietos corceles. Un círculo no interrumpido de bajorrelieves rodea el pedestal; escenas de la marcha del campamento, de la maestranza; grupos de soldados, arrieros y artesanos que conducen animales llevando cañones o forjan armas bajo la dirección de Fray Luis Beltrán. Las patricias mendocinas hacen entrega de sus alhajas al Cabildo. En lo alto del monumento, un pelotón de guerreros en caballos enloquecidos se lanza al vacío, a la voz de ese clarín que ellos oyen y que nosotros imaginamos oír a la sombra del ropaje flotante de la Libertad que alza las manos con las “rotas cadenas”. El cóndor vuela a los pies. Ellos son la fuerza bruta y elemental, el ímpetu ciego gobernado por el pensamiento del hombre que abajo, en la quebrada de granito amarillo, silencioso y sereno, pesa fríamente el arma que tiene en su

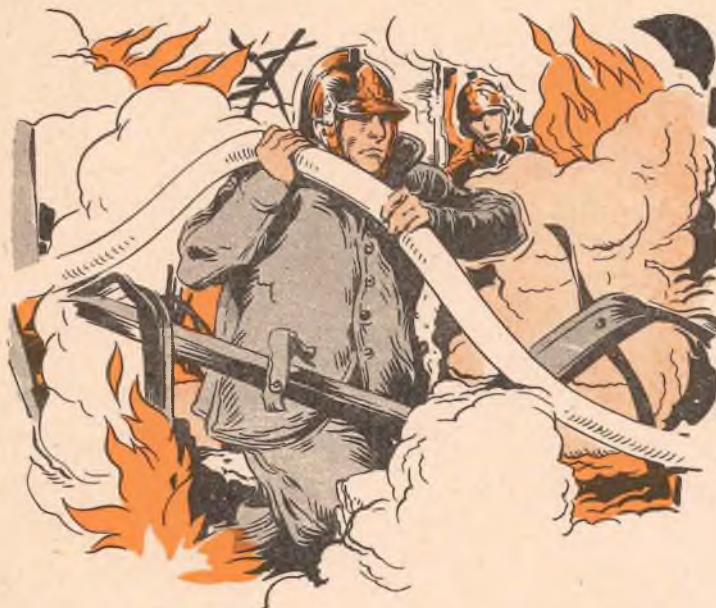
mano, calcula su alcance y se prepara para arrojarla con precisión mortal al corazón del enemigo.

Cuando volví a la ciudad después de visitar el Cerro de la Gloria, las primeras gasas del crepúsculo se condensaban en la llanura; pero el bronce del monumento, en la altura del cerro, despedía destellos cual si estuviese inflamado. Lucía sobre Mendoza como si fuese un fanal.

ADA MARÍA ELFLEIN.



*Desfiladero*: paso estrecho entre montañas.—*Bronce patinado*: cubierto de una especie de barniz que la acción de la humedad ha formado en el metal.—*Bajorrelieve*: relieve en que las figuras resaltan poco del plano.—*Maestranza*: conjunto de talleres donde se construyen y componen los montajes para las piezas de artillería, y otros elementos de esta arma.—*Fray Luis Beltrán*: guerrero de la Independencia, perteneció a la congregación de San Francisco. Fue jefe de maestranza en Mendoza y dirigió la preparación de los cañones, sables y fusiles con que se armó la expedición libertadora de San Martín.—*Fanal*: farol grande.



## ¡HONOR A LOS BOMBEROS!

Era de noche y se quemaba un gran negocio de la avenida de Mayo.

—¡Incendio! ¡Incendio!

Y todos salían a la calle, para ver.

En eso, pasaron los bomberos. Minutos después se oía el toque de un clarín.

La avenida de Mayo se llenó de una enorme multitud que corría hacia la plaza del Cabildo, pues hacia aquel lado era el incendio. Había ya lo más cerca posible de aquel lugar una inmensa muchedumbre mirando. En el fondo de la calle una gran tien-

da ardía. Ocho, diez pisos ardían horriblemente en medio de un negro y denso humo. Este humo se reforzaba en el cielo, sobre el edificio, como una espantosa serpiente.

Corrió la voz de que el antiguo Cabildo de nuestras glorias corría peligro. Mas por fortuna no era así.

El incendio alcanzaba, entretanto, proporciones gigantescas. Contra los muros pasaban como sombras de gatos los bomberos, orillando las cornisas. Habían puesto también unas altas escalerillas metálicas, al tope de las cuales se perfilaban las siluetas de algunos valientes haciendo señales para la buena dirección de las mangueras.

De repente, el humo ahogó por todos lados el edificio.

Después, esa cortina de humo se desgarró, se rompió, se hizo jirones, y detrás de ella, que era como una máscara, apareció el verdadero rostro del incendio; una sola horrible cara de fuego sobre la cual llovía en vano el agua de las bombas.

Al rato, se derramaron chorros de fuego de aquellos muros. Era que se acababan de desmoronar los tabiques calcinados y llovían mil partículas encendidas en torbellinos de chispas.

Y el pobre edificio, que horas antes era un hermoso palacio, quedó reducido a su esqueleto metálico, rojo y ardiente, todo de fuego vivo. Y al fin también el esqueleto de metal se quebró y se vino abajo.

Y el humo, arriba, parecía cabalmente una serpiente horrible.

Fué verdaderamente una maravilla evitar que el fuego se propagase a los edificios próximos.

—¡Honor, honor a los bomberos!

Así decían todos aquella noche.



*Proporciones gigantescas*: que aumentaba cada vez con mayor impulso.—*Desmoronar*: deshacerse, convertirse en ruinas—*Parecía cabalmente*: semejaba justamente.—*Se propagase*: se extendiese.



### HIERRA Y RODEO

En un descampado del pajonal, como un abigarrado manchón moviente, mugía el ganado y se apeñuscaba chocando las astas para mirar al grupo de jinetes que andaban eligiendo los terneros orejanos.

Hacia un costado del rodeo había una carreta desuncida; al lado ardía el braserío de una fogata, donde se calentaban las marcas, y en torno, varios mocetones de vestimenta diversa se movían con desgano friolento preparando sus lazos.

Elegido el ternero, taloneaba el jinete su caballo, revoleando la armada hasta tenerlo a tiro; zumbaba la trenza viboreando en el aire y se ceñía en las astas o en el pescuezo del animal; huía éste hasta que el lazo se estiraba cimbrando, enterraba las partidas pezuñas en el pasto húmedo y balaba desesperado; pero el jinete, castigando la cabalgadura, se dirigía hacia el fogón al trote largo.

Dos o tres piales —generalmente frustrados—, y el ternero, ya medio asfixiado, caía balando mientras los pialadores le manejaban las patas con un cordel.

La operación, casi sin variantes, se repetía varias veces, hasta que el tariador gritaba: “¡Basta!”, y en un momento se procedía a señalar aquel lote.

Una leve humareda al asentar la marca candente sobre el cuero peludo, seguida de un balido lastimero; y los animales libres de las ligaduras, chorreando sangre, con los ojos turbios de dolor se enderezaban temblorosos para alejarse en busca de las madres que allá, en la orilla del rodeo, trotaban inquietas, mugiendo con ecos broncos.

### MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

(Adaptado)



*Pajonal*: terreno cubierto de pajas bravas, hierbas silvestres.—*Abigarrado*: de varios colores mal combinados.—*Terneros orejanos*: animales que todavía no tienen marca.—*Carreta desuncida*: sin tener atada la yunta de bueyes.—*Armada*: forma en que se dispone el lazo, al lanzarlo sobre el animal.—*Piales*: acción y efecto de enlazar al animal.—*Frustrados*: malogrados.—*Cordel*: cuerda.—*Tariador*: persona que tarja, que marca, señala.—*Marca candente*: enrojecida por el calor del fuego.—*Ecos broncos*: ásperos, desagradables.



NAVEGANDO EN LA FRAGATA "SARMIENTO"  
SALUDO A LA BANDERA

Después de dos días de navegar favorable, anclamos en la madrugada del 24 de marzo en el Golfo Nuevo, a distancia de un kilómetro del puerto de Madryn. Me había propuesto amanecer sobre la

toldilla para contemplar el poblado, al despuntar la aurora. Pero salió fallido mi intento. Rendido por completo al sueño, no reparé en la operación de dar fondo.

Van a dar las ocho, según asciendo a cubierta. Una clarinada de atención desgarra el silencio de la mañana. Es el momento deizar el pabellón. Un marinero, descubierto, pausadamente lo levanta en alto. Y durante el tiempo que emplea en la maniobra, la banda con sus bronces modula un son tradicional. La gente que se halla sobre la cubierta da frente a la bandera y, en posición militar, saluda. El personal que se encuentra en otras dependencias, al escuchar la conocida cadencia, se descubre y guarda silencio.

El respeto y la solicitud que los oficiales, conscriptos y marineros exteriorizan en la ceremonia, constituye un ejemplo altamente educador. El sentimiento y la idea de patria necesitan ser manifestados en forma concreta que hable a los sentidos y que a través de los mismos imprima un recuerdo perdurable en el alma. Tal demostración de reverencia al símbolo patrio, al comenzar la jornada, irradia saludable sugestión. En la “Sarmiento”, tripulada por marineros y conscriptos, procedentes de provincias y territorios distintos, tal saludo equivale implícitamente a la proclamación de una sola patria con una sola insignia, y tiene el valor de una renovada promesa, no por silenciosa menos obligatoria, de llegar,

en caso necesario, al más grande de los sacrificios: el de la propia vida.

Todo contribuye a hacer impresionante la formalidad de estilo. Por eso pienso en el acierto del poeta, cuando habla de la nave:

*Con ella va toda la patria  
en brazos del inmenso mar.  
¡Oh, cómo crece y se agiganta  
la patria con la soledad,  
sobre las olas, bajo el cielo,  
entre la doble inmensidad!*

La ceremonia gana en belleza por la diafanidad de la atmósfera. La llama del sol aclara el espacio azul, y sobre la extensión de intenso esmeralda, pone un reguero prodigioso de estrellas que muere al ras del horizonte en un deslumbramiento palpitante.

DIONISIO R. NAPAL.



*Despuntar la aurora:* empezar a amanecer.—*Fallido mi intento:* frustrado mi propósito.—*Reverencia:* veneración, respeto.—*Formalidad de estilo:* de acuerdo con el uso, la costumbre.—*Diafanidad:* claridad.—*Reguero:* señal continuada.—*Al ras del horizonte:* casi tocando la línea del horizonte.



## SANTIAGO DEL ESTERO

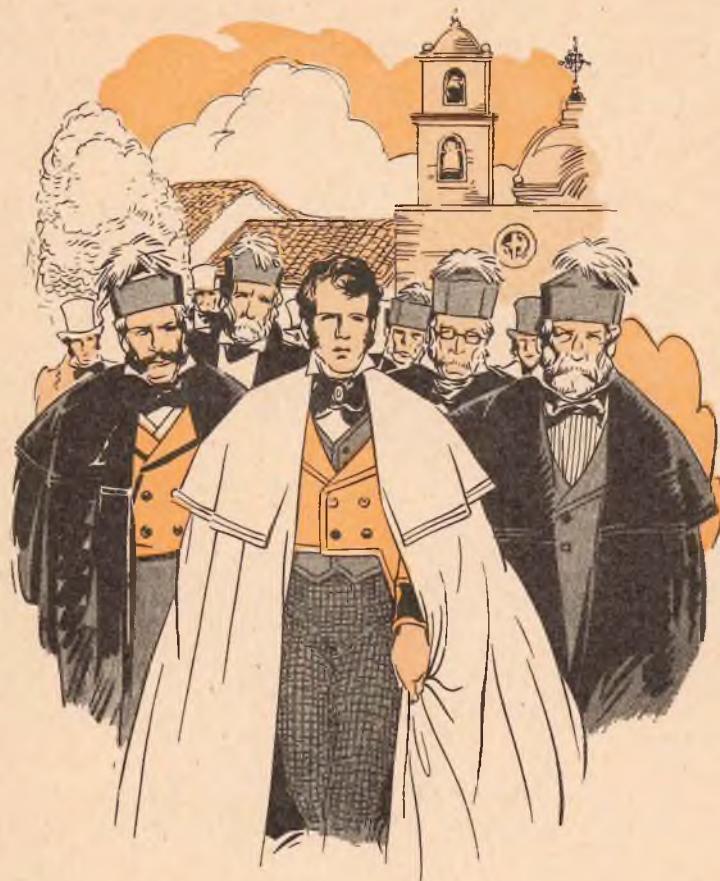
Esta provincia es, por numerosos atributos, la más característica de la federación argentina. Lo es, ante todo, por ser su capital la más antigua de nuestras ciudades históricas, y porque su vasto territorio no linda con las fronteras exteriores de la República. Adentrada en el corazón del país, no alcanzó, como las provincias de Cuyo, la vecindad de Chile; ni, como las del Norte, la del Alto Perú; ni, como las del litoral, la salida al océano, fuente moderna de

renovación y de progreso. Su territorio es una vasta llanura boscosa cruzada por dos ríos —el Salado y el Dulce— innavegables y periódicos; tierra tan alejada de las aguas atlánticas como de las montañas andinas.

Grandes manchones salitrosos desmedran aquí y allá la vegetación, reduciéndola al jume, al chaguar, al cacto, y donde la selva se dilata, crecen los árboles leñosos —el quebracho, el mistol, el algarrobo— dando al bosque una temeraria aspereza.

Por el sudoeste blanquean las Salinas Grandes, que se supone sean un mar desecado, y que fingen en las noches de luna la visión del mar inmóvil; y por el Nordeste sombrean el horizonte las selvas del Chaco, refugio en otro tiempo de indios y de fieras.

Hasta 1884 no tuvo la ciudad de Santiago ningún ferrocarril que la comunicara con Buenos Aires o con el resto de la República, y el tráfico se hacía por carreteras polvorosas: lentos convoyes que atravesaban aquel desierto, reposando en áridas postas que daban al viajero una desolante impresión. A esta impresión del aislamiento geográfico uníase la del aislamiento histórico, pues sus habitantes hablaban quichua, no había en cien leguas otro centro urbano fuera de la capital, y ésta no fué sino rudimentaria aldea de adobes hasta la segunda mitad del siglo XIX. Datan de 1880 los progresos que han civilizado aquella provincia.



## DURANTE LA ÉPOCA COLONIAL DOCTORES DE CÓRDOBA

Había costumbres muy curiosas en los años de la colonia. ¿Sabéis, por ejemplo, cómo se hacía en la Universidad de Córdoba cuando rendían los doctores

su examen final? Os lo voy a referir. Los doctores eran paseados por la ciudad en vistosa procesión, acompañados de todos sus condiscípulos, de todos sus maestros y de todos los doctores recibidos antes que él.

Adelante, marchaban los músicos del cortejo, tocando los instrumentos más a la moda en aquel entonces: chirimías (que eran una especie de clarinetes) y atabales (que eran una especie de tamborcillos); en pos, venían los bedeles (que eran los guardianes del orden o celadores de la Universidad), vestidos de negro, trayendo cada uno un báculo o bastón con empuñadura de plata. Eran dos estos bedeles, y al medio de ellos debía marchar el portaestandarte con el pendón universitario. Atrás, a caballo, venían los doctores, con unas capas llamadas capirotes y unos bonetes con borlas por sombrero. Cerrando la marcha, entre los maestros más venerables, caminaba el graduando, sin bonete aún y de capirote blanco.

En esta forma recorrían los sitios más nobles de la ciudad, entre el aplauso de la muchedumbre.

A la vuelta, empezaban a repicar muy dichosas las campanas de la iglesia de la Compañía de Jesús, y toda la comunidad se formaba en el atrio a la espera de la procesión. Y era lo justo que fuese así, pues en el tiempo a que nos referimos eran padres jesuitas los maestros de la Universidad, que, por otra parte, estaba construída al lado mismo de la iglesia.

El doctor debía rendir un último examen, y si era aprobado, recibía de labios de su maestro el beso del amor fraternal y, de sus manos, un anillo y un libro simbólico: el anillo de las bodas con la ciencia y el libro de la sabiduría.

Y acabada la ceremonia, repicaban nuevamente las campanas con gran alborozo.



*Pendón universitario*: insignia de la universidad.—*Atrio*: espacio descubierto delante del templo.—*Padres jesuitas*: pertenecientes a la congregación de la Compañía de Jesús.—*Repicaban*: sonaban repetidamente.



## EPISODIOS EN LA CORDILLERA DE LOS ANDES

Cuando regresé aquella vez a Chile, acompañado de Posse y de Martínez, yo era el guía de cordillera. y por tanto, como buen huésped, les ofrecía los escasos placeres que pueden gozarse sin frío, pues el ascenso hace sudar a mares y la vista sufre al contemplar aquellos dilatados paisajes de montañas y picos revestidos de nieve, que se elevan unos tras de otros sobre estrechos valles igualmente blancos de inmaculada, eterna y desolada blancura.

Cruzábamos estos escenarios, y cuando encontrábamos un descenso a guisa de montaña rusa, yo me sentaba sobre la nieve y, apoyado en el bastón, daba impulso al cuerpo, que se deslizaba con una deliciosa rapidez, hasta varar en la llanura o plano in-

ferior. Al fin llegamos a uno de esos planos inclinados, que correspondía, según mis cálculos, a la Cuesta de los Caracoles, llamada así por ser tan empinada, que sólo describiendo pequeños caracoles o zig-zags, pueden las mulas subirla y, sobre todo, bajarla. Ya se estaba acomodando mi José Posse en la postura requerida para intentar la aventura, cuando dile un grito para detenerlo, mientras me entregaba a ciertos experimentos que me permitiesen apreciar el declive que la brillante blancura podía disfrazar. Amasé una bola de nieve y rodó cuesta abajo en un abrir y cerrar de ojos. “¡Diablos! —exclamé—. Esto está parado a pique!” Arrojé mi bastón y llegó a los planos inferiores, rodando a lo largo como si fuera una piedra. Excitada mi curiosidad, solté mi pañuelo de seda, y el pañuelo llegó a los planos sin detenerse. “¡Retírense! —grité a los compañeros—. ¡Es un abismo!”

Tomamos otra dirección, y cayéndonos y levantándonos por lugares ásperos y con puntas de rocas visibles, llegamos a los planos, estropeados pies y manos y fatigados de muerte, por lo que nos tendimos largo a largo sobre el muelle colchón que la naturaleza ofrecía a nuestros miembros fatigados. Acertábamos a quedar frente a frente y en línea perpendicular debajo de la cumbre de donde nos libramos de descender.

No habíamos concluído de fumar un cigarro en aquella deliciosa postura, tendidos de bruces, cuando vimos aparecer, del tamaño de cóndores, a una

docena o más de viajeros, quienes viéndonos abajo, y suponiendo que por allí habíamos descendido, toman distancia de guerrilla para no embarazarse en el descenso. “¡Avisémosles!” Ya era tarde: se habían desprendido como doce avalanchas, dando saltos de veinte varas de largo. A un chileno panzón se le envolvió el poncho en la cara y bajaba rodando como una pipa fantástica. Otros saltaban de la cabeza a los pies, como suelen hacer los muchachos haciendo de brazos y piernas una rueda sin llanta, y otros, cambiando de sistema a medida que hacían los más prodigiosos esfuerzos para contenerse.

Nosotros abrimos tamaños ojos y boca de horror, y cuando llegaron todos los quince a un tiempo adonde estábamos, todos ellos tenían ojos y bocas grandes y abiertas por el mismo asombro de lo que les había pasado sin darse cuenta de ello. Todos estábamos pálidos como una cera, hasta que advirtiendo que todos tenían su cabeza y sus piernas en su lugar respectivo, sin sangre, sin magulladura alguna, ni diesen gritos de dolor, aventuré, en vía de ensayo y con no poco miedo de ofenderlos, una carcajada algo forzada. Respondió otra, y unos tras otros, se largaban a reír los demás, a medida que se persuadían que estaban vivos, sanos y salvos.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO



*A guisa: a manera, a semejanza.*—*Montaña rusa: camino ondulado sobre un montículo y en el cual se desliza, sobre rieles, un trencito.*—*Zigzag: líneas que forman alternativamente, ángulos entrantes y salientes.*—*A pique: cortado a plomo, como una pared.*



## DESPUÉS DE CASEROS

Uno de los periódicos de Buenos Aires traía, el 23 de febrero de 1852, la siguiente crónica a propósito de la entrada en la ciudad del ejército libertador:

“El general Urquiza, al frente de la columna, vestía uniforme y llevaba sobre el pecho la banda de Gobernador de Entre Ríos: montaba un magnífico caballo moro, cuyos arneses eran de un lujo extremo. A su derecha venía el señor Gobernador de Corrientes, don Benjamín Virasoro, Mayor General del Ejército, y a su izquierda el General don Tomás Guido, encar-

gado por el gobierno provisional para recibir al General en la plaza del Retiro.

“Se dirigió la columna por la calle Perú, cuyos costados, azoteas y ventanas estaban cubiertos de gente, y entrando por la calle Federación (hoy Rivadavia) penetró en la plaza de la Victoria. Parecía que el resto de la ciudad se había despoblado; todos los barrios se habían apiñado al paso de los vencedores.

“El General Urquiza y sus legiones atravesaron bajo una lluvia de flores; los vítores y aclamaciones arrancadas por el más ardiente entusiasmo, los siguieron en su tránsito.

“La inmensa columna se componía de las tres armas y formaba a la cabeza la infantería argentina; venía luego la división oriental al mando de su jefe, el General don César Díaz, y luego, la brasileña a las órdenes del Brigadier Márquez, todas ellas con sus respectivos trenes de artillería. Las divisiones de caballería, imponentes por su fuerza y por su número, cerraban la marcha del ejército con sus respectivos generales a la cabeza.

“La columna de infantería se dirigió a la plaza principal y tomó la dirección del Paseo de Julio para regresar a sus campamentos, mientras que la caballería se retiró por las calles de la Victoria y Perú.

“Un arco de triunfo en honor de los vencedores se había levantado en la esquina de la plaza de la Victoria, donde desemboca la calle Federación. Alegorías, inscripciones y las banderas de la alianza de-

coraban el arco. En el frente, que miraba a la plaza, se leían estas inscripciones: *A la Coalición Americana Libertadora; Viva el inclito general Urquiza; Viva la Libertad; Salve 3 de Febrero de 1852; Honor a los mártires; Gloria a los Libertadores; Salve 1º de mayo de 1851; la fraternidad da Patria y Libertad; La división enciende la anarquía.* En el frente que da a la calle de la Federación se leía: *Buenos Aires a Urquiza el Libertador; Viva la Confederación Argentina; Viva el Ejército Aliado Libertador.* Sobre la parte superior del arco, se ostentaba la imagen de la justicia, entre los trofeos de la victoria y los signos de la libertad.

“La pirámide, vestida con sencillez, se veía también adornada con los colores de la alianza, y guirnaldas de olivo y de laurel mezclados entre las banderas nacionales, decoraban el frente de la Catedral.

“Era difícil penetrar en la plaza y sus arquerías, entre el inmenso concurso que se movía, con la agitación del entusiasmo que levantaba bastones y sombreros y hacia ondear sus pañuelos para saludar el triunfo.

“El general en Jefe se dirigió al arco principal de la Recova, con su Estado Mayor, y permaneció allí algún tiempo viendo desfilar las tropas y se retiró luego a su campo.

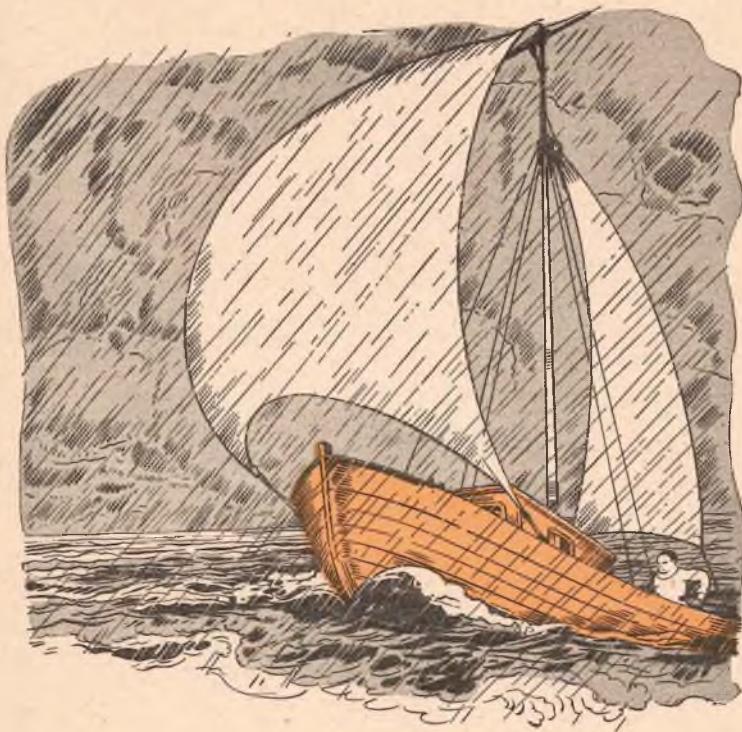
“El gobierno provisional, las corporaciones civiles y militares, y el cuerpo diplomático extranjero, presenciaron esta magnífica fiesta desde el Coliseo.

“Por la noche se quemaron, en la Plaza de la Vic-

toria, vistosos fuegos artificiales; toda la ciudad fué iluminada. El Excelentísimo Gobierno Provisional y Su Excelencia el General Urquiza, asistieron a los balcones del Cabildo y luego al Teatro Argentino".



**BENJAMÍN VIRASORO:** gobernador de la provincia de Corrientes. En 3 de marzo de 1851 se ausenió de su provincia, como Mayor General, para colaborar con Urquiza en el ejército libertador. Después de una larga actuación como guerrero, falleció en Buenos Aires el 29 de abril de 1897, a los 85 años de edad.—**TOMÁS GUIÑO:** General de la nación. Nacido en Buenos Aires, actuó en defensa de la ciudad contra las invasiones inglesas (1806 y 1807). Acompañó a Mariano Moreno en la misión diplomática a Inglaterra y en sus brazos murió, en alta mar, el prócer de la Revolución de Mayo, el 4 de marzo de 1811. De vuelta, en su patria, luchó con San Martín por la libertad de Chile y Perú. Fué representante del país ante la corte del Brasil y luego ante el gobierno del Paraguay. Murió en la capital a los 78 años, el 14 de septiembre de 1866.—*Plaza del Retiro*: lugar donde actualmente está la plaza San Martín. En 1800 estuvo la *Plaza de Toros* luego fué zona ocupada por cuarteles. En ese sitio vencieron los criollos a los ingleses durante la victoriosa defensa (1807) llamado desde entonces *Campo de Marte* o *Campo de la Victoria*. En 1812 San Martín organizó allí su regimiento de Granaderos a Caballo y desde ese lugar partió el 28 de enero de 1813 para liberar, junto al río Paraná, su memorable combate de San Lorenzo (3 de febrero de 1813).—**GENERAL JUSTO JOSÉ DE URQUIZA:** Nació en Concepción del Uruguay (Entre Ríos) el 11 de octubre de 1801. Fué gobernador de su provincia natal. Después de su triunfo en Caseros, fué presidente de la Confederación Argentina desde el 5 de marzo de 1854 hasta el 5 de marzo de 1860. Durante su presidencia se crearon colegios nacionales; escuelas primarias; se fundaron colonias agrícolas; se canalizaron ríos; se proyectaron vías férreas y se establecieron relaciones diplomáticas con los países extranjeros. Murió el 11 de abril de 1870, cruelmente asesinado por un grupo de sesenta individuos que penetraron en su palacio de San José (Entre Ríos).



### LLUVIA EN EL MAR

—¡Para qué llueve agua dulce,  
agua dulce sobre el mar!

*Ella se torna salada  
y el mar no pierde su sal.*

—¡Para qué llueve agua dulce,  
agua dulce sobre el mar!

*Me lo preguntó una niña  
y le pude contestar:*

—Llueve para el marinero  
que la sed podrá calmar,  
y guardar agua llovida  
que es su fortuna en el mar.

*Llueve porque dijo el aire  
que se quiere refrescar,  
y porque la nube dijo:  
Yo quiero ponerme a hilar.*

*Llueve por la simple dicha  
de la generosidad,  
¡y porque se alegra el mundo  
con la belleza de dar!*

*¡Por eso llueve agua dulce  
en la amargura del mar!*





## PROVINCIA DE SAN LUIS

### I. LAS SALINAS DE BEBEDERO

La célebre laguna que el indígena llamó Ecqué en una exclamación de asombro, y cuyo nombre fué reemplazado por el de Bebedero, de las bebidas o jagueles que existían en su río tributario, ocupa una inmensa cuenca hondonada y sin desagüe. La limita por el Norte el gran bordo que separa ambos barrales; por el Oeste la prolongación terminal del azulado cordón del Leucoso; por el Sur el barranco del río Bebedero y una cadena baja de médanos móviles, y por el Este la ceja del monte de la inclinada planicie que desciende del circuito montañoso formado por las sierras de la Punta, Acasape y el Tala.

Durante el verano, las lluvias disuelven la sal, pero en el tiempo seco el viento coopera a la rápida evaporación, cubriendose el suelo de una eflorescencia blanca como una nevada.

Al penetrar en la laguna, nos hacemos la ilusión de tener a la vista el espectáculo de una llanura polar: la inmensa cuenca blanca en cuyas cristalizaciones se quiebran los rayos del sol, el horizonte con su tinte blanquecino, y allá en su límite sensible, sobre el lejano cordón del Pencoso, las nubes como montañas de nieve, contrastando con el puro azul del cielo. La vista se fatiga con los reflejos y obliga al uso de vidrios ahumados para atenuar sus efectos deslumbrantes.

## II. LA EXPLORACIÓN Y EL SALINERO

Se recoge la sal con el procedimiento del “raspado”, que ejecuta un rastrillo movido rápidamente por un pequeño motor a nafta. A medida que pasa el rastrillo y se van formando los “bordos” de sal, cuadrillas de peones la recogen a pala, en carretillas, y la trasportan a las parvas.

El “salinero” de profesión es un hombre de la comarca, endurecido por todos los rigores del clima y del trabajo. Delgado, musculoso, con la piel curtida por el sol y la sal. Debe permanecer varias horas seguidas dentro del agua, protegerse de la encuecedora refracción de la luz en la blanca llanura, y defender sus pies de las cortantes aristas de

los cristales de sal. Al salir de la laguna debe tener también buen cuidado de lavarse los pies con agua dulce para evitar las escoriaciones y llagas que le produciría la saturación salada al evaporarse. Su tarea es trabajo de condenado. Refiere la tradición que los conquistadores incanos destinaban sus prisioneros a estas duras faenas. De esta práctica se derivaría entonces la palabra Huanacachi, que en la lengua quichua quiere decir “el presidio de la sal”, y se sabe, a ciencia cierta, que los Hijos del Sol explotaban las ricas salinas de esta región.

JUAN W. GEZ.



*Jagüeles*: pozos o zanjas llenas de agua.—*Bordo*: 'ado.—*Médanos móviles*: montones de arena que suelen cambiar de lugar.—*Eflorescencia*: conversión en partículas de sal al perder el agua de cristalización.—*Escoriaciones*: lastimaduras, pérdida de la piel.—*Hijos del Sol*: los descendientes de los incas.



### SARMIENTO Y SU NIETA

Un día, recibió Sarmiento la muy triste noticia de que una excelente amiga suya, que vivía en los Estados Unidos —esposa de un gran poeta norteamericano—, había muerto en forma horrible, abrasada por las llamas, a consecuencia de que, por una fatalidad, se le incendiaron las ropa.s.

Gran pena le produjo a Sarmiento y mucha indignación también.

—¡Parece mentira! —exclamó el glorioso viejo, dando un buen puñetazo en la mesa que tenía de-

lante—. ¡Parece mentira que así muera una mujer inteligente! Mentira parece que no supiera librarse de morir en llamas cuando es la cosa más sencilla de la tierra. Lo que es a mis nietas no les ha de suceder tal desgracia, porque ellas sabrán desde pequeñitas cómo se hace para evitarlo.

Y en el acto mandó venir a la mayorcita de las nietas, que con sus hermanitas menores estaba jugando, en esos momentos, en el último patio y observando cada tanto tiempo la pajarera para hacerle después, al abuelo, la crónica de los pajaritos.

—Aquí estoy, abuelito —dijo la niña.

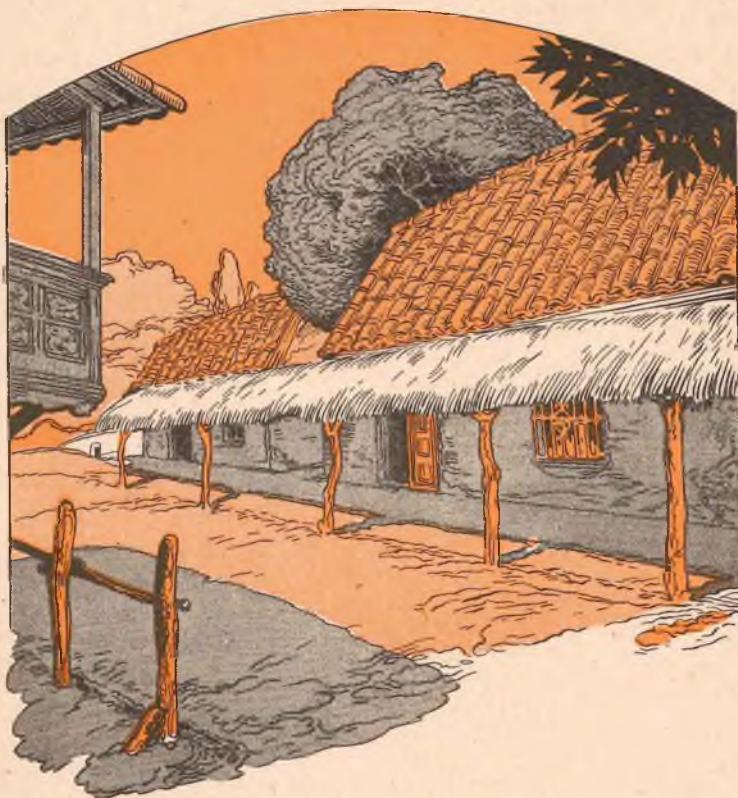
—Ven aquí —le respondió él—; siéntate sobre mis rodillas y escucha muy bien lo que te voy a explicar, para que tú, más tarde, se lo expliques a tu vez a tus hermanitas y a todas tus amiguitas de Buenos Aires. ¡Mucha atención!

La niña se sentó en las rodillas de su ilustre abuelo, y éste, después de referirle la espantosa muerte de su amiga, le habló así:

—Bueno es aprovechar esta desgracia para prevenir a toda niña el medio de preservarse de una muerte horrible, y que es el siguiente: al menor indicio de llamas en el vestido, echarse por tierra, mantenerse siempre horizontales, y revolcarse y volver sobre sí mismas en aquella postura. Si el fuego no se apaga instantáneamente, al menos la llama no puede elevarse, y en todo caso, no se eleva sobre el busto ni alcanza a la cara. El fuego en las prendas es lo que da la muerte, asando el estómago.

Así habló a su nieta el glorioso maestro. Y tan importante le pareció la explicación que acababa de dar, que resolvió ponerla en uno de sus libros. Y así lo hizo.





## CORRIENTES EN EL AÑO 1865

### I. LA EDIFICACIÓN DE LA CIUDAD

Las casas, todas bajas y techadas con tejas de caranday —el colonial techo a dos aguas—, extendíanse sobre la calle, a todo lo largo. Un angosto alero corría por el frente, sostenido por una hilera de pilares de quebracho, toscos y torcidos, pintados

de verde o de azul, y enclavados en el suelo de dura tierra, a veces enladrillado. Carecían de zaguán aquellas casas, semejantes a grandes ranchos. Entrábase en las inmensas estancias embaldosadas, desde la calle, por las puertas, chatas y macizas, que se abrían bajo el alero; y no era raro que algunas de estas puertas exteriores diesen acceso a patios o jardines en los que sobresalían las begonias gigantescas. Las ventanas estaban defendidas por rejas de herrumbrosos hierros. Las paredes estaban, generalmente, enjalbegadas; otras veces, rojizas o celestes. La vereda venía a ser, pues, un largo corredor que protegía a los transeúntes contra la tropical violencia de los soles de aquellas tierras. Y todas las casas prolongábanse hacia el fondo de una huerta, embellecida por los naranjos, por las palmeras y por tal o cual árbol indígena, como el ñandubay o el ibapoí.

## II. FRENTE AL RÍO PARANÁ

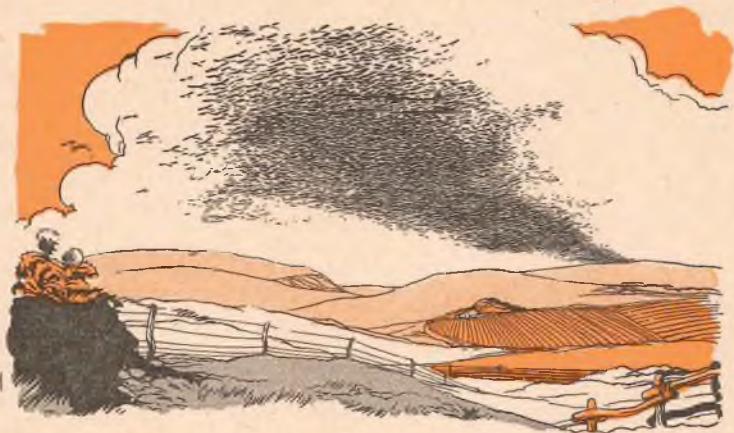
Pocos ríos tan bellos hay en el planeta. Desde las barrancas correntinas se ve un mar de agua dulce, un mar sereno, augusto. Hacia el poniente, se pierde, como sombra que se levanta apenas sobre las aguas, la línea de las orillas bajas del Chaco. Hacia el Norte, surgen, lejanas, las barrancas del Paraguay. La costa correntina, que va ochavando el codo del Paraná, crea una vastísima extensión líquida que llega a ser, un poco más arriba, por el encuentro allí con el Paraguay, una maravillosa en-

crucijada hidrográfica. Ensenadas pintorescas, algunas pequeñas e íntimas, muerden la costa correntina, como si la línea, negándose a seguir, entrase en la barranca, y luego, arrepentida, continuase, para volver, un centenar de metros más adelante, al mismo juego indeciso. Frente mismo a la ciudad el río es uniforme. Pero poco más al Norte comienzan a aparecer islas frondosas, que semejan gigantescas canastas de flores. En estas islas crecía una flora suntuosa; los árboles adornábanse con la chirriante policromía de los guacamayos o con la ágil movilidad de los monos. Desde las barrancas correntinas veíanse, a la orilla del río, los yacarés —troncos derrumbados— durmiendo al sol; canoas cargadas de sandías y de yerbamate; barquitos de cabotaje, navegando al Paraguay, a las Misiones o al Chaco, y jangadas que se deslizaban blandamente gobernadas por algún hombre en pie, semidesnudo y broncíneo.

MANUEL GÁLVEZ.



*Caranday*: especie de palmera alta. El tronco se emplea como horcones y tirantes para la construcción de los ranchos, y partido sirve de teja para esas construcciones.—*Enjalbegadas*: blanqueadas con cal.—*Nandubay*: árbol de tronco rugoso, de madera muy dura.—*Thapoi*: árbol de tronco grueso y de madera blanca y liviana.—*Policromia*: de variados colores.—*Guacamayo*: ave, especie de pagayo cuyas plumas son azules, verdes, amarillas y rojas.—*Barquitos de cabotaje*: embarcaciones que no se alejan de las costas.—*Jangadas*: maderos fuertemente unidos entre sí.—*Broncíneo*: de color parecido al del bronce.



## UNA MANGA DE LANGOSTA

Hacía ocho años consecutivos que se presentaba la langosta, pero ninguno como aquél: la invasión era aplastante, desesperante, cruel, a punto de que toda la provincia de Entre Ríos y la de Santa Fe estaba cubierta por una sola manga. Se podía decir que no había un palmo de tierra que no estuviese empapada por su baba inmunda. Reinaba en la atmósfera, a través del alma abatida, un silencio triste, mortecino, presagio de alguna desgracia.

Los trigales y maizales estaban ya talados, y en los pajonales, cicutales y cardales yacía el acridio prendido en enjambres. El campo había cambiado su color verde por una superficie negruzca y móvil. Parecía, a lo lejos, la mar, con todos sus rumores y agitaciones, y como si el desierto fuérale estrecho todavía, cubría los caminos, avanzaba sobre los

alrededores de las villas y asolaba las poblaciones. Siempre en marcha, adelante, sólo se detenía en las barrancas de los ríos, donde caía ciega, a torrentes, para morir o volar en infinitas bandadas a la otra orilla. No respetaba ni los terraplenes, ni los rieles de las vías férreas, y en éstos, en castigo, las ruedas de las locomotoras las convertían en montones de excrecencias sanguinolentas y babosas. Al pisarlas con el caballo o las ruedas del “sulky”, saltaban sobre nosotros, se nos venían encima en un oleaje furioso de hambre o de miedo.

ARTURO REYNAL O'CONNOR.



*Aplastadora*: que deja el ánimo abatido.—*Mortecino*: apagado, sin vigor.—*Talados*: cortados, destruidos.—*Aceridio*: la langosta.—*Terraplenes*: montículos de tierra.—*Excrecencias*: agregaciones que alteran la superficie natural.—*Sulky*: carruajecito liviano tirado por un caballo.



## R O S A S

No era fácil ver a Rosas. Rara vez se mostraba en público. Jamás se le encontraba en la ciudad y era harto difícil descubrirlo bajo las arboledas de Palermo de San Benito, donde tenía su corte. Se ocultaba. Lo hacía calculadamente. No estando en ninguna parte, la gente pensaba que estaba en todas. No llegaba, pero podía llegar.

Sus dos lujosas mansiones —lo mismo la casa de la ciudad que la villa de Palermo— eran, más que grandes, inmensas; y tal distribución tenían las habitaciones, que nunca se sabía con certeza en cuál estaba Rosas. Por lo demás, en ambos caserones, rei-

naba una atmósfera de misterio. Llegada la noche, nadie osaba dirigirse a Palermo. En cuanto a la casa de la ciudad, es fama que la gente daba grandes rodeos para no pasar por allí. Era una casa de ancho zaguán y gran patio cuadrado. No había guardias en la puerta ni aparato militar de ninguna especie.

Hasta de día reinaba la soledad en aquella calle de la casa temida y temible.

Se sabe que Rosas gustaba de dar bromas atroces. Su buen humor —si esa cosa enfermiza podía llamarse buen humor— se complacía en dar sustos a los timoratos y en buscar la sociedad de los locos. Se complacía, además, en poner apodos a amigos y enemigos; apodos casi siempre muy bien puestos.

—Abuelita —pregunta la niña que está oyendo hablar de estas cosas a los mayores—, ¿y cómo era Rosas?

La abuelita, que está tejiendo, con los anteojos casi en la punta de la nariz, levanta la vista y contesta:

—Yo no lo conocí. No soy tan vieja, aunque lo parezca. Pero mi madre sí lo vió algunas veces. Lo recordaba, sobre todo, vestido con su uniforme de brigadier: pesadas charreteras sobre los hombros y una ancha banda punzó cruzándole el pecho. No era alto. Era más bien retacón y cargado de espaldas, pero el porte y la gallardía natural de su persona le hacían parecer esbelto. Tenía el rostro completamente afeitado y era de una blancura sonrosada.

—¿Y era Palermo como es ahora?

—No, niña. Palermo de San Benito era como una gran estancia. Al medio, frente al lugar en que se levanta la estatua de Sarmiento, estaba la casa de campo de Rosas.

—Así que era como una estancia . . .

—Ni más ni menos; y había todo lo que hay en una estancia. Los visitantes se asombraban, sobre todo, del orden y del cuidado perfecto de la finca, y admiraban las manadas de avestruces, las piaras de cerdos, los rebaños de carneros merinos, las caballadas criollas y tantas hermosas y raras plantaciones como allí había, verdadero origen del parque actual.



*Palermo*: lugar ocupado actualmente por el Parque 3 de Febrero. En ese sitio Juan Manuel de Rosas tenía su residencia veraniega. Al confiscársele sus bienes, esa propiedad pasó a poder de la nación. Durante la presidencia de Sarmiento se dictó una ley por la que se creaba, en esos terrenos, un parque en conmemoración de la batalla de Caseros que puso fin a la dictadura, y que se libró el 3 de febrero de 1852. En el mismo sitio donde Rosas tenía su residencia, hoy se destaca la estatua de Domingo F. Sarmiento, inaugurada el 25 de mayo de 1900.—*Timoratos*: timidos.—*Apodos*: nombres que suelen darse a las personas.—*Brigadier*: oficial general.—*Charretera*: divisa militar de oro, plata y seda que se sujetaba sobre el hombro.—*Retacón*: rechoncho, persona gruesa y de poca estatura.—*Piara*: conjunto de cerdos.—*Carneros merinos*: ovejas de lana muy fina, corta y rizada.



### FLORES E INSECTOS

—¿Qué son y para qué sirven las flores? ¿Qué importancia tienen para la planta esas admirables corolas, teñidas de tintas inimitables, esos suaves perfumes, superiores a todos los que prepara la industria? ¿Por qué la naturaleza dota a los lirios del campo de tan regias vestiduras que ni el rey Salomón en toda su gloria estuvo tan lujosamente ataviado como ellos?

Estas y muchas otras preguntas se presentan al espíritu cuando contemplamos la inmensa variedad de bellísimas formas, de colores y de esencias.

No sólo es esto.

Enjambres de insectos acuden a las pintadas flores.

Las moscas, los mangangaes y las laboriosas abejas, reanimadas del letargo invernal, zumban de flor en flor, mientras que las mariposas, rivalizando en brillo con las corolas, se posan en ellas de tiempo en tiempo, llevadas por su suave y caprichoso vuelo.

—¿Qué es lo que buscan? ¿Podrán darnos, aca-  
so, estos insectos, respuesta a nuestras preguntas?



—¿Qué buscan en ellas?

—Alimento.

En efecto, gran número de insectos se nutren de polen y muchas flores segregan, además, un líquido azucarado, *néctar*, por medio de glándulas especiales denominadas *nectarios*.

Para llamar la atención de los insectos, se adoran las flores con brillantes tintas y destilan sus delicados perfumes. Se explica así, pues, estos múltiples atractivos. Notan los insectos la presencia de la flor, acuden a ella en busca de alimento y se cargan de polen, que luego trasportan a otras flores, en cuyo estigma es depositado.

ÁNGEL GALLARDO.





## LA RIOJA HISTÓRICA

### LA FUNDACIÓN DE SU CAPITAL

La ciudad debe su origen a la expedición de aquel osado capitán Blas Ponce, que en nombre del gobernador Juan Ramiro de Velasco, llegó de Santiago del Estero al frente de unos cuantos voluntarios, 50 vacunos, 1.000 ovejas y 2.000 cabríos, y en nombre del dominio eminente de la Corona de España, fundó el 21 de mayo de 1591, en esta provincia de diaguitas, la ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, que distaba 70 leguas de Santiago del Estero. Córdoba, San Juan y Copiapó, 100 leguas de Santiago de Chile y 150 de Santa María de los Buenos Aires.

El ejido originario comprendió 81 manzanas: 9 en todos los sentidos, con destino a servir de planta urbana, comprendiendo reservas para conventos de

jesuitas, franciscanos, padres de la gracia, parroquias y capillas, y las demás dedicadas al cultivo.

La expedición venía en busca de mineral. El oro, la plata y el azogue se mencionan reiteradamente en los documentos de la época. Aquellos expedicionarios sospechaban la riqueza aurífera de los cerros; presentían, quizá, el Famatina fabuloso, cuya leyenda circularía más tarde a través del “camino del Inca” y, difundiéndose desde Copiapó, daría origen a la fundación del Chilecito.

ARTEMIO MORENO.



JUAN RAMÍREZ DE VELAZCO: Gobernador de las provincias del Tucumán, fundador de ciudades y conquistador de tierras.—*Diaguitas*: indios pertenecientes a las tribus que habitaban el valle Calchaquí.—*Ejido*: tierras vecinas al pueblo.—*Riqueza aurífera*: riqueza que consiste en oro.



## EN EL PAÍS DE LA SELVA

### LAS AVES

Las nubes de la mañana comienzan a sonrojarse con los primeros albores de un día naciente. Poco a poco se dispersan las nubes de los bosques, y mientras una parte vuelve a precipitarse como rocío en el alfombrado de yerbas, elévase el resto para formar más tarde la lluvia.

Millares de monos aulladores levantan sus himnos

al día protector; despiertan los loros de todo tamaño y de variadísimos tintes, y al escuchar las voces de los monos, yerguen la cabeza, que guardaban escondida bajo el ala, responden con sus ásperos gritos y atronando también su coro destemplado pero alegre y atruenan los aires con el estrépito de sus voces.

Las urracas azules, los jilgueros, los papamoscas, los chingolos, los tordos, los zorzales, los cardenales, todos gritan, todos cantan, todos viven y todos parecen gozar con los primeros rayos del sol naciente. Diríase que en medio de aquel tumulto de voces, tan suaves y dulces las unas, tan ásperas, roncas, agudas y extrañas las otras, debiera el observador sentirse desagradablemente conmovido por el estrépito y la confusión. Y, sin embargo, ¡cuánta delicia en medio de aquel tumulto!

EDUARDO L. HOLMBERG.





## ALGUNAS NOTICIAS ACERCA DE SAN MARTÍN

¿Sabíais, niños, que San Martín amaba mucho, mucho, el mar?

¿Y sabíais que dibujaba y pintaba con suma facilidad y gusto?

Sus amigos le oyeron decir muchas veces que, en caso de caer en la pobreza, se ganaría la vida pintando marinillas.

\* \* \*

¿Sabíais que siendo teniente en España estuvo a punto de morir a manos de unos bandoleros que querían robarle? Esto pasó en la carretera que va entre las ciudades españolas que se llaman Valladolid y

Salamanca, mientras San Martín cumplía una misión militar que le había encargado el Gobierno.

Nuestro héroe se vió precisado a hacer uso de su sable; pero habiendo recibido dos heridas —una en el pecho, de gravedad, y otra en la mano—, los bandidos lograron despajarle de su maleta.

\* \* \*

¿Sabíais, además, que peleando San Martín contra los franceses, también en España, en la batalla de Arjonilla, un sargento llamado Juan de Dios le salvó la vida, tal como más tarde lo haría otro sargento —Juan Bautista Cabral— en el combate de San Lorenzo?

\* \* \*

¿Y sabíais que San Martín tuvo varios hermanos: Manuel Tadeo, el mayor de la familia, que fué también militar; Juan Fermín, militar también, y Justo Rufino, militar como los anteriores?

Pero mientras San Martín fué militar de América, después de haber servido a España cuando peleó con los ejércitos de Napoleón, sus tres hermanos continuaron al servicio de la nación española.

\* \* \*

¿Y sabéis que San Martín tuvo una hermana llamada María Elena?

\* \* \*

¿Y sabéis que San Martín tenía consigo en Fran-

cia, donde murió, un perro que le habían regalado en Guayaquil, y que jugaba con el fiel animal casi todos los días? ¿Y sabéis en qué consistía el juego entre el héroe y su can? San Martín se armaba de su bastón y decía al perro de improviso: *¡Te agarré, desertor!*, y le ordenaba quedarse de plantón alzado sobre sus patas traseras con las manos en alto.

*¡Ahora vas a ser fusilado!*, le decía después, y apuntándole con el bastón le hacía *¡pum!*, y el perro fingiéndose muerto rodaba por el suelo...

Y se acababa el juego, para comenzar otra vez.

\* \* \*

Nada de esto suelen saber los niños a propósito del gran general, pues son noticias que sólo se encuentran en las obras de muchos volúmenes que no leen los escolares.

Pero los lectores y lectoras de este libro las sabrán y las harán saber a sus amigos o amigas.

Diremos finalmente que el glorioso general San Martín llegó a reunir todos estos títulos militares: capitán general del Ejército de los Andes; capitán de Chile, y generalísimo del Ejército del Perú.



JUAN BAUTISTA CABRAL: Nació en Corrientes y vino a Buenos Aires a formar parte, como soldado, del regimiento de Granaderos a Caballo. Murió en el combate de San Lorenzo (3 de febrero de 1813) por salvar a su jefe. Por decreto dictado el 6 de mayo de 1813 se colocó en el antiguo cuartel del Retiro una lápida con la leyenda siguiente: *Juan Bautista Cabral, murió heroicamente en el campo del honor.*



## EL TIRO A LA PALOMA

¡Parece mentira que haya gente que encuentre motivo de diversión en la残酷! Sin embargo, así es. Gentes ricas, personas para las cuales fué harto generosa la suerte, opulentos señores que podrían costearse los más alegres entretenimientos, fundan en muchas ciudades y balnearios unos *clubs* muy elegantes para ejercitarse en el tiro a la paloma. Caballeros y señoritas van allí, todas, todas las tardes, a ensayar su puntería con un rifle. Pero no hacen fuego sobre palomas de cartón sino sobre palomas vivas. ¡Pobres avecillas! Allí se desploman muertas,

en tierra, o con un tiro en el ala, y, desangrándose, acaban por caer en el mar, cuya agua salada tanto aumenta el dolor de las heridas. Mientras tanto, el autor de tan lamentable hazaña recibe las felicitaciones de sus compañeros. Y al cabo de la temporada, el que más víctimas ocasiona, obtiene un premio y sale fotografiado en los periódicos, lo mismo que si fuera un héroe.

Al estampido de los rifles, se reúnen muchos niños y mayores a ver tirar, y algunos pobres se apoderan de las palomas que caen del lado de la calle, cerca de ellos, y acaso las venden por las casas o por los hoteles.

Entre los mosqueteros del tiro a la paloma podéis ver todos los días al niño Andrés López.

Es realmente un niño muy pobre. Su familia carece muchas veces de un pedazo de pan. Para mayor tristeza, este niño, tiene una pierna fracturada y debe servirse de una muleta para andar.

Una tarde le vió volver del Tiro a la Paloma un escritor famoso: don Juan José de Soiza Reilly. Traía, el niño, una paloma negra, herida, contra el pecho, y avanzaba penosamente a pasos desiguales con su trabajosa muleta.

—¿Qué llevas? —le preguntó el escritor.

—Una paloma herida —contestó el interrogado.

—¿Dónde la recogiste?

—En el Tiro a la Paloma. Voy allá todas las tardes por ver de alzar algunas.

—Claro —le dijo el escritor—. Tú eres pobre y

las llevas para venderlas por los hoteles, como hacen otros; y obtienes, de este modo, algunas monedas para adquirir alimentos.

—No, señor— contestó el niño de la muleta.

—Entonces te la llevas a tu casa y se la das a tu mamá para que la cocine.

—Tampoco, señor. Yo no alzo para eso las palomas heridas.

—¿Y para qué, entonces?

—Para curarlas. Me dan mucha lástima, señor, estas pobres palomitas que hieren por divertirse esos ricos sin compasión.

—¡Así que las recoges para curarlas! —exclamó, el escritor Soiza Reilly, satisfecho de encontrar un corazón tan noble.

—Sí, señor.

—¿Y las curas a todas?

—Algunas se mueren, señor. Pero otras se sanan del todo.

—¿Y qué haces con las que se sanan?

—Cuando veo que ya están del todo sanas —dijo el niño mirando el cielo—, me voy al campo, lo más lejos que puedo del Tiro a la Paloma, y les devuelvo la libertad.

Y siguió su camino mal que mal con su trabajosa muleta aquel niño prodigiosamente bueno, mientras el escritor lo bendecía desde el fondo de su alma.



*Opulentos señores:* que poseen muchos bienes.—*Mosqueteros:* personas que presenciaban el espectáculo.



## DURANTE LA ANARQUÍA EL GENERAL LA MADRID Y LOS VERSOS

Pocos hombres tan valientes habrá tenido nunca nuestro ejército como lo fuera don Gregorio Aráoz de La Madrid. Era un muchacho de 17 años, cuando, este patriota tucumano, se incorporó a los escuadrones de la independencia con el grado de teniente de caballería.

Pero, no queremos referirnos aquí a sus combates sino a su afición a los versos, de los cuales se sirvió muchas veces para animar a las tropas.

En una de sus campañas por la libertad, tocábale atravesar los campos desolados de La Rioja, conduciendo unos soldados que llevaban ya dos días sin comer. No podían más, los pobres. Hasta los más sufridos y resistentes dejaban oír su queja: *¡Tenemos hambre! ¡Hambre tenemos!*

Entonces, en lugar de mandar que les sirviesen el rancho, como se llama a la comida en lenguaje militar (¡y cómo les iba a dar cosa alguna, si no tenía!), se dispuso a consolarlos con unas vidalias que él mismo compuso. Llamó a un grupo de soldados tucumanos, buenos cantores y excelentes guitarreros, les enseñó la letra de la canción y les pidió que la entonaran con el mayor entusiasmo.

Y la canción decía así:

*Constancia, bravos riojanos,  
que aunque no haya qué comer,  
prometen los tucumanos  
morir todos o vencer.*

Y gracias a los versos todos sacaron, como suele decirse, fuerzas de flaquezas.

\* \* \*

Él componía versos. Pero también se los componían a él por los pueblos.

Derrotado por Quiroga, en la batalla del Tala, al

entrar a Tucumán, muy gravemente herido, un presbítero patriota se le acercó al estribo del coche para saludarlo con la siguiente décima:

*Debes, Gregorio, hacer gala  
en lugar de entristecerte,  
pues nunca fuiste más fuerte  
que en la batalla del Tala.  
La fama allí te señala  
por las hazañas que hiciste;  
y aunque un accidente triste,  
¡ay!, te arrancó la victoria,  
cuánto de heridas de gloria  
en el Tala te cubriste.*

No bien aliviado de tantos golpes, balas y tajos como había recibido, iba entrando a la villa de Monteros —derrotado, como ya sabemos— cuando las nuevas autoridades le comunicaron la orden de no seguir adelante. Pero los gauchos del contorno salieron a recibirlo, de a caballo, cada cual con su guitarra, cantándole estos versos:

*La Madrid va para abajo.  
No le dejemos pasar.  
Reunámonos, paisanitos.  
¡Por fuerza se ha de quedar!*

Y también cantaban, doliéndose de que las autoridades no le permitiesen la entrada en el pueblo:

*Ni preso quieren que llegue  
a su pueblo desgraciado.*

*¡En premio de sus servicios  
bonito pago le han dado!*

Y el estribillo era éste:

*¡Siga la guerra, no quiero paz,  
yo quiero, cielos, vengarme más!*

Mas La Madrid les mandó cambiarlo por este otro:

*Cese la guerra, yo quiero paz;  
yo no permito venganzas más.*

\* \* \*

Cuando la tiranía de Rosas cubrió de luto el país,  
La Madrid fué de los que emigraron. Emigró a Chile.  
Y allá, en Santiago, componía versos contra el tirano.  
Todos conocían, por ejemplo, la siguiente estrofa:

*A la lid, argentinos, corramos,  
emigrados de Chile, volad.  
Nuestra patria querida salvemos.  
¡Guerra y muerte al tirano infernal!*



*Vidala*: canción. Sus versos se cantan, generalmente, acompañados con la caja, instrumento musical de madera hueca, cilíndrica, cubierta en sus dos bases con piel estirada.—*Presbítero*: clérigo.—*Estríbillo*: verso que se repite después de cada estrofa.—*Emigraron*: salieron del país.—*Lid*: pelea.



## ENTRE RÍOS Y LA EXPEDICIÓN AL PARAGUAY

La expedición enviada al Paraguay al mando del general Manuel Belgrano, fuerte de 600 hombres y 6 cañones, llegó al Paraná, desembarcando en el puerto de Bajada el 16 de octubre de 1810. Belgrano era secundado por su jefe de estado mayor, coronel

Juan Ramón Balcarce, y los tenientes coroneles Ignacio Warnes y Gregorio Perdriel.

El ejército expedicionario fué recibido entusiastamente por el pueblo presidido por el alcalde Juan Garrigós, que inmediatamente se puso en acción para favorecer los propósitos patriotas.

Belgrano con su estado mayor se instaló en la casa de Diego Miranda, situada en la esquina Noroeste de las calles Urquiza y Santa Fe. Inmediatamente, inició una activa propaganda que duró las dos semanas que permaneció en la Villa, obteniendo la incorporación de un contingente de 350 hombres, entre los cuales, el anciano José Ignacio Vera y el joven León Sola, que retornó de la expedición con el grado de capitán, y que más tarde fué gobernador de la provincia.

La patriota doña Gregoria Pérez de Déniz ofreció todos sus bienes, y el pueblo, siguiendo su ejemplo, se subscribió con 700 caballos y una fuerte partida de bueyes de tiro, carretas, ganado y otros elementos.

CÉSAR B. PÉREZ COLMAN.

JUAN RAMÓN BALCARCE: Nació en Buenos Aires el 16 de mayo de 1773. Actuó como militar en las invasiones inglesas; fué ayudante mayor de Santiago de Liniers. Durante la semana de Mayo trabajó con entusiasmo por la causa revolucionaria. Formó parte de las campañas al Paraguay y al Alto Perú. Fué gobernador intendente de Buenos Aires en 1818 y ministro de guerra del gobernador Manuel Dorrego. Murió a los 63 años.—GREGORIO IGNACIO PERDRIEL: Nació en Córdoba en 1785. Inició su carrera militar durante las invasiones inglesas. Formó parte de la expedición al Paraguay y Alto Perú. Desde el año 1828 hasta su muerte, 3 de marzo de 1832 fué jefe de policía de Buenos Aires.—IGNACIO WARNES: Nació en Buenos Aires en 1770. Despues de actuar en las invasiones inglesas. Formó parte de la expedición de Belgrano. En un encuentro con los realistas, en el Alto Perú, murió heroicamente en la batalla de Pari, el 21 de noviembre de 1816.



## VIDA Y HÁBITO DE LAS AVES

### ADORNO DE LOS NIDOS

Aunque la tendencia predominante en la nidificación sea la de obtener la mayor seguridad para el nido, que se establece en lugares de acceso difícil o se oculta con gran habilidad, algunas especies, desocupadas o vanidosas, se complacen en exhibir su morada situada intencionalmente en sitios visibles o transitados; y otras, hasta lo adornan y embellecen exte-

riormente con objetos diversos y superfluos, pero gratos a la vista. Entre las primeras, figura el hornero, que busca de preferencia para su nido los sitios más descubiertos y aparentes: las cornisas de los edificios y los árboles bajos, los postes de telégrafo y los de alambrados, los molinos y las tranqueras, en las barrancas y hasta en el suelo; la palomita de la virgen, con su nido rudimentario, situado en el parral o en la glorieta, al alcance de la mano y, a menudo, del gato casero; el picaflor, que lo cuelga de una ramita de madreselva o de un tiento bajo el alero del rancho; familiarizados todos con la presencia del hombre y de los animales domésticos, no obstante los desengaños crueles que a menudo experimentan.

Otros, como el leñatero, con su enorme haz encima de un arbusto, a la orilla del camino transitado, suele incorporar a su nido, por capricho o diversión, los objetos más diversos que encuentra en la vecindad, sean éstos clavos, huesos, suelas usadas, piedras, peines, rabos de liebre con su extremo blanco, y, especialmente, trozos de trapos de color que es afecto a colocar en el extremo de una ramita cerca de la entrada a guisa de bandera vistosa, que le señala de lejos su hogar. Pero entre las aves que se destacan por el arreglo y adorno refinado de su nido, evidenciando tendencias estéticas, figuran el tilorinco y el clamidodero de Nueva Guinea y Australia. El primero, llamado pájaro jardinero, forma cerca del nido como una glorieta anexa, con ramas verdes, orquídeas y flores del aire, con pasadizo, cubriendo el pi-

so de la entrada con semillas, hojas, frutas y flores frescas vistosas, que renueva cuando se marchitan. El otro, acumula delante de su vivienda gran cantidad de objetos vistosos o brillantes, de simple adorno, como conchillas, huesos pulidos, piedras y otros materiales que trae desde lejos, se supone que con ayuda de otras parejas, las que en cierta época del año se congregarán, tal vez, para celebrar allí sus torneos de canto y de baile, costumbre que poseen también algunas aves americanas.

Sabemos que los avestruces de las sierras del Noroeste organizan verdaderas danzas colectivas, como ha podido observarlo el arqueólogo Boman en una de sus excursiones por el altiplano.

PEDRO SERIÉ.



*Nidificación:* el arte de construir los nidos.—*Superfluos:* que no son necesarios.—*Tranquera:* la puerta de un cercado.—*Tendencias estéticas:* inclinaciones artísticas.



## EL SOLDADO

Tocab a término el servicio militar de los conscriptos de aquel año. Al día siguiente cada uno se volvería a su lugar. Y estaban contentos con esa alegría incomparable del deber cumplido y de la deuda pagada.

Como siempre se estila, hubo una fiesta en el cuartel, y en esa fiesta no faltaron los discursos. Un joven, que había ejercido la función de maestro, habló de esta manera en aquella oportunidad, con la aprobación de los jefes y oficiales:

“Soldados: Llega a su término vuestra actuación en las filas del ejército. Como tambores de fiesta que celebran una hermosa victoria, así pueden latir ahora vuestros corazones, pues el deber cumplido y la deuda pagada os dan motivo suficiente para tanta alegría.

“La patria os llamó al puesto sagrado de que ahora os alejáis para que otros lo ocupen; la patria os dejó de centinelas de sus trofeos y como guardianes de su bosque de laurel. Entre todos, formasteis a este bosque un alto cerco de bayonetas: de esta manera lo amparasteis. Después hicisteis el juramento supremo de dar la vida por las glorias argentinas. Sabed ahora, muchachos, que la patria está contenta de vosotros.

“Mañana, cuando retornéis a vuestros hogares y os pregunten qué habéis estado haciendo en el cuartel, responded: *Muchas cosas útiles y nobles hemos estado haciendo; y si bien es cierto que renunciamos a una parte de nuestra libertad, estábamos satisfechos de ello, porque renunciando a esa parte de nuestra libertad aseguramos la libertad de todos.*

“Cuando os pregunten, además, cuál fué la más grata satisfacción en vuestra vida de soldados, responded: *Fué de noche, en el puesto solitario de la*

*guardia, al estar de centinela con el máuser al hombro, yendo del uno al otro lado como un péndulo que va y viene. Allí, haciendo esto, comprendimos cuánto vale la generosidad de velar para que los otros duerman”.*

\*\*\*

*Función:* Cargo, empleo.—*Llega a su término:* llega a su fin.  
*Trofeos:* conjuntos de armas e insignias militares.



## ¡TODOS SOMOS SOLDADOS!

El niño había ido con su padre a ver las maniobras militares que se realizaban fuera de la ciudad en un hermoso campo abierto. Diversos ejercicios efectuaban los soldados, y entre éstos un simulacro de combate que consistía en la defensa y el ataque de unas trincheras, practicadas a propósito.

Seguía el niño con suma atención los movimien-

tos de las tropas, que se lanzaban al asalto, y tanto se entusiasmó, que exclamó finalmente:

—¡Cómo me gustaría ser soldado!

Y el padre le contestó:

—Ya lo eres.

—¿Cómo? ¿Soy yo soldado? ¿Un soldado de la patria?

—Naturalmente. Todo buen argentino sirve a la patria desde niño como un buen soldado.

—No te entiendo, papá.

—Vas a entenderlo en seguida. ¿Qué es un maestro en la escuela sino una especie de capitán cuyos soldados son los alumnos? Él los dirige en la gran batalla del saber contra la ignorancia, en el gran combate del bien contra el mal.

—Es verdad, papá.

—¡Vaya si es verdad! Cuando el maestro ordena a los niños de su clase preparar una determinada lección o traer los correspondientes deberes, hace lo mismo que este otro capitán que estamos viendo ordenar a sus soldados apoderarse de la trinchera de enfrente. ¿Ves cómo corren con ardor los conscriptos? ¿Ves cómo se lanzan al asalto llenos de resolución? De igual modo los niños deben recibir con alegría las órdenes del maestro, y venir al otro día victoriosos, alegres de haber dado cumplimiento a las órdenes de su capitán.

—Sí —respondió el hijo—. Pero ellos llevan armas y uniformes, y nosotros no. Y es muy lindo vestir esos uniformes.

—Es hermoso, en efecto —dijo el padre—, y, además, un honor que la patria otorga a los ciudadanos.

—¿Ciudadanos? ¿Y qué es un ciudadano?

—Te lo voy a explicar.



*Simulacro de combate;* acción guerrera simulada que sirve para adiestrar los soldados.—*Llenos de resolución;* con mucho ánimo y valor.—*Otorga;* concede.



## QUÉ ES UN CIUDADANO

Y volviendo del campo de maniobras, el padre habló de esta manera a su hijo:

—Cuando tengas la edad de alistarte en el ejército, es decir, 18 años, te entregarán una libreta: tu libreta cívica, en la oficina militar. En ella pondrán tu nombre, tu retrato, la impresión del pulgar de tu mano derecha, la fecha y el lugar de tu nacimiento y otros datos más. Páginas adelante, encon-

trás la primera parte de la Constitución de la Nación Argentina, y en ésta muchos artículos relacionados con algunos derechos y deberes del ciudadano.

—¿Y quiénes son los ciudadanos?

—Tú mismo lo serás desde que poseas tu libreta cívica. Tendrás el derecho de votar, y años después, el de ser elegido representante del pueblo.

—¿Y qué es votar?

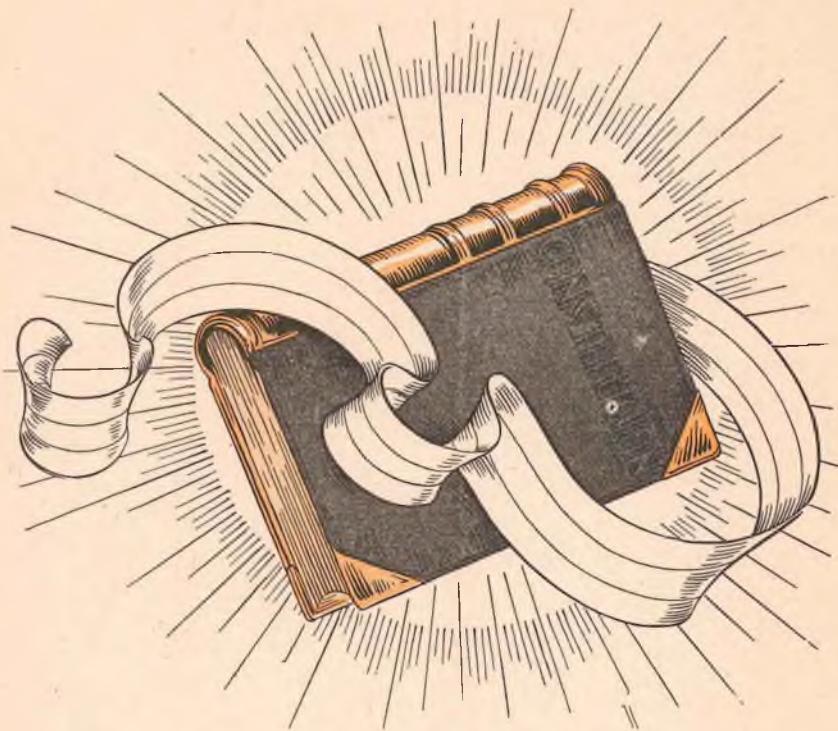
—Votar, hijo mío, es ejercitar el derecho más alto de la vida ciudadana; es elegir mandatarios, o sea, investir del poder a unos determinados hombres, a cuyas manos serán confiados todos los intereses de la patria. Por consiguiente, hijo mío, antes de dar un voto hay que pensar en el bien del país y votar solamente por los mejores candidatos. Así es cómo se debe asegurar en las elecciones la felicidad de la patria; así es cómo se cumple con la Constitución.

—¿Con la Constitución? ¿Y qué es la Constitución? Un día de éstos nos va a explicar el maestro todas las cosas de la Instrucción Cívica, pero yo quisiera ir sabiendo. Dime, dime, papá, qué son las Constituciones.

—Muy bien. Pero antes tomaremos ese tranvía que viene ahí.



*Alistarte: figurar en lista.—Mandatarios: personas que desempeñan un mandato, una misión de gobierno.—Candidatos: personas señaladas para ser votadas durante el acto electoral como representantes del pueblo.*



## QUÉ SON LAS CONSTITUCIONES

Y ya instalados en el tranvía, el padre comenzó a explicar:

—Como es malo que los pueblos sean gobernados por el capricho de un solo hombre que un día ordena una cosa y otro día otra, sin más razón que habersele antojado, y como es justo que los habitantes de una nación gocen de toda la libertad que ne-

cesitan para su desarrollo y progreso, los pueblos más adelantados y cultos comprendieron, después de mucho sufrir, que era necesario dar reglas fijas de gobierno, para evitar precisamente que los reyes pudieran degenerar en tiranos. Y entonces, aquellas naciones se dieron su respectiva Constitución, en que están declarados los derechos del pueblo. Se dieron sus Constituciones y los monarcas juraron respetarlas.

—¿De modo, papá, que las Constituciones están por encima de los mismos reyes?

—¡Naturalmente! Y lo primero que hace un rey al ceñir la corona es jurar que cumplirá fielmente la Constitución del Estado.

—¿Y los presidentes juran también?

—Con mayor motivo que los reyes, pues son los representantes directos del pueblo.

—¿Así que los presidentes argentinos —dijo el niño— lo primero que hacen es jurar fidelidad a la Constitución?

—Sí —agregó el padre—, y debe serles muy grato hacerlo porque nuestra Constitución es una de las más hermosas de la tierra. ¡Y cuánta sangre derramó antes el pueblo argentino y qué larga fué la tiranía que soportó! Pero una vez dada la Constitución, después de la caída de Rosas, no hubo más tiranos, y nuestro país inició la serie de sus inmensos progresos, en la paz, en el orden y en la justicia. He ahí por qué todos debemos amar y respetar nuestra Constitución. Ella, que nos hizo grandes, merece nuestra eterna gratitud.



### UNA BODEGA SANJUANINA

Vale la pena visitar una bodega ahora que se está en plena elaboración.

Ese enjambre de obreros que vemos frente a tantas máquinas en movimiento, estos galpones enormes repletos de vasijas del tamaño de una habitación, aquellas escaleras tan empinadas y angostas que conducen a subterráneos y más subterráneos, unos portones más anchos que altos por cuyo umbral cruzan rieles “decauville” y hasta donde llegan rieles mayores de un ramal ferroviario, la tempera-

tura fresca no obstante la estación estival, penetrada de un grato olor a mosto: todo este conjunto de grandeza, que así apreciamos en el primer golpe de vista, es una bodega.

Luego empezamos a observar los detalles. Bajo nuestros pies están las piletas de fermentación, construidas a todo portland, de 500, de 600, de 8000 hectolitros cada una. Estos toneles alineados, de maderas amarillas, naranjadas, maderas cuyo fin no se conoce todavía, con los *fudres* de conservación, de capacidad para veinte, para veinticinco, para treinta mil litros cada uno. Como estas dos naves, más amplias que las de una catedral, son las otras naves de dos ringleras de piletas y de *fudres* del establecimiento. Pero sigamos.

Allí están descargando la uva, recién cortada en el viñedo y trasportada en canecas o a granel. Cae la materia prima en un vagón de hierro enclavado en la báscula y el cual, mediante un simple movimiento, vuelca su contenido en un recipiente de material, fijo, de donde lo recogen, mecánicamente también, cuencos que se elevan en cremalleras hasta la gran máquina moledora. Molida la uva, el zumo cae, junto con los ollejos, en otro recipiente, para ser absorbido por bombas que lo conducen a las piletas de fermentación. Después de ocho días, terminado el proceso fermentativo, el líquido es trasegado a las piletas de sedimentación.

Antes de salir de esta misma zona de la fermentación reparemos en esta otra máquina moledora y

en esa prensa que entrega panes compactos de borujo, que luego se utiliza en los motores como combustible; y ello porque todavía no cobra desarrollo el procedimiento de extracción de ácido tartárico. Pasemos ahora a las naves destinadas a la conservación del vino —lo que allá era mosto, aquí es vino— y observemos cómo se deposita y cómo se extrae el “divino néctar”, por medio de otros juegos de cañerías y bombas que trasiegan quince, veinte, treinta mil litros por hora. Siguen después las secciones de alambiques, de pasteurización y de mecánica. Siguen, en fin, muchas otras cosas. Y afuera otra vez, millares y millares de cascos vacíos y un ejército de pipas, “bordalesas” y barriles, llenos y listos para ser embarcados.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.



“Decauville”. Este vocablo está entre comillas por tratarse de una palabra que no pertenece a nuestro idioma. Es de origen francés y se pronuncia *Decovill*; significa un ferrocarril pequeño.—*Mosto*: zumo de la uva antes de hacerse vino.—*Fudres*: vocablo de lengua francesa, es, por consiguiente, un galicismo. En su idioma se escribe *foudre* y se pronuncia *fuðr*. Sirve para designar un tonel muy grande.—*Ringleras*: filas puestas en orden.—*Caneca*: vasija balde.—*Báscula*: balanza para medir grandes pesos.—*Cremalleras*: barras metálicas con dientes en uno de sus cantos y que giran en movimiento circular.—*Borujo*: restos de la uva después de exprimida.—*Bordalesa*: según el diccionario de la Academia Española esta palabra se escribe *bordelesa* y significa un tonel de vino. En el Diccionario de Argentinismos de Lisandro Segovia está registrada como la usa el autor.



## PERROS Y GATOS

Se dice que durante un gran guerra que hubo entre los más poderosos reinos de los perros y los gatos, muchos otros animales, doliéndose de aquella horrible matanza, tomaron a su cargo la tarea de pacificar a los mortales enemigos.

Se reunió entonces una numerosa asamblea a la que asistieron el generalísimo de los gatos y el generalísimo de los perros, cada cual con sus galones y su más vistoso uniforme. La asamblea, como se comprende, celebrábase con el objeto de buscar algún arreglo que diese término a la fatal contienda. Pero todo fué inútil. De ninguna manera se querían averiar los contendedores y fueron rechazados, ya por el generalísimo de los gatos, ya por el de los perros, todas las proposiciones amistosas.

Finalmente, el jefe de los gatos se puso de pie y dijo:

—Señores: voy a hablar con toda franqueza. Creo sinceramente que estáis perdiendo vuestro precioso tiempo tratando de buscar un arreglo entre nuestras naciones. Mientras el mundo exista seremos rivales. No podemos vivir en paz. Apenas nos miramos, gruñe éste o me enfurezco yo. Y nos lanzamos entonces, inmediatamente, el uno contra el otro.

Y para acabar de demostrar que era del todo imposible la amistad entre unos y otros, añadió:

—Entre los perros y nosotros no cabe inteligencia. Cuando un perro gruñe, es que está enfadado; cuando mueve el rabo, es porque está contento. Entretanto, cuando nosotros, los gatos, gruñimos es que estamos contentos, y cuando movemos el rabo, por el contrario, es que estamos enfadados.

.....

A pesar de esta fábula, hay muchos gatos y pe-

rros que son buenos amigos; que comen y duermen bajo el mismo techo y que no riñen jamás. Riñeron en una sola ocasión, cuando se enfrentaron por primera vez, pero después, con el trato cotidiano, se fueron haciendo muy buenos camaradas. Y es seguro que muchos niños de este 4º grado tienen alguna bonita historia que contar de perros y gatos que se hicieron amigos y viven en perfecta paz.

Y es que no es cierto que el odio deba reinar en el mundo entre ciertas especies animales, así como entre ciertas naciones. En las mayores enemistades cabe siempre la obra del amor.



*Pacificar:* establecer la paz, la concordia.—*Galones:* distintivo que llevan en el brazo los militares.—*Enfadado:* enojado.—*Cotidiano:* diario.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## UN NIÑO EN UN BARCO DE GUERRA

Rafael, un aprovechado niño cordobés, que vivía diciendo “yo quiero ser marino”, sabiendo que los grandes acorazados *Rivadavia* y *Moreno* llegarían al puerto de Buenos Aires, tanto y tanto suplicó a su padre que lo llevase a la gran capital para verlos y visitarlos, que el padre le dijo un día:

—Está bien, Rafael. Mañana saldremos para Buenos Aires. ¡Te daré ese gusto!

Y saliendo en el rápido, llegaron al otro día muy de mañana a la estación Retiro.

Rafael estaba contentísimo de hallarse en Buenos Aires; de conocer al fin la tan nombrada avenida de Mayo, la tan mentada calle Florida, la tan ponderada Diagonal... Pero su júbilo mayor no fué otro que el oír decir a su padre, en el hotel, después del almuerzo:

—Rafael... ¡ahora, a conocer el *Rivadavia*!

Tomaron un automóvil y partieron.

\* \* \*

Allí estaba el magnífico buque. Allí estaba, en efecto, el imponente barco de guerra, atracado en el puerto. Descendieron del auto, y pasando por el puenteclillo que se había dispuesto para entrar a la nave, penetraron. Rafael se sentía verdaderamente asombrado, lo que se dice atónito. Había creído él que los barcos de guerra, los barcos de verdad se parecerían algo más a los buques de juguete. Pero penetrar en la majestuosa nave y sentirse abrumado fué todo uno. ¡Lo que había sido esa fortaleza flotante!

En eso, un oficial muy atento saludó a los visitantes y se ofreció para acompañarlos; un oficial muy simpático que sonrió amable y cariñoso al saber, de labios del papá, que Rafael quería ser marino.

Al cabo de un rato, el oficial interrogó a Rafael:  
—¿Y te animas ahora que conoces por dentro un barco de guerra, a ser marino?

—Mire —le contestó Rafael—: muéstreme los cañones primero, y una vez que los vea, le diré si me animo.

Subieron entonces a la alta cubierta. Desde allí se descubría el gran palo canasta con sus torres de observación en la extremidad, a cuarenta metros de altura. Claro está que subieron. Y el oficial les explicó, señalándoles cosa por cosa, el funcionamiento de cada pieza. Y aun los hizo entrar a una de las garitas cilíndricas.

—Desde aquí —explicó el oficial—, se dirige el fuego de la artillería durante el combate. Y en este punto mismo es donde se instalan los oficiales que tienen por misión determinar la distancia y el rumbo del enemigo.

Rafael estaba encantado.

—En cuanto a los cañones que tú querías conocer, ahí los tienes.

Poderosos, avanzaban sus bocas los enormes cañones.

—¿Y cuántos son los marinos de la tripulación?— preguntó el padre.

—Pueden ser hasta 1.100 hombres— respondió el marino.

Y todo lo fueron visitando y examinando: los largos y relucientes cañones; los palos laterales con

sus reflectores; la campana de bronce y hasta las calderas con sus quemaderos de petróleo.

Salían ya, cuando se dieron de manos a boca con el almirante, que resultó ser un viejo amigo del padre de Rafael.

—¿Pero eres tú? —se dijeron al propio tiempo que se abrían los brazos.

—Pues aquí tienes a mi hijo Rafael —dijo el padre—, que quiere ser marino.

—¿Y no te da miedo, muchacho?

—En caso de guerra —contestó Rafael— todos tenemos que pelear y defender a la patria. Y yo quisiera defenderla en uno de estos hermosos buques.



*Atónito*: bruscamente sorprendido.—*Garitas cilíndricas*: torre-cilla para abrigo y defensa del marinero.—*Tripulación*: conjunto de personas que van en la embarcación.



### LA SEQUÍA

Hasta las flores silvestres que se crían bajo el único amparo del cielo, habían muerto con la sequía. La tierra era de color ceniza y se desmoronaba, reseca, al más débil contacto. El aire estaba envuelto en un espeso velo de polvo, continuamente renovado por el tránsito de los carros. Las hojas de los árboles, en el aire inmóvil de días y días, soportaban en su dorso gruesas capas de tierra. Los torrentes, que descendían trayendo el agua de la montaña, apenas eran hilos que se movían tímidamente entre las peñas. Los perros se echaban largo a largo en los corredores de las casas, buscando más fresco. El más breve tránsito por los caminos cargaba de polvo las pestañas. El ganado se amontonaba a la sombra de los árboles y allí se quedaba todo el día como esperando algo. Ni una sola insinuación de viento. Y el

cielo límpido y azul desde septiembre hasta enero.

La naturaleza estaba desconcertada con una primavera que rajaba la tierra con su sequedad. Todo se había perdido: la floración de los frutales, la caza del monte, la abundante cosecha de algarrobo que solía recogerse de las márgenes del río. En el seno mismo de los bosques, ya no se percibía, tan intensa, la húmeda frescura que parece emanar de la savia de los viejos árboles. Los pájaros debían hacer largos trayectos en busca de esa poquita agua que necesitan para vivir. Con la desaparición de los riachos, los charcos, los arroyuelos, los remansos y los estanques, quedaban solamente en el centro del río unas débiles corrientes que no luchaban sino que eludían los obstáculos del lecho. Y allí iban el picaflor policromo, el tordo de ébano, la bumbuna cenicienta, la azulada golondrina, el zorzal pardo, los patos rosados y, a veces, algún cóndor fatigado. Y también las abejas de oro. Se observa que las abejas soportan mal la sequía; no pueden fabricar la miel y amasar la cera, si les faltan las flores del campo, si carecen de agua. Les basta a ellas con poco: flores pequeñas en los prados, débiles corrientes de agua; nada más para fabricar la miel deliciosa, esencia del sabor mismo de la primavera. Por eso, en las mañanas, las abejas de corto y bajo vuelo, iban y venían del arroyo a la colmena, realizando así parte de su tarea. Pero las flores silvestres se habían secado.

PABLO ROJAS PAZ.



## MARIANO MORENO

Un ilustre historiador argentino, el doctor Ricardo Levene, ha escrito páginas inolvidables sobre Mariano Moreno, nacido en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778, y doctorado, como tantos otros patrios, en la famosa Universidad de Chuquisaca.

En esas páginas nos dice que el héroe principal del primer gobierno patrio, "no era de constitución débil, pero padeció de dolorosos males con relativa frecuencia. La viruela, que diezmaba las poblaciones en ciudades donde no se había introducido aún el descubrimiento inmunitante de las vacunas Jenner, dejó estampados visiblemente en su rostro los vestigios de la enfermedad, pero que no alcanzaron a

afear sus facciones, como dice su hermano Manuel y lo evidencia el retrato publicado en Londres en 1812, con su abundante y negro cabello, la espaciosa frente, los ojos grandes y la pupila llena de luz, y aun el pliegue de los labios que los cierra con energica expresión. Le atacó una crisis de reumatismo en el largo y penoso viaje a Chuquisaca, y al comenzar el año 1801, sufrió una recaída y estuvo dos meses tullido en cama”.

Después de haber actuado intensamente al servicio de la patria, el fundador de la Biblioteca Nacional y de la “Gaceta de Buenos Aires”, con la salud quebrantada por su males, embarcóse el mes de diciembre rumbo a Inglaterra.

• A la hora del amanecer del día 4 de marzo de 1811, Mariano Moreno, en la inmensidad del océano, junto a su hermano Manuel y a su amigo don Tomás Guido, después de balbucear: *¡Viva mi patria aunque yo perezca!* cerraba sus ojos para siempre.



*Inmunizante*: no atacable.—**EDUARDO JENNER**: Ilustre médico inglés que descubrió y propagó la vacuna. Nació en 1749 y murió en Londres el año 1823.—*Vestigios*: rastros, huellas.—*Tullido*: sin poder mover sus miembros.—“*Gaceta de Buenos Aires*”: el 4 de junio de 1810 dispuso la Primera Junta que se publicara un semanario. El día 7 del mismo mes apareció esa publicación con dicho nombre. Fué su primer director Mariano Moreno.—**TOMÁS GUIDO**: ver página 148.



## NUESTRO LÍMITE CON CHILE

El general Julio A. Roca dijo que ningún acto de su vida militar o política le había causado una satisfacción tan grande y tan pura, como el haber firmado los pactos de la paz definitiva con Chile.

Para recordar ese tratado de tanta trascendencia, una ilustre matrona, la señora Ángela de Oliveira César de Costa, tuvo la iniciativa de erigir, en plena Cordillera de los Andes, justamente en la misma línea divisoria del límite con el país hermano, la imagen del Cristo Redentor.

Esa grandiosa imagen de ocho metros de altura, enclavada sobre un pedestal que tiene idéntica dimensión, fué inaugurada solemnemente el año 1904.

Refiriéndose a ese monumento, que se alza a cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar, dijo el general Bartolomé Mitre:

“La estatua del Cristo Redentor, fundida en el bronce eterno, y levantada sobre la cumbre de esa Cordillera en el linde de ambas Repúblicas, consagra por siempre la paz fecunda de dos pueblos hermanos, esparciendo sus bendiciones en todos los ámbitos de América”.

Y así como es eterna la figura que representa esa estatua, fundida en la eternidad del bronce, será eterna, también, la paz que liga a los pueblos argentino y chileno.



*Pactos:* tratados, convenios.—*Matrona:* madre virtuosa.—*Erigir:* levantar.—*Enclavada:* clavada, introducida y asegurada.—*Linde:* límite.—*Ambitos:* contornos.



## EL NIÑO A CABALLO

*Con montura nueva  
bien enjaezado,  
ya por el camino  
tráenme el caballo.*

*Saldré de paseo  
camino del lago.  
La mañana es mía.  
Ya monto. Ya salgo.  
¡Bien haya el hermoso  
corcel ensillado!*

*Salte en el estribo;  
muy bien he montado;  
y ya senda arriba  
galopa el caballo.  
Adiós, madre mía.  
Adiós, padre amado.  
Ellos en la puerta  
se quedan mirando,  
mientras yo me alejo  
por los lindos campos,  
y a ratos parece  
que vuela el caballo.*

*Llego hasta una aldea  
que está río abajo.  
Blancas las casitas;  
blanco el campanario.  
Y yo por la aldea  
las calles cruzando.  
Salen a mirarme  
los buenos aldeanos,  
y alegre relincha,  
relincha el caballo,*

*las crines al viento,  
sonoros los cascos.*

*Llegó el mediodía.  
Volví por el lago,  
y luego una acequia  
muy clara pasando,  
tiré de las riendas,  
detuve el caballo,  
para que bebiese  
del arroyo claro.  
Y como en su margen  
verdeaba el pasto,  
del pasto tan tierno  
mordía el caballo.  
Después en la acequia  
bebío lento y manso:  
el belfo en el agua;  
Los ojos soñando.*

*Mas luego, las riendas  
caídas alzando:  
—¡Ea! —dije—. Es hora,  
mi corcel, sigamos.  
La madre y el padre  
me están esperando.*

*De nuevo galopa,  
galopa el caballo,  
las crines al viento,*

*sonoros los cascos.*  
*Ya vuelvo a mi casa,*  
*distingo sus álamos.*  
*El padre y la madre*  
*me están esperando.*  
*Ya estoy, madre mía.*  
*Ya estoy, padre amado.*  
*Recojo las riendas,*  
*me tiro de un salto.*  
*Alegre relincha*  
*de vuelta el caballo.*



*Enjaezado:* con jaeces, adornos.—*Corcel:* caballo ligero.—*Cascos:* uñas con que terminan las extremidades del caballo. Se llaman también *vasos*.—*Beljo:* los labios del caballo.



## CÓMO SE FUNDÓ LA PLATA

Un domingo, el domingo 19 de noviembre de 1882, se realizaron en lo que es hoy la plaza prin-

cipal de la ciudad, las grandes fiestas de su fundación. Flameaban sinnúmero de gallardetes y la bandera argentina tremolaba al tope de las tribunas. Al medio de tal recinto se había practicado una excavación de tres varas y media por cada lado y tres de profundidad.

Estaban presentes los diplomáticos de treinta naciones de Europa y América, y fuerzas de infantería, artillería y caballería hacían guardia de honor.

Pero volvamos los ojos a la excavación. Por medio de un aparato especial, se dispusieron a enterrar en aquel gran hoyo una gran caja de mármol rosa pálido, que sería la piedra fundamental; y dentro de ella colocaron una urna de plomo, la cual a su vez contenía una caja de cristal; y en ésta se leía en letras de oro la siguiente inscripción: *El pueblo argentino unido y fuerte declaró Capital de la Nación a la ciudad de Buenos Aires. El pueblo de la Provincia de Buenos Aires levanta la ciudad de La Plata en testimonio de amor por la unión argentina.* ¡Así terminaban para siempre tantas y tantas guerras como había habido entre Buenos Aires y las demás provincias!

Antes de enterrar las tres cajas, abrieron el cofre y colocaron en él todas estas cosas: un ejemplar de la Constitución Nacional, uno de la Constitución de la Provincia, porción de medallas conmemorativas, el plano de la futura ciudad, los periódicos porteños del día, una poesía inédita y una de las dos actas de la fundación.

Como si no fuera bastante, se depositó también un cajón de botellas de vino. ¿Para qué? Para brindar con ellas en los festejos del primer centenario de la ciudad, es decir, el 19 de noviembre de 1982.

Todo esto se halla enterrado al centro mismo de la plaza principal de La Plata, desde el venturoso día de la fiesta de su fundación.



*Tremolaba*: movíase en el aire.—*Excavación*: hoyo, pozo.—*Testimonio*: prueba.—*Venturoso*: afortunado.



## DARDO ROCHA

Fué el doctor Dardo Rocha el fundador de la ciudad de La Plata en su carácter de gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Era un hombre de hermosa presencia de ojos claros y transparentes. En su primera juventud, había empezado la carrera de las armas como teniente de marina. Después, le tocó ganar nuevos galones como oficial de tierra. Era muy valiente. En los combates era famoso por su imperturbable sonrisa. En la guerra del Paraguay se distinguió como el que

más. Hay una carta de Dominguito Sarmiento que dice lo siguiente: "En el combate del 31 todos han sido héroes, pero entre los notables se cuenta Dardo Rocha, que condujo tres veces su batallón a la bayoneta".

Sin embargo, más adelante dejó las armas, estudió leyes y se doctoró en derecho.

Fué siempre amante de los libros. Poseía una rica y vasta biblioteca en que se pasaba las horas leyendo. En los años de su vida pública, la casa estaba siempre llena de visitas. La puerta de calle no se cerraba a ninguna hora. Amigos había que tocaban el timbre a las 2 de la mañana y él los recibía como si fuesen las 9 ó las 10 de la noche.

Cuando fundó La Plata, contaba cuarenta y cuatro años de edad. Murió a los 83.



*Imperturbable*: que no se altera.—*Dominguito Sarmiento*: héroe de la batalla de Curupaytí. Murió durante el asalto el 22 de septiembre de 1866 a la edad de 21 años. Su padre, Domingo Faustino Sarmiento en una obra que escribió a los 75 años, titulada "Vida de Dominguito" ha escrito en páginas inolvidables el dolor que le produjo la muerte de su hijo y ha relatado pasajes de su niñez y juventud llenos de emoción.



## EL GAUCHO Y EL CUERO DE VACA

El gaucho, por lento que sea, es, en realidad, un trabajador, puesto que en ningún momento se le ve ocioso y las obras de su industria responden cabalmente a los fines que se propuso. En ello consiste, después de todo, la única perfección humana posible.

Para sus industrias utiliza un material de que

dispone en abundancia: el cuero de vaca. El cuchillo le basta para confeccionar sus numerosos arreos de jinete.

El ensillado, que consta por lo menos de treinta piezas distintas, es obra de sus manos.

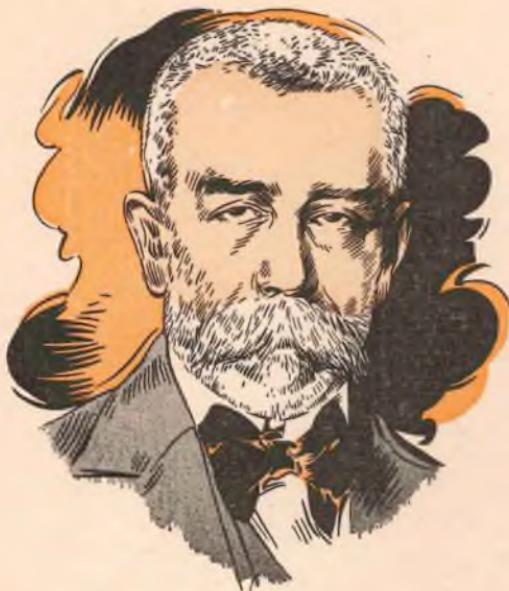
De sus callosas manos salen prolíjamente sobadas y ensebadas, coyundas, lonjas, maneas, tientos, presillas y torzales, destinados a la faena agrícola y al trabajo de monte. De sus toscas manos salen elegantes guardamontes, coletos de becerro cosidos a lezna, retobos para el chambergo, guardacalzones de cordobán para proteger la ropa. De sus manos salen lazos para apresar el ganado en el corral y en la selva.

Del cuidado que el obrero pone en la confección de algunas de estas prendas, depende a menudo su seguridad personal y no pocas veces su vida. Y ha de estar continuamente reponiendo las piezas que se acaban y componiendo las que se deterioran por el uso, tareas éstas engorrosas y prolíjas que demandan arte, paciencia y tiempo.

JUAN CARLOS DÁVALOS.



*Ocioso:* que está sin trabajar.—*Arreos:* guarniciones.—*Coyundas:* correas fuertes.—*Tiento:* tira delgada de cuero sin curtir.—*Torzales:* lazos formados por una trenza de cuero.—*Guardamonte:* pieza de cuero que cuelga de la parte delantera de la montura y que sirve para defender las piernas del jinete de las espinas del monte.—*Coletos:* vestidura de cuero para cubrir el cuerpo hasta la cintura.—*Retobos:* cuero sin curtir utilizado para aforrar, poner forro.—*Cordobán:* piel curtida de cabra.



## UN GRAN RIOJANO Y TRES RIOJANITOS

Joaquín V. González —aquel educador ilustre que tanto hiciera por el bien de la patria— estaba ya muy enfermo. Vivía en la ciudad de Buenos Aires, en el bello y alegre barrio de las barrancas de Belgrano, siempre cubiertas de verdor. La gente del vecindario, que tanto amaba a González, pasaba silenciosa junto a su puerta, con respeto y con tristeza.

Pero González, a pesar de su gravedad, recibía visitas; y como era un espíritu lleno de sabiduría, todo el que a él se arrimaba recogía siempre alguna valiosa enseñanza, ya fuera un buen consejo, ya una palabra de consuelo o de estímulo.

Los niños le visitaban también, y singularmente

todos los riojanitos que andaban de paseo por Buenos Aires, o los que vivían en la gran capital; y la causa de visitarlo principalmente los riojanitos era ésta, honrosísima para toda La Rioja: que el ilustre don Joaquín era riojano.

Bien. Una tarde llegaron a su casa tres niñitos comprovincianos suyos; dijeron que deseaban saludar a don Joaquín, y en el acto, los hizo pasar. González, al verlos, se incorporó en el lecho para darles las buenas tardes. Parecía sano con el gusto que le daban sus visitantes. Por sus delantales blancos se comprendía que los tres venían de la escuela, y por su aseo y sus caritas, limpias y frescas, se estaba viendo que eran muy cuidadosos y que vendían salud.

Hablaron de muchas cosas. Don Joaquín les preguntaba y ellos le respondían. Después, como fueron tomando confianza, ellos le preguntaban a él, y éste con la suave manera que lo distinguía, les contestaba punto por punto.

Pasó como una hora. González hizo servir el té a sus lindos amiguitos, y mientras lo tomaban con toda urbanidad, quiso saber qué pensaban ser cada uno cuando fuese grande.

Uno de los niños dijo que pensaba ser médico y que estaba seguro de que siéndolo daría con algún remedio que acabaría para siempre con la tuberculosis.

Dijo el segundo que él sería ingeniero y que construiría un dique de tales dimensiones en La Rioja,

que a nadie le faltaría riego abundante en sus campos.

—Y tú, ¿qué piensas ser? —interrogó don Joaquín al que todavía no había hablado.

—Yo —contestó el niño— seré agricultor. Ele giré una tierra desierta, y gracias al dique de mi compañero, la convertiré en un jardín.

Hablando de estas cosas estaban, cuando llegó el médico. Saludó al enfermo, acarició a los niños, y comenzó a cumplir con su deber. Sacó el termómetro, lo sacudió con fuerza, como se acostumbra, se lo colocó al enfermo bajo el brazo, y se puso luego a tomarle el pulso. Mientras tanto el riojanito que quería acabar con la tuberculosis en el mundo, no le quitaba el ojo de encima al buen doctor.

Retiró el termómetro el médico y vió que la fiebre había bajado mucho; en cuanto al pulso era casi el normal.

—Doctor González —dijo entonces el médico—, nunca lo he hallado mejor que esta tarde. ¿Qué será lo que le ha sentado tan bien?

—Lo que me ha sentado tan bien es la conversación de estos niños.

—¿Cómo así? ¿Son brujos acaso?

Y dijo González, riendo:

—No son brujos. Pero con la alegría que me han dado al hablarme de las notables cosas que se disponen a hacer cuando sean grandes, me han hecho olvidar por completo mi dolencia y estoy como sano.

—¿Y no tiene miedo, doctor González —dijo el

médico, guiñando un ojo—, que tan bellas promesas se queden en palabras?

—No, señor —replicó entonces el mayor de los niños—; lo hemos dicho y lo hemos de cumplir.

Así aspiraban esos niños a la mayor prosperidad y gloria de la patria.



*Urbanidad*: con buenos modos.—*Pulso*: latido intermitente de las arterias que se siente en cierto lugar de la muñeca.—*Prosperidad*: progreso.



## FLORENTINO AMEGHINO

El doctor Florentino Ameghino nació en Luján (provincia de Buenos Aires) el 18 de septiembre de 1854, y murió en La Plata el 6 de agosto de 1911.

Su padre fué Antonio Ameghino y su madre María Dina Armanino.

Hizo sus primeras letras (1862) en la escuela municipal de Luján, bajo la dirección de García, un año, y desde 1863 hasta 1867, bajo la dirección de Carlos D'Aste, maestro solícito que cuidó con amor

paterno la inteligencia de su educando, que advirtió prodigiosa, trayéndolo a su casa de Buenos Aires para que continuara sus estudios en la escuela normal de preceptores.

En el año 1868 fué ayudante de la escuela donde inició sus estudios, antes de ir al normal de preceptores que frecuentó durante los años 1869-70.

De 1871 a 1876 fué subpreceptor del colegio municipal de Mercedes (provincia de Buenos Aires), y director del mismo de 1876 a 1877.

Desde 1878 a 1882, hizo un viaje científico por Europa.

A su regreso, instaló una librería en Mercedes, porque lo habían exonerado de su puesto por haberse pasado de la licencia acordada, ¡y volvía lleno de méritos, honores y premios por su obra científica!

Dos años fué catedrático de la Universidad de Córdoba, y fué llamado para desempeñar el puesto de subdirector en el Museo de La Plata, destino que abandonó en 1887 cuando creyó herida su delicadeza personal.

Volvió nuevamente a tener una librería en La Plata.

Falleció el 6 de agosto de 1911, día que fué de gran duelo nacional.

En su estada en Europa, presentó trabajos que le hicieron adquirir fama y renombre de sabio, trayendo para su patria muchos títulos y premios por su amor al estudio.

Sus estudios, excavaciones, exploraciones, viajes e

investigaciones los hizo sin ayuda de nadie, a pesar de su extremada pobreza, y con la ayuda moral de su hermano Carlos, otro sabio.

LEOPOLDO LUGONES.



*Educando:* alumno.—*Prodigiosa:* extraordinaria, excelente.—*Exonerado:* separado, destituído.—*Catedrático:* profesor.—*Duelo nacional:* sentimiento de dolor producido en toda la nación.—*Renombre:* Fama, celebridad.



## DOLORES Y CHASCOMÚS

A mitad de camino entre Buenos Aires y Mar del Plata, está la población de Dolores. Todos los trenes, hasta los rápidos, paran en la estación de este nombre. Es un pueblo verdaderamente glorioso ese de Dolores; le corresponde la gloria de haberse levantado contra la tiranía de Rosas, en 1839. Fué jefe del alzamiento el comandante don Manuel Lara. Era un valiente. De él decían sus soldados que “crecía una pulgada el día del peligro”.

Bien. El 29 de octubre de 1839 convocó al vecindario en la plaza del lugar y dirigió estas palabras al pueblo, a tiempo que se arrancaba de la solapa la divisa federal:

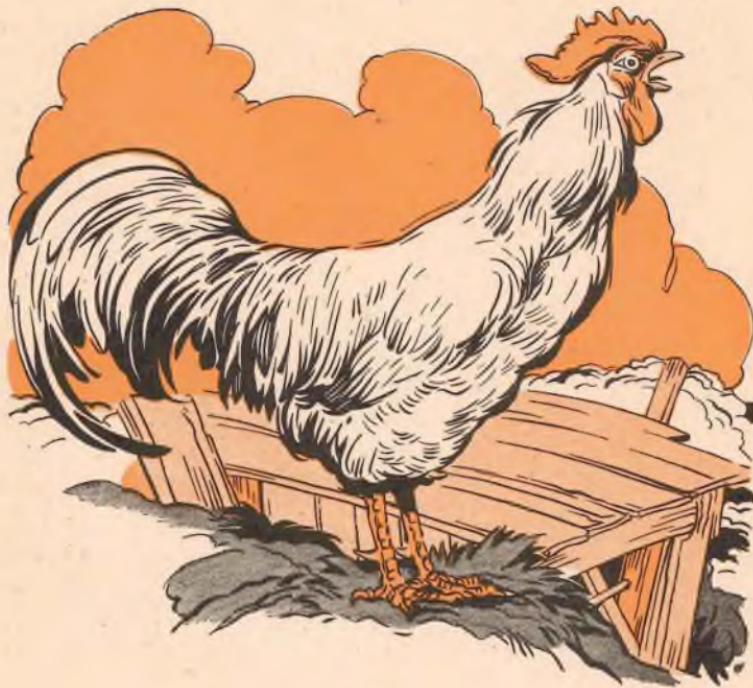
“Compañeros... hermanos... ¿Qué significa esta marca ignominiosa sobre el corazón? Arrojemos al suelo este trapo”.

Todos lo hicieron y, además, despedazaron el retrato de Rosas y lo pisotearon con furor, a las voces de “¡Viva la libertad!” “¡Abajo el tirano Rosas!”

Población no menos célebre que Dolores, en la historia de la resistencia al tirano, es Chascomús, que también se encuentra en el trayecto de Buenos Aires a Mar del Plata. No le tocó mejor suerte en Chascomús que en Dolores al retrato de Rosas, que se hallaba colocado —¡parece mentira tanta impiedad!— en el altar mayor de la iglesia y que pocos días antes había sido sacado en procesión por los partidarios del déspota.

Pero los valerosos hijos de Chascomús, dando como los de Dolores las mismas voces de “¡Viva la libertad!” “¡Abajo el tirano Rosas!”, destrozaron el retrato, y con él, varios bustos de yeso que representaban al Restaurador.

Por desgracia, aquellos patriotas fracasaron; y, triunfante Rosas, muchos perdieron la vida bajo el cuchillo de los mazorqueros, entre éstos el noble patriota don Pedro Castelli; y los que pudieron huir, se embarcaron para el destierro en la costa de Ajó.



## EL CANTO DE LOS GALLOS

En medio de la sierra  
se oye cantar los gallos,  
allá en las frescas huertas,  
entre los nuevos tallos.

Y su canto parece  
grito de centinela,  
diciendo al hombre: *Puedes*  
*dormir, que estoy en vela.*  
*Yo cuido de tu sueño*

*en la quietud serrana.  
Has trabajado mucho:  
¡descansa hasta mañana!*

Y de los campos viene  
olor de nuevos tallos.  
Y es valiente y va lejos  
el canto de los gallos.





## EN EL DÍA DEL ANIMAL

El padre encontró a su hijo, que era un espléndido muchacho de dieciséis años, en compañía de su amigo, escopeta al hombro los dos, a la vuelta de la casa de campo, saliendo por la huerta al camino que lleva al monte.

—¿Cómo? —exclamó el padre—. ¿Qué es esto? ¿Escopeta al hombro? ¿Y para qué?

—Vamos a cazar al monte —contestaron casi al mismo tiempo los dos muchachos.

—¿A cazar al monte? —replicó el padre—. ¿Y por qué? ¿No hay bastante comida en la casa? ¿No vino el carnicero? ¿No pasó el verdulero como siempre? ¿Se acabó la fruta? ¿Ya no hay pan? ¿Cerró sus puertas el almacén?

—Sí; hay de todo en la casa —reconoció el hijo—. No vamos a cazar llevados de la necesidad.

—¿Entonces?

—Es que nos gusta cazar...

—No puedo creerlo. Porque ¿cómo puede haber gusto en matar, en hacer sufrir, en interrumpir de un balazo el canto de un pajarito de Dios? Hijos míos: me explico que salga a cazar el que necesita hacerlo para vivir, para ganarse el sustento; pero que dos hermosos muchachos sanos y felices quieran dedicarse a cazadores, no tiene perdón...

—Sí, papá... Pero es domingo... estamos en el campo... y algo tenemos que hacer para no aburrirnos...

—Sí, hijos míos. Es domingo y está muy mal que dos buenos muchachos se aburran. Pero hay tantas otras diversiones... Salir a caballo... Quedarse a leer...

Calló el padre y guardaron silencio los otros, no sabiendo qué responder.

El padre siguió diciendo:

—Además, los muchachos valientes no se dedican a cazadores de liebres o de perdices. En todo caso, se van al África, y combaten con leones y con tigres. Pero salir a cazar animalitos indefensos y sin

ninguna necesidad... es algo muy triste... muy triste...

Otra vez se interrumpió el padre; pero tampoco dijeron nada los muchachos, sino que bajaron la cabeza y se pusieron a mirar el suelo avergonzados.

Entonces el padre prosiguió:

—Las armas no han sido hechas para asesinar animalitos inocentes en el monte. Las armas se han hecho para defenderse, para proteger a los débiles o para servir a la patria. Y nada más.

—Tienes razón, papá —exclamó entonces el hijo—. Y ¡cosa rara! no lo habíamos pensado nunca.

—Por eso —dijo el otro—, porque no lo habíamos pensado nunca, íbamos a matar por el monte animalitos inocentes.

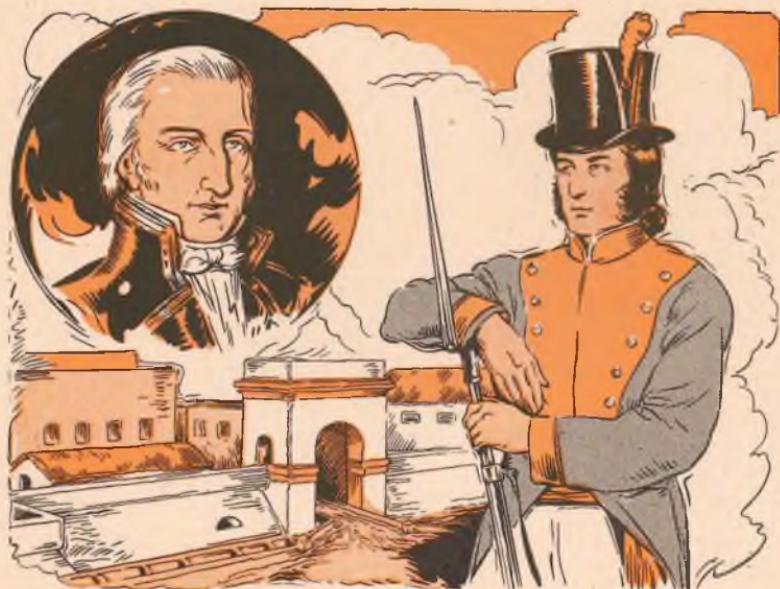
—¿Así que estamos de acuerdo?

—Sí, señor. Las armas se han hecho para la propia defensa, para proteger a los débiles y para pelear por la patria en peligro.

—Y nada más.



*Sustento:* alimento.—*Prosiguió:* continuó.—*Propia defensa:* defensa personal.—*Animalitos inocentes:* que no producen ningún daño.



## CUANDO LA PRIMERA INVASIÓN DE LOS INGLESES

Los ingleses habían desembarcado en Quilmes y estaban triunfantes. Sólo les faltaba avanzar hacia Buenos Aires y apoderarse de la ciudad. Pareció que lo realizarían el 26 de ese triste mes de junio de 1806.

Fué un día lúgubre aquél. Comenzó combatiéndose. Por una hora se oyó el fuego graneado. Después cesó. El inglés estaba definitivamente victorioso. Era obra de pocas horas que entraran en la ciudad sus tropas. Pero no. El enemigo hizo alto en Barracas; y transcurrió la noche sin novedad.

Y amaneció trágicamente el 27. A eso de las 10 se

vió llegar un oficial inglés a caballo, con una bandera blanca. Venía a intimar la rendición de la ciudad. Sus jefes manifestaron que se rendían, y pocas horas después penetraban los regimientos británicos, a tambor batiente y banderas desplegadas. Era tristísimo. Para mayor melancolía empezó a llover. Llovió toda la tarde y cerró la noche con lluvia: la primera noche negra de la ciudad esclava.



Pero antes de correr un mes, criollos y españoles se aprestarían a reconquistar por fuerza de armas su ciudad bien querida. Deben recordarse los nombres de Sentenach, de Estebe, de Valencia, de Álzaga, entre los de aquéllos que sin demora empezaron a preparar la reconquista. Unos querían acometer a los ingleses frente a la Fortaleza a la hora de pasar lista. Otros, valerse de una mina que hiciera saltar el Fuer-te.

Mas, a poco, las mejores esperanzas fueron puestas en Liniers. Él es el hombre. Él será el héroe.

Y llegó agosto. De un día a otro desembarcaría Liniers con las tropas que ha organizado en la otra orilla y se le reunirán las de Pueyrredón.

El 10 de agosto comienzan las operaciones de guerra. Es que las tropas de Liniers han iniciado el ataque por el Retiro.

Al día siguiente se va la mañana sin la menor novedad. Y sin la menor novedad se va la tarde. Pero

con las primeras luces del día 12, tambores y clarines de Liniers anuncian que el ataque empezaría de inmediato. Sin embargo, no fué así. Hubo que esperar aún varias horas; si bien no tantas. A las 9 de la mañana estaba empeñado el combate y no se oía más que la fusilería y el cañón.

Entretanto, las tropas de Liniers y la muchedumbre armada avanzan cuadra por cuadra en dirección a la Fortaleza, hacia donde se va replegando el invasor derrotado. Y por encima del fragor de las balas resuena incesante un solo grito: *¡Avancen! ¡Avancen!* Soldados y paisanos, mujeres y niños, doctores y frailes, la ciudad entera daba ese único grito: *¡Avancen! ¡Avancen!*

Así llegaron a la Plaza Mayor y cercaron el Fuerte. Toda resistencia era imposible. Entonces, el general Beresford, jefe de los ingleses, mandó levantar bandera blanca. Era que estaban rendidos.



**Quilmes**: lugar situado en la costa del Río de la Plata y a 17 kms. de la ciudad de Buenos Aires. Debe el origen de su nombre a una tribu de indios.—**Barracas**: Centro de población que a principios del siglo XIX ocupó ambas orillas del Riachuelo. Ahí se concentraban los productos procedentes de la provincia de Buenos Aires. Hoy constituye un barrio importante de la Capital Federal. **LINIERS SANTIAGO DE**: nació en Francia el 25 de julio de 1753 y murió en Córdoba el 26 de agosto de 1810. Como marino estuvo al servicio de España. Fué virrey, gobernador y capitán general de las provincias del Río de la Plata.—**PUEYRREDÓN JUAN MARTÍN DE**: nació en Buenos Aires el 18 de diciembre de 1776. Después de actuar en las invasiones inglesas, fué gobernador intendente de Córdoba (1810) y luego de Chacras. Más tarde fué vocal del Triunvirato y diputado por San Luis al Congreso de Tucumán. Llegó a ser Director Supremo y en este cargo realizó obras importantes para el progreso del país. El 13 de mayo de 1850, falleció en su quinta de San Isidro, provincia de Buenos Aires.



## CUANDO LA SEGUNDA INVASIÓN

Segura Buenos Aires de una nueva invasión, se aprestó a resistirla mediante una sólida organización militar. Todo el vecindario se armó y recibió la conveniente instrucción en el manejo de las armas.

Pronto se vió que Buenos Aires no se había equivocado. Un formidable ejército inglés se aprestaba al desembarco y al ataque; un formidable ejército, com-

puesto de las mejores tropas de que disponía Inglaterra. Acabadas de reunirse y tomada la ciudad de Montevideo, se lanzaron sobre Buenos Aires al mando del general Whitelocke. Con el propósito de atacarlas salió Liniers a darle batalla por el lado de Barracas, pero fué derrotado. Esto pasaba el 2 de julio de 1807, y a la noche de ese día —noche de dispersión, de confusión y de luto— se le conoce con el nombre de la noche triste.

Menos mal, que la ciudad, gracias a las previsiones de don Martín de Álzaga, se puso en pie de defensa para resistir la embestida que no podía tardar. El 3 de julio fué intimada la rendición, sin ningún resultado. Buenos Aires no se rendiría. Hasta las mujeres, hasta los niños pelearían contra el invasor. Todos, todos cumplirán con su deber.

El 4 de julio hubo una segunda intimación para que la ciudad se rindiese: diligencia inútil también. Por consiguiente, el comando inglés ordenó el ataque; y el día 5 de julio, que amaneció sumamente frío, poco antes de que los relojes marcasen las 6 de la mañana, se inició el asalto. Truena la artillería y resuena y revienta la fusilería por doquier. A poco, es la ciudad una sola humareda de negra pólvora y un solo y mismo incendio de fogonazos. Avanzan por algunas calles los sitiadores; pero entonces llueve fuego sobre ellos desde balcones y azoteas.

Toda la mañana y toda la tarde va durando el combate y de seguro los ingleses llevan la peor parte. No

menos de ochenta de sus oficiales han caído prisioneros, y con ellos más de mil soldados. Al entrar la noche una división entera se rendía. ¿Se alcanzaría la victoria final?

Al día siguiente, apenas amanecía, se abrió el fuego. ¡A pelear otra vez! Cada casa era una fortaleza y cada habitante una fiera. Hasta los niños y las mujeres peleaban con lo que tenían a mano: vasijas de tierra cocida y calderas de agua hirviente. Cada calle de Buenos Aires era como una boca de infierno. Hubo momento en que cada soldado inglés parecía una fiera perseguida y sus diezmados regimientos, tropillas acorraladas por el pueblo en masa. Los ingleses, humanamente, no podían hacer más que lo que habían hecho, y se rindieron.

El nuevo día, que fué el 8 de julio, empezó con un repique general de campanas que anunciaban la victoria. Besos y abrazos de felicidad se daba la gente en la calle, mientras otros reían, cantaban y bailaban en las esquinas.

El mundo entero se asombró de este triunfo incomparable, honor eterno de Buenos Aires y de la raza.



ÁLZAGA, MARTÍN DE: nacido en España se trasladó a la colonia del Río de la Plata donde desempeñó cargos judiciales y administrativos. En el año 1812 formó parte de un movimiento contrario a los propósitos de la Revolución de Mayo. Por ese motivo se le condenó a sufrir la pena de muerte y ejecutado el 6 de julio de 1812.  
—*Intimada*: declarada.—*Por doquier*: dondequiera, en cualquier parte.—*Diezmados*: castigados.



## BERNARDINO RIVADAVIA

### SUS ÚLTIMOS AÑOS

Bernardino Rivadavia fué a terminar sus días a Cádiz, ciudad española. Había alquilado en la calle de Murguía un lindo piso en una casa que hacía esquina. Ocupaba el primero de los tres. Su dormitorio, muy cómodo, no era otro que el gran aposento que daba —y todavía da— a un balcón voladizo. Vivía a lo señor, que fué siempre su manera de vida. Comía en vajilla de plata labrada y con cubiertos de ébano y oro. Tres sirvientes lo atendían.

Poco salía Rivadavia por esas calles de Cádiz. Sus sesenta y cuatro años, después de tantas andanzas,

mucho le pesaban. Más le placía quedarse en su habitación.

Durante el mes de abril de 1845 su organismo comenzó a decaer.

Con el verano el enfermo fué mejorando. Pero llegaron los calores de agosto, y, su mal se reagravó. El sacerdote y el médico lo visitaban con reveladora frecuencia.

Agosto corrió en un solo sobresalto, y cuando entró septiembre no había nada que esperar. Viejo y solo estaba el grande hombre. Andaban sus hijos por apartadas tierras. Algunos amigos, muy pocos, se acercaban a su lecho de enfermo.

Rivadavia comprendió que se acercaban sus postres instantes, y llamando al sacerdote, que apenas se alejaba de él, le instó a recibir quince duros de limosna.

Se acababa sin remedio aquella vida.

Al marcar el reloj las seis y media, fallecía el prohombre rodeado de sus íntimos.

Iba entrando la mañana del 2 de septiembre de 1845.



*Balcón voladizo:* que sobresale.—*Vajilla:* conjunto de platos, fuentes, tazas, etc., que se destina al servicio de la mesa.—*Postres:* últimos.—*Instó:* repitió el ofrecimiento.—*Prohombre:* digno, por sus virtudes, de una especial consideración.

## HIMNO NACIONAL

1º

*Oíd, mortales, el grito sagrado:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!  
¡Oíd el ruido de rotas cadenas! . . .  
ved en trono a la noble Igualdad.  
Se levanta a la faz de la tierra  
una nueva y gloriosa Nación,  
coronada su sien de laureles  
y a sus plantas rendido un León.*

CORO:

*Sean eternos los laureles  
que supimos conseguir:  
coronados de gloria vivamos,  
o juremos con gloria morir.*

2º

De los nuevos campeones los rostros  
Marte mismo parece animar:

la grandeza se anida en sus pechos;  
a su marcha todo hacen temblar.  
Se commueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor,  
lo que ve renovando a sus hijos  
de la patria el antiguo esplendor.

*Sean eternos los laureles, etc.*

3º

Pero sierras y muros se siente  
retumbar con horrible fragor,  
todo el país se conturba por gritos  
de venganza, de guerra y furor.  
En los fieros tiranos la envidia  
escupió su pestífera hiel,  
su estandarte sangriento levantan  
provocando a la lid más cruel.

*Sean eternos los laureles, etc.*

4º

¿No los veis sobre Méjico y Quito  
arrojarse con saña tenaz,  
y cuál lloran bañados en sangre  
Potosí, Cochabamba y La Paz?  
¿No los veis sobre el triste Caracas  
luto y llantos, y muerte esparcir?

¿No los veis devorando cual fieras  
todo pueblo que logran rendir?

*Sean eternos los laureles, etc.*

5º

A vosotros se atreve, argentinos,  
el orgullo del vil invasor:  
uestros campos ya pisa contando  
tantas glorias hollar vencedor.  
Mas los bravos que unidos juraron  
su feliz libertad sostener,  
a esos tigres sedientos de sangre,  
fuertes pechos sabrán oponer.

*Sean eternos los laureles, etc.*

6º

¡El valiente argentino a las armas,  
corre ardiendo con brío y valor!  
El clarín de la guerra, cual trueno  
en los campos del sud resonó.  
Buenos Aires se pone a la frente  
de los pueblos de la ínclita unión  
y con brazos robustos desgarran  
al ibérico altivo León.

*Sean eternos los laureles, etc.*

7º

San José, San Lorenzo, Suipacha,  
ambas Piedras, Salta y Tucumán,  
la Colonia y las mismas murallas  
del tirano en la Banda Oriental,  
son letreros eternos que dicen:  
“Aquí el brazo argentino triunfó:  
aquí, el fiero opresor de la patria  
su cerviz orgullosa dobló”.

*Sean eternos los laureles, etc.*

8º

La Victoria al guerrero argentino  
con sus alas brillante cubrió,  
y azorado a su vista el tirano  
con infamia a la fuga se dió.  
Sus banderas, sus armas, se rinden  
por trofeos a la libertad  
y sobre alas de gloria alza el pueblo  
trono digno a su gran majestad.

*Sean eternos los laureles, etc.*

9º

Desde un polo hasta el otro resuena  
de la Fama el sonoro clarín,  
y de América el nombre enseñando  
les repite: “¡Mortales, oíd!

*Ya su trono dignísimo alzaron  
las Provincias Unidas del Sud".  
Y los libres del mundo responden:  
"¡Al gran Pueblo Argentino, salud!"*

*Sean eternos los laureles, etc.*

Mayo 14 de 1813.



NOTA.—Por un decreto que dictó el Poder Ejecutivo el 30 de marzo de 1900, en los actos oficiales, como en las escuelas y colegios del Estado, sólo se cantará del Himno Nacional, sancionado por la Asamblea el 11 de marzo de 1813, la primera y la última estrofa, y el coro.



### SAN MARTÍN Y SU HIJA

El general San Martín tuvo una sola hija: Mercedes, que nació en Mendoza, corriendo el año de 1816.

No había cumplido siete años la niña cuando perdió a su madre. El general, entonces, deseoso de procurarle la mejor educación resolvió llevarla a Europa. Partió con ella sin demora, y apenas radicado en Bruselas, bella capital de Bélgica, eligió la mejor pensión escolar para señoritas que había en la ciudad y allí instaló a la niña como alumna interna.

Primero en la dicha pensión y después en una escuela de París, la criatura se aplicó llena de entusiasmo al estudio. Al poco tiempo hablaba el inglés y el francés tan correctamente como su propia lengua, y manifestaba condiciones sorprendentes para el dibujo y la música.

Pero bueno es saber que San Martín no descuidaba ni el menor detalle en la educación de su hija. Es fama que todos los sábados se presentaba en el colegio para enterarse del resultado de la semana, y que todos los domingos la sacaba a pasear por lugares hermosos. Pero ¡guay! si Merceditas había sido anotada en el libro de faltas del establecimiento. En ese caso, cuando Merceditas venía a la sala de la directora para saludar a su padre y se acercaba a pedirle un beso, el general le contestaba:

—Hoy no te besaré. No lo mereces. Y mañana no vendré por ti.

Lloraba la niña, prometía enmendarse, pedía perdón. Pero el general, retirándose, le decía simplemente:

—Hasta el otro sábado, hijita.

Y se marchaba.

Y claro está que el sábado siguiente la hija presentaba su libreta sin ninguna observación, y al día siguiente... ¡a pasear con su padre!

Era en esos paseos, a la sombra de los viejos y nobles edificios, o caminando por los parques, cuando San Martín completaba la educación de su niña, dándole todos estos sabios consejos:

—Que sea dulce tu carácter, sensible aun con los insectos; que ames la verdad tanto como odies la mentira; que seas siempre buena amiga; que si algún día una amiga o un amigo te confía un secreto a nadie lo repitas nunca; que seas tolerante con las ideas ajenas, y dulce, dulcísima para tratar a los criados, a los necesitados, a los ancianos; que ames el aseo tanto como desprecies el lujo; que hables poco y solamente lo preciso... Todo esto quiere tu padre para ti y para todo niño argentino.



*Radicado*: instalado.—*Alumna interna*: que vive en el colegio, pupila.—*Guay!*: interjección que sirve para expresar una intimación o amenaza.

**I N D I C E**

## INDICE DE ASUNTOS

---

I. Organización de la vida del grado.		PÁG.
La escuela .....		9
Todos felices en la escuela .....		11

## DE GEOGRAFÍA

### I. La República Argentina, aspecto general y físico.

En el océano Atlántico .....	68
La Barranca de los Lobos .....	71
Nuestro límite con Chile .....	210

### II. La República Argentina, aspecto económico y político.

Un ingenio de azúcar en Tucumán, <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	81
La industria del telar, <i>Julio V. González</i> .....	84
Riquezas minerales del Famatina, <i>M. Leguizamón Pondal</i> .....	103
Una bodega sanjuanina, <i>Juan Rómulo Fernández</i> .....	196

### III. Capital Federal.

Los tiempos de Rosas .....	105
¡Honor a los bomberos! .....	129
Un niño en un barco de guerra .....	202

### IV. Provincias y territorio del litoral.

Aves del norte de Buenos Aires, <i>E. Lynch Arribálzaga</i> .....	29
Corrientes en el año 1865, <i>Manuel Gálvez</i> .	
I). La edificación de la ciudad .....	157
II). Frente al río Paraná .....	158
Cómo se fundó La Plata .....	216
Dardo Rocha .....	219
Florentino Ameghino, <i>L. Lugones</i> .....	227

	PÁG.
<b>V. La vida en el delta y la mesopotamia.</b>	
En el baño, <i>Fray Mocho</i> .....	49
Los duraznos de las islas, <i>Marcos Sastre</i> .....	87
Tres glorias de Rosario, <i>Estanislao S. Zeballos</i> .....	124
<b>VI. La estancia y la chacra.</b>	
La estancia criolla, <i>Edmundo Wernicke</i> .....	100
Hierra y rodeo, <i>Martiniano Leguizamón</i> .....	132
Una manga de langosta, <i>Arturo Reynal O' Connor</i> .....	160
La sequía, <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	206
El gaucho y el cuero de vaca, <i>Juan Carlos Dávalos</i> .....	221
<b>VII. Provincias centrales y territorio de la Pampa</b>	
Por las sierras, <i>Martín Gil</i> .....	23
La surestada en la Pampa, <i>Godojredo Daireaux</i> .....	60
Un ingenio de azúcar en Tucumán, <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	81
Santiago del Estero, <i>Ricardo Rojas</i> .....	137
Doctores de Córdoba .....	139
La provincia de San Luis, <i>Juan W. Gez</i> .	
I). Las salinas de Bebedero .....	151
II). La explotación y el salinero .....	152
<b>VIII. Provincias y territorios del norte.</b>	
En la puna .....	31
El valle de Lerma, <i>Juan Carlos Dávalos</i> .....	34
El labrador de los valles salteños, <i>Carlos Ibarguren</i> .....	36
<b>IX. El país de la selva.</b>	
La fauna de Misiones, <i>Ramón Lista</i> .....	54
Un ingenio de azúcar en Tucumán, <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	81
El algarrobo, <i>Eduardo L. Holmberg</i> .....	93
Las aves en el país de la selva .....	169
<b>X. Provincias andinas.</b>	
El zorro y el león (cuento catamarqueño), <i>Adán Quiroga</i> .....	21
Mendoza en tiempos del gobierno de San Martín .....	63
En el valle de Vinchina, <i>Julio V. González</i> .....	84
Episodios de la Cordillera de los Andes, <i>Domingo F. Sarmiento</i> .....	142
La Rioja histórica, <i>Artemio Moreno</i> .....	167
Una bodega sanjuanina, <i>Juan Rómulo Fernández</i> .....	196
Un gran riojano y tres riojanitos .....	223
<b>XI. Territorios del sur.</b>	
En el océano Atlántico .....	68
Por los canales fueguinos, <i>Juan Manuel Eizaguirre</i> .....	76
Desde Bariloche .....	111
Por el lago de Nahuel-Huapí .....	114
Navegando en la fragata Sarmiento, <i>Dionisio R. Napal</i> .....	134
Lluvia en el mar .....	149

## DE HISTORIA E INSTRUCCIÓN CívICA

### I. Descubrimiento, conquista y colonización.

Magallanes .....	38
El fuerte de <i>Sancti Spiritus</i> , <i>Hugo Wast</i> .....	57
El ombú del virrey Vértiz, <i>Enrique Udaondo</i> .....	65
Solis y su encuentro con los indios, <i>Roberto J. Payró</i> .....	95
Las carretas, <i>Ramón J. Cárcano</i> .....	109
Durante la época colonial .....	139
La fundación de La Rioja, <i>Artemio Moreno</i> .....	167

### II. Revolución de mayo.

El general Belgrano en su campamento, <i>Bartolomé Mitre</i> .....	74
La generala del ejército, <i>José M. Paz</i> .....	117
Entre Ríos y la expedición al Paraguay, <i>C. Blas Pérez Colman</i> .....	181

### III. Evolución del gobierno revolucionario.

Una estrofa del Himno Nacional .....	52
El juramento de la Bandera, <i>José M. Paz</i> .....	79
Mariano Moreno .....	208
Cuando la primera invasión inglesa .....	240
Cuando la segunda invasión .....	243

### IV. Congreso de Tucumán.

La instalación del Congreso de Tucumán, <i>Pablo Grau</i> .....	42
San Martín en Mendoza .....	63

### V. San Martín.

El general San Martín y su hermano Justo Rufino .....	25
Monumento al Ejército de los Andes, <i>Ada María Elflein</i> .....	126
Algunas noticias acerca de San Martín .....	171
San Martín y su hija .....	237

### VI. La Anarquía.

Durante la anarquía .....	177
---------------------------	-----

### VII. Gobierno de Las Heras.

La gloria de Brown, <i>Carlos Pellegrini</i> .....	46
Bernardino Rivadavia .....	246

### VIII. La época de Rosas.

Los tiempos de Rosas .....	105
Después de Caseros .....	145
Rosas .....	162
Dolores y Chascomús .....	230

IX. La organización nacional.

¿Qué sabéis de Sarmiento? .....	13
¿Qué más sabéis de Sarmiento? .....	16
El cautivo .....	120
Sarmiento y su nieta .....	154

X, XI y XII. El gobierno; deberes y derechos.

La vocación de cada uno .....	90
El soldado .....	186
Todos somos soldado .....	189
Qué es un ciudadano .....	192
Qué son las constituciones .....	194
Un niño en un barco de guerra .....	202

DE CIENCIAS NATURALES

El ombú, <i>Cristóbal M. Hicken</i> .....	27
Aves del norte de Buenos Aires, <i>E. Lynch Arribálzaga</i> .....	29
La fauna de Misiones, <i>Ramón Lista</i> .....	54
La visita del lobo de mar .....	68
El alg rrobo, <i>Eduardo L. Holmberg</i> .....	93
Una tormenta .....	97
Flores e insectos, <i>Ángel Gallardo</i> .....	165
Las aves en el país de la selva, <i>Eduardo L. Holmberg</i> .....	169
El tiro a la paloma .....	174
Vida y hábitos de las aves, <i>Pedro Serié</i> .....	183
Perros y gatos .....	199
En el día del animal .....	234



## Í N D I C E

---

	PÁG.
A manera de prólogo .....	5
La escuela .....	9
Todos felices en la escuela .....	11
¿Qué sabéis de Sarmiento? .....	13
¿Qué más sabéis de Sarmiento? .....	16
La niñita del jardín .....	19
El zorro y el león (Cuento catamarqueño), por <i>Adán Quiroga</i> .....	21
Por las sierras.—Las cabras, por <i>Martin Gil</i> .....	23
El general San Martín y su hermano Justo Rufino .....	25
El ombú, por <i>Cristóbal M. Hicken</i> .....	27
Aves del norte de Buenos Aires, por <i>Enrique Lynch Arribálzaga</i> .....	29
En la puna .....	31
En Salta.—El valle de Lerma, por <i>Juan Carlos Dávalos</i> .....	34
El labrador de los valles salteños.—La casa, la acequia y la siembra, por <i>Carlos Ibarguren</i> .....	36
Magallanes .....	38
La instalación del Congreso de Tucumán, por <i>Pablo Groussac</i> .....	42
Amanecer .....	44
La gloria de Brown, por <i>Carlos Pellegrini</i> .....	46
En el bañado, por <i>José S. Alvarez (Fray Mocho)</i> .....	49
Una estrofa del Himno .....	52
La fauna de Misiones, por <i>Ramón Lista</i> .....	54
Sebastián Gaboto.—El fuerte de Sancti Spiritus, por <i>Gustavo Martínez Zuviria (Hugo Wast)</i> .....	57
La surestada en la pampa, por <i>Godofredo Daireaux</i> .....	60
Mendoza en tiempos del gobierno de San Martín .....	63
El ombú del virrey Vértiz, por <i>Enrique Udaondo</i> .....	65
En el Océano Atlántico.—La visita del lobo de mar .....	68
La Barranca de los Lobos .....	71
En Tucumán: El general Belgrano en su campamento, por <i>Bar-tolomé Mitre</i> .....	74
Por los canales fueguinos, por <i>José Manuel Eizaguirre</i> .....	76
El juramento de la bandera y el Río Pasaje, por <i>José M. Paz</i> .....	79
Un ingenio de azúcar en Tucumán, por <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	81
En el valle de Vinchina.—La industria del telar, por <i>Joaquín V. González</i> .....	84

	PÁG.
Los duraznos de las islas del Delta, por <i>Marcos Sastre</i> .....	87
La vocación de cada uno .....	90
En el país de la selva.—El algarrobo, por <i>Eduardo Ladislao Holmberg</i> .....	93
Solís y su encuentro con los indios, por <i>Roberto J. Payró</i> .....	95
Tormenta de polvo .....	97
La estancia criolla.—Un día de lluvia, por <i>Edmundo Wernicke</i> .....	100
Riquezas minerales del Famatina, por <i>Martiniano Leguizamón Pondal</i> .....	103
Los tiempos de Rosas .....	105
Las carretas, por <i>Ramón J. Cárcano</i> .....	109
Por el lago de Nahuel-Huapí.—Carta desde Bariloche .....	111
Por el lago de Nahuel-Huapí.—Continuación .....	114
Después de la batalla.—La Generala del Ejército, por <i>José M. Paz</i> .....	117
El cautivo .....	120
Tres glorias de la ciudad de Rosario, por <i>Estanislao S. Zeballos</i> .....	124
Monumento al Ejército de los Andes.—El Cerro de la Gloria, por <i>Ada María Elflein</i> .....	126
¡Honor a los bomberos! .....	129
Hierra y rodeo, por <i>Martiniano Leguizamón</i> .....	132
Navegando en la Fragata "Sarmiento", por <i>Dionisio R. Napal</i> .....	134
Santiago del Estero, por <i>Ricardo Rojas</i> .....	137
Durante la época colonial.—Doctores de Córdoba .....	139
Episodios de la Cordillera de los Andes, por <i>D. F. Sarmiento</i> .....	142
Después de Caseros .....	145
Lluvia en el mar .....	149
La provincia de San Luis, por <i>Juan W. Gez</i> .....	151
Sarmiento y su nieta .....	154
Corrientes en el año 1865, por <i>Manuel Gálvez</i> .....	157
Una manga de langosta, por <i>Arturo Reynal O'Connor</i> .....	160
Rosas .....	162
Flores e insectos, por <i>Ángel Gallardo</i> .....	165
La Rioja histórica, por <i>Artemio Moreno</i> .....	167
En el país de la selva, por <i>Eduardo L. Holmberg</i> .....	169
Algunas noticias cerca de San Martín .....	171
El Tiro a la Paloma .....	174
Durante la Anarquía .....	177
Entre Ríos y la expedición al Paraguay, por <i>César B. Pérez Colman</i> .....	181
Vida y hábito de las aves, por <i>Pedro Serié</i> .....	183
El soldado .....	186
¡Todos somos soldados! .....	189
Qué es un ciudadano .....	192
Qué son las Constituciones .....	194
Una bodega sanjuanina, por <i>Juan Rómulo Fernández</i> .....	196
Perros y gatos .....	199
Un niño en un barco de guerra .....	202
La sequía, por <i>Pablo Rojas Paz</i> .....	206

	PÁG.
Mariano Moreno .....	208
Nuestro límite con Chile .....	210
El niño a caballo .....	212
Cómo se fundó La Plata .....	216
Dardo Rocha .....	219
El gaucho y el cuero de vaca, por <i>Juan Carlos Dávalos</i> .....	221
Un gran riojano y tres riojanitos .....	223
Florentino Ameghino, por <i>Leopoldo Lugones</i> .....	227
Dolores y Chascomús .....	230
El canto de los gallos .....	232
En el día del animal .....	234
San Martín y su hija .....	237
Cuando la primera invasión inglesa .....	240
Cuando la segunda invasión .....	243
Bernardino Rivadavia .....	246



## ÍNDICE PARA LAS CLASES ESPECIALES

	PÁG.
29 de abril.—	
<i>Día del animal</i> .—En el día del animal .....	234
1º de mayo.—	
<i>Constitución de 1853</i> .—¿Qué son las constituciones? .....	194
31 de mayo.—	
<i>Día del Himno Nacional</i> .—Una estrofa del Himno Nacional ..	52
3 de junio.—	
<i>Nacimiento de Belgrano</i> .—Belgrano en su campamento.— <i>Mitre</i> ..	74
20 de junio.—	
<i>Fallecimiento de Belgrano</i> .—La generala del Ejército.— <i>Paz</i> ..	117
9 de julio.—	
<i>Semana de Julio</i> .—Congreso de Tucumán.— <i>Groussac</i> .....	42
6 de agosto.—	
<i>Ameghino</i> .—Florentino Ameghino.— <i>Lugones</i> .....	227
12 de agosto.—	
<i>La Reconquista</i> .—Cuando la primera invasión inglesa .....	240
17 de agosto.—	
<i>Rivadavia</i> .—Sus últimos días. 2 de Septiembre .....	246
<i>San Martín</i> .—Algunas notas acerca de San Martín .....	171
11 de septiembre.—	
<i>Sarmiento</i> .—¿Qué sabéis de Sarmiento? .....	13
21 de septiembre.—	
<i>Día del estudiante</i> .—Todos felices en la escuela .....	11
23 de septiembre.—	
<i>M. Moreno</i> .—Mariano Moreno .....	208
24 de septiembre.—	
<i>Batalla de Tucumán</i> .—Después de la Batalla.— <i>Paz</i> .....	117



2675.—Talleres Gráficos Linari y Cia.

